



# Toni Quero

## Párpados



Galaxia Gutenberg



# Toni Quero

## Párpados



Galaxia Gutenberg



[www.toniquero.com](http://www.toniquero.com)



TONI QUERO

# Párpados

III Premio Dos Passos a la Primera Novela

Galaxia Gutenberg



Un jurado compuesto por Pilar Adón, Marcos Giralte Torrente, Manuel Longares, Fernando Marías, Inés Martín Rodrigo, Clara Sánchez y Santos Sanz Villanueva concedió a esta obra el III Premio Dos Passos a la Primera Novela, que convocan Ámbito Cultural de El Corte Inglés, la agencia literaria Dos Passos y Galaxia Gutenberg.

También disponible en ebook

Publicado por:  
Galaxia Gutenberg, S.L.  
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª  
08037-Barcelona  
[info@galaxiagutenberg.com](mailto:info@galaxiagutenberg.com)  
[www.galaxiagutenberg.com](http://www.galaxiagutenberg.com)

Edición en formato digital: mayo 2017

© Toni Quero, 2017  
c/o DOSPASSOS Agencia Literaria  
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2017  
Imagen de portada: © Sybille Sterk / Arcangel Images, 2017

Conversión a formato digital: gama sl  
ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-8109-899-0

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte las excepciones previstas por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

# Índice

1  
2  
3  
4  
5  
6  
7  
8  
9  
10  
11  
12  
13  
14  
15  
16  
17  
18  
19  
20  
21  
22  
23  
24  
25  
26

27  
28  
29  
30  
31  
32  
33  
34  
35  
36  
37  
38  
39  
40  
41  
42  
43  
44  
45  
46  
47  
48  
49  
50  
51  
52  
53  
54  
55  
56  
57  
58  
59  
60



61  
62  
63  
64  
65  
66  
67  
68  
69  
70  
71  
72  
73  
74  
75  
76  
77  
78  
79  
80  
81  
82  
83  
84  
85  
86  
87  
88  
89  
90  
91  
92  
93  
94

95  
96  
97  
98  
99  
100

*A mis padres.  
Y a Xavi y Eli*

Gozoso desplegó las velas el divino Odiseo y, sentándose, comenzó a regir hábilmente la balsa con el timón, sin que el sueño cayese en sus párpados, mientras contemplaba las Pléyades, el Bootes, que se pone muy tarde, y la Osa, llamada el Carro por sobrenombre, la cual gira siempre en el mismo lugar, acecha Orión y es la única que no se baña en el océano.

HOMERO, *La Odisea*, canto V

Noto cómo se enrosca alrededor del cuello y una leve onda se posa sobre mis párpados.

Sssh, despierta.

La brisa agita las persianas, los porticones baten contra la pared, el choque despide partículas calcáreas por la estancia. Una retícula de luz proyecta un resplandor azulado. Sobre el marco, la sombra de un velo baila como una llama líquida. Una fina capa de humedad llega hasta el lecho. La tormenta amaina.

El animal se retira contoneándose entre las sábanas, puedo distinguir la curvatura del lomo y la suave prominencia de los dorsales. Fuerzo la vista y dilato las pupilas mientras retrocede: flotan sobre él copos oscuros, pequeños círculos de luz, el estallido de los átomos sobre su cuerpo. Entra en la zona de penumbra siendo apenas ya un esbozo. De pronto se vuelve hacia mí y me examina desde las sombras: sus ojos centellean como dos ascuas lejanas. Entorno los míos y finjo seguir durmiendo.

Aguardo unos segundos... Lo oigo aproximarse de nuevo, gatea sin apenas posarse sobre las sábanas. Siento su respiración a escasos centímetros del rostro. Elevo un párpado tratando de medir la distancia entre ambos: podría atacarme en cualquier momento. Acerca sus labios sin llegar a tocar los míos y retrocede antes de que pueda alcanzarlos. Trato de incorporarme, pero me retiene apresando las muñecas sobre la cama. El animal me observa divertido. Yergo el cuello, me lame el mentón y los labios entreabiertos. La voz de Duna vuelve otra vez como un susurro:

Vamos, despierta, aún no has visto nada.

El ruido del motor la desvela. Desde la ventana me sonrío y agita un brazo por encima de su cabeza. Es nuestro tercer día en el delta del Ebro y el primero en que el temporal nos permite salir. El cielo está encapotado pero no amenaza tormenta. Por el oeste se abren claros que impulsan las nubes hacia el mar. En media hora, el raso hará que el calor empiece a hacer aguas sobre el asfalto.

Duna viste su cazadora tejana, algo prieta sobre los hombros, y calza unas viejas zapatillas deportivas en lugar de las botas. Adivina mi pensamiento: estará todo embarrado. Lleva el casco colgado sobre el codo y una bolsa con un par de cervezas en su interior. Se sienta a horcajadas apoyada sobre el manillar y trato de fotografiarla a contraluz con el teléfono. Sonríe, se desliza hacia atrás para liberar mi espacio y entrelaza sus manos en mi cintura:

Vámonos, te enseñaré unas playas fantásticas.

Arranco y zigzagueo algo torpe por las calles menudas buscando un desvío que nos lleve hasta el canal. No le pido indicaciones, prefiero que observe el paisaje a plena luz por primera vez desde que llegamos. A nuestra derecha, el cauce baja de forma torrencial salpicado de ramas y matojos. Enseguida dejamos atrás el pueblo y tomamos una vía lo suficientemente ancha para darle gas. Noto cómo se aferra con más fuerza a mí y la forma de sus pechos hundirse sobre mi espalda. Un murmullo reverbera bajo el zumbido del motor:

Acelera...

El sol espejea en la calzada. Las líneas del firme se desdibujan ante nosotros.

A mediodía caminamos por las dos calles principales; el resto son hileras desordenadas de viviendas con perros ladrando a nuestro paso. De éstas germinan vías secundarias, construidas sobre una superficie de tierra plana con tablones de madera salvando los bordillos; otras no son más que caminos de arcilla que mueren frente a una puerta metálica. En algunas de ellas, las cancelas anuncian el alquiler de habitaciones.

Estamos a principios de junio y apenas hay turistas. Duna sostiene que éstos prefieren los campings frente al mar, lejos de los arrozales. Asiento y golpeo el suelo con la puntera. Después de días de tormenta, el barro está prácticamente seco, el suelo inestable del Delta drena el agua con rapidez.

Atravesamos un solar semiderruido, donde un gato mestizo bebe impasible de una tartera, y tomamos de nuevo una de las dos vías centrales que corren paralelas a lo largo del pueblo. A pesar de que en invierno el lugar debe de ser poco más que un páramo, la calle desemboca en el supermercado de una gran cadena. Una amplia cristalera exhibe el género y a una empleada aburrida que nos observa apoyada sobre la caja registradora.

Ven, hay un colmado en la calle de detrás.

El colmado son, en realidad, los bajos de una vivienda con cajas de frutas flanqueando la entrada. En el interior, dos ancianas, una de ellas vestida íntegramente de negro, enmudecen cuando entramos y nos observan como estatuas de sal mientras Duna elige manzanas y naranjas de entre las cajas. Un ventilador de aspas ronronea removiendo el aire sin demasiado entusiasmo.

Te espero fuera.

Salgo y busco una sombra frente a la tienda bajo el balcón de una casa unifamiliar. Un todoterreno completamente embarrado cruza la calle

salpicando de fango su camino, el color salmón de la chapa revela que duerme a la intemperie. Tras él, un octogenario vestido con mono azul circula en bicicleta moviendo temeroso el manillar. A escasos metros, otra vetusta figura me observa impasible sentada en una silla de mimbre. La saludo elevando la cabeza, pero no abandona su estado vegetativo. El viejo ciclista toca el timbre al rebasarla y despierta una jauría a su paso. La efigie mantiene sus ojos posados en mí y me arrellano contra la pared para esconderme de su mirada. Una de las dos ancianas abandona el colmado y camina cosida a la pared buscando la sombra de las fachadas. Tacaneo para sacudir la arcilla de las botas: el pueblo es un enorme geriátrico.



Recorremos la playa de El Trabucador caminando junto a la orilla. El tiempo mejora y después de dos días a pleno sol ha aumentado la temperatura del agua. Estamos completamente solos. Duna avanza con los tobillos sumergidos en el mar mientras una bandada de flamencos revolotea sobre las salinas blancas de La Trinitat y la punta de La Banyà. Al fondo reverberan el macizo de Els Ports y las montañas azules de la sierra de Montsià. Duna las contempla un instante y señala la punta rocosa de La Foradada:

La mejor vista del Delta está ahí arriba.

Asiento y nos tumbamos a la sombra de uno de los postes eléctricos que recorren la playa como la espina dorsal de un animal mitológico. Frente a nosotros, un insecto de vivos colores se mueve con paso decidido, salta, aprovecha una ligera brisa y emprende el vuelo con un zumbido.

¿Vienes?

Niego con la cabeza mientras Duna mira fijamente al mar. Se quita la gorra y alborota su pelo negro sobre los hombros. Me tiendo hacia atrás y observo cómo se despoja de la camiseta y se desabrocha los pantalones cortos. Se vuelve y se desprende coqueta del bikini. No está bronceada, su piel es pálida, de un blanco roto, moteada con algunos lunares en la espalda. Se adentra despacio en el mar; son aguas poco profundas y ha de avanzar una decena de metros para ocultar su cintura. El oleaje es mínimo y las olas rompen débilmente en la orilla. La observo alejarse: Duna es diminuta, apenas unos centímetros. Desde la arena trato de apresarla con el pulgar y el índice; podría voltearla arriba y abajo como un reloj de arena. Se zambulle y escapa de mis manos.

Duna ha pasado mala noche. Es la primera vez, desde que abandonamos Barcelona, que vuelve a tener fiebre y los síntomas me recuerdan a episodios pasados. Me pide que no me preocupe, toma el último ibuprofeno que guarda en el bolso y desayuna lentamente esperando a que le haga efecto. No hay farmacias en el pueblo y le pregunto si quiere que nos acerquemos a Sant Carles de la Ràpita. Niega con la cabeza y me propone que salgamos a rodar; dice que le vendrá bien que el viento la zarandee un poco sobre la moto. Asiento y decidimos ir hacia el interior en dirección a Amposta siguiendo el curso del Ebro.

A mediodía compramos unos bocadillos en una gasolinera y nos detenemos en una alameda para almorzar. Me adentro en el bosque para estirar las piernas y distingo un verderón sobre un tronco caído y una garceta picoteando distraída en una charca. Trato de fotografiarlos con el teléfono pero el zoom apenas los aproxima. Me acerco unos pasos para encuadrarlos y emprenden el vuelo con un violento aleteo. Vuelvo renegando con el aparato en la mano y Duna me sonrío adivinando lo ocurrido. Sobre nosotros, una bandada de pájaros traza la punta de una flecha en dirección al río. Duna eleva el rostro, se lleva la mano a la frente y se toma la temperatura. Antes de que pueda preguntarle me confirma que se encuentra mejor. Me coge de la muñeca y buscamos un lugar umbrío donde descansar.

Nos instalamos al pie de un aliso. Duna se encoge junto a mí y juego a enredar su pelo entre mis dedos. Hay un pequeño hueco entre las ramas y al cabo de poco el sol cae en perpendicular sobre mi cabeza. Cierro los ojos sedado por una agradable quemazón en los pómulos y charlamos sobre nosotros, los veranos de su infancia en el Delta y el apartamento familiar al que hacía años que nadie venía. Me propone arreglarlo y pintar las paredes

descascarilladas. La escucho en silencio; estoy demasiado adormecido como para sacar el tema del dinero y dejo que siga hablando sin refutarla.

Un insecto se posa sobre el dorso de mi mano y lo espanto sacudiéndola en el aire. Duna hace una pausa en su discurso, levanta ligeramente el cuello y pestañeo con fuerza para tratar de mantenerme despierto. Entre el follaje diviso de nuevo el verderón deambular como un funámbulo de izquierda a derecha sobre una delgada rama. Duna vuelve a poner la mejilla sobre mi hombro y retoma el hilo de la narración. Pierdo de vista el ave, vuelvo a enredar los dedos en la madeja de su pelo y, sin poder evitarlo, su voz se torna cada vez más y más lejana.

El día amanece plácido con un puñado de cirros blancos moteando el horizonte. Desayunamos unas tostadas y terminamos la última botella de zumo. No nos queda café ni dinero con el que comprarlo. Duna mordisquea una galleta por los bordes convirtiéndola en un hexágono. Anoche se durmió enseguida, hoy parece más relajada y bromeamos durante el desayuno.

A media mañana salimos a rodar en dirección a La Ràpita y nos detenemos en la primera sucursal bancaria que encontramos. No me apeo de la moto y la observo mientras consulta el cajero. Sacude la cabeza de lado a lado: aún no han ingresado la liquidación de su contrato. Los últimos seis meses, Duna trabajó como vigilante de sala en el Museo Picasso de Barcelona, sentada frente a un autorretrato primerizo del artista. Sé que si hubiera estado un día más habría quemado el cuadro. Extrae unos billetes, pero no consigo ver la cantidad. Frente a la sucursal hay una pequeña tienda de manualidades. Me sonrío, me acerca el casco para que lo sostenga y se adentra en el establecimiento. Al rato vuelve con una bolsa de plástico de la que sobresale un cuaderno de dibujo y diviso en su interior algunos lápices y ceras. Llenamos el depósito, compramos un par de cervezas y nos dirigimos de nuevo hacia el Delta.

En el litoral, el sol apenas quema, los cirros han llegado hasta el mar y se mantienen ingravidos sobre nosotros. Nos detenemos en la playa de El Serrallo y caminamos unos minutos por la arena, esquivando matas de salicornias y limonios, antes de instalarnos. Al estirar las toallas descubrimos una pareja de mediana edad completamente desnuda tras un bancal. La mujer masajea con crema sus enormes senos mientras él mira con disimulo hacia nosotros. Nos alejamos un poco y nos acomodamos en la orilla junto a un leño semihundido en el agua.

Duna toma una lata de cerveza, bebe un trago y la sostiene sobre mi vientre para comprobar, divertida, mi resistencia hasta hacerme aullar. Después hunde la mitad en la arena, se desviste y se sumerge dando brazadas en el mar. La contemplo alejarse, feliz, trazando pequeños remolinos. Quizá no fue tan mala idea venir al Delta después de todo.

Una ola arrolla su ropa y la extiende unos metros más atrás sujeta por una rama seca y un par de guijarros. El hombre se recuesta junto a la mujer de enormes senos que ahora dormita bajo una pámela. Vuelvo hacia la orilla: un destello de luz se filtra entre las nubes plateando una porción de mar, pero Duna nada muy lejos de allí. Lanzo una piedra que rebota torpemente en el agua.

Nos acercamos a los campos de cultivo que rodean la laguna de La Encanyissada. Del mar llega una fuerte brisa salina que balancea las cepas plegándolas sobre el agua. A lo lejos, el trino de diferentes pájaros y el canto de las cigarras se confunden en una polifonía aguda que convierte en imposible distinguirlos. Desde la distancia trato de avistar flamencos o alguna otra ave zancuda. Descubro por azar una abubilla con su penacho de plumas desplegado, picotea una lombriz amarilla sobre una piedra azulada.

Duna está sentada sobre un viejo tronco caído. Es la primera vez desde que llegamos al Delta que intenta dibujar. Coge el cuaderno y lo voltea en horizontal y vertical tratando de tomarle la medida; aún lleva un pedazo de retractilado adherido a la tapa. Extiende unas ceras sobre el leño y contemplo cómo esboza la entrada de los tallos en el agua: define con el carboncillo los perfiles y las curvas y captura, con una nota de color sobre el negro, el ocre y el verde de las hojas. Dibuja de memoria, sin levantar apenas la vista del papel. Bosqueja el horizonte con una línea horizontal y la difumina con el dedo haciendo invisible la frontera entre ambos mundos.

Me alejo. Busco una sombra donde cobijarme y tomo un sendero de arcilla roja mordido por las espigas. Hay un álamo blanco solitario protegido por un grillo que chirría enloquecido. Lo hago saltar arrojándole una piedra y tomo posesión de su sombra. Al poco, regresa rechinando las patas dispuesto a morir por su pedazo de tierra. Me levanto de un salto y trato de aplastarlo. El insecto emprende el vuelo y se refugia tras una ortiga. Lo ignoro y procuro conciliar el sueño. Imposible. Percibo sus diminutos botones negros revoloteando en torno a mí. Intento adivinar su posición y pruebo a alcanzarlo lanzando patadas al aire en todas direcciones. Silencio... Tras unos instantes de quietud, vuelve a chirriar desafiante. Acepto la derrota, cancelo

la siesta y camino hacia Duna, que permanece inmutable en el mismo lugar. Calibra con los ojos entreabiertos el tono cenagoso de las aguas. No distingo ninguna ave en la distancia y estiro los brazos como un espantapájaros abandonado en mitad de la nada. Un insecto me golpea en la frente y lo espanto como si fuera el mismo diablo. Expiro un par de veces procurando calmar mi ansiedad y me alejo sin rumbo con las manos hundidas en los bolsillos. Me resigno: vivir en el Delta es todo lo que podemos permitirnos.

Hoy es nuestro noveno día en el Delta, no nos apetece salir y decidimos ordenar el apartamento y limpiarlo a fondo. En el exterior, el horizonte despide resplandores malva anunciando tormenta. La calle está completamente desierta, el viento mece la copa de los árboles y sólo el ruido del motor de algún tractor o de un vehículo lejano nos recuerda que no somos los supervivientes de ninguna pandemia.

El apartamento está situado en una arteria paralela a la principal del pueblo. La calle no es demasiado larga y está flanqueada por una serie de casas construidas sin planificación ni sentido alguno de la estética. En su mayoría se trata de segundas residencias o viviendas cimentadas originalmente por los inmigrantes, jornaleros del arroz, que a mediados del siglo pasado se establecieron aquí y hoy permanecen abandonadas. Los abuelos de Duna pertenecían a este grupo; su madre heredó una casa de dos plantas y decidió arreglar el piso superior, convirtiéndolo en un pequeño apartamento, para vender, años después, la planta baja a un vecino del pueblo que con el tiempo acabó mudándose y hoy la mantiene cerrada.

Duna organiza el menaje y rescata una pequeña figura de porcelana del fondo de un cajón. La imagen tiene anudada una etiqueta con un nombre y una fecha escritos a mano. Sopesa qué hacer con ella observando su base hueca y vuelve a depositarla en el interior. Abre el cajón inferior, toma algunos trapos de cocina y los coloca sobre la figura sepultándola.

Tras la venta de la planta baja, la casa de veraneo acabó reducida a un espacio de no más de cuarenta metros cuadrados con un pequeño baño, un comedor con cocina americana y un dormitorio. Éste comunica directamente con la sala a través de un marco al que le falta la puerta. Duna cree que nunca la tuvo y en realidad es más cómodo y diáfano que sea así. El techo es



bajo, las paredes son blancas con pequeñas manchas de humedad y el contenido es igual de austero que el continente: una cajonera y un pequeño espejo de pared en el baño; una cómoda, un mueble de cocina, una mesa plegable y dos sillas en el comedor; y una cama y un ropero en el dormitorio conforman toda la decoración del apartamento. Las dos ventanas paralelas, una en cada estancia, protegidas por porticones y una tela a modo de visillo, son el único punto de fuga desde el que otear el cielo, medir la temperatura exterior y, en días como hoy, nuestra atalaya para contemplar la nada.

La playa está desierta, anoche cayeron unas gotas, las suficientes para refrescar el ambiente y disuadir a los escasos turistas. No a nosotros. Hemos salido al despuntar el día y hemos desayunado en la orilla, protegidos por el pliegue de un bancal, justo unos metros a nuestra izquierda, donde ahora una bandada de gaviotas está apurando los restos del banquete.

Contemplo a Duna dibujarlas con mano firme, silueteándolas. No son más que un bosquejo, pero con apenas cuatro trazos los perfiles son reconocibles: dos de ellas se pelean por un trozo de tostada mientras otra bate victoriosa las alas con un pedazo de beicon en el pico. Duna esboza una media sonrisa cuando me descubre observándola, levanta pensativa el mentón y dobla el arco de su espalda sumergiéndose otra vez en el cuaderno.

El tiempo es un ciclón y estamos atrapados en su espiral: soy capaz de imaginarla de nuevo junto a mí, en la Facultad de Bellas Artes, dibujando cualquier cosa que tuviera delante. Trato de fotografiarla con el móvil pero no le queda batería. Pienso en mi cámara pudriéndose en un trastero de alquiler en Barcelona junto con el resto de nuestras cosas. Apenas si han pasado seis años desde que nos conocimos en la facultad; cuatro desde que empecé a colaborar en el periódico como fotógrafo; dos de nuestro último curso, en el que ella se marchó de Erasmus a Berlín; uno y medio desde que conoció a Hans y decidió quedarse allí y romper con todo, también conmigo; y poco más de uno, la primavera del año anterior, cuando los acontecimientos se precipitaron y el remolino nos engulló a ambos: el cierre del diario, el ictus y la muerte repentina de su madre, y mi viaje en su busca a un hospital de la capital alemana después de que intentara suicidarse.

La turba de gaviotas emprende el vuelo, excepto una, que permanece en el bancal intentando disociar las migajas de los granos de arena. Duna ya no

la observa, continúa absorta en el cuaderno: el dibujo narra el pasado, cuando las aves desplegadas furiosas las alas para proteger sus capturas.

A su vuelta, decidimos intentarlo de nuevo y tratamos de reconstruir nuestra relación como si nada hubiera ocurrido. Duna apenas dibujaba y pasó los seis primeros meses adormecida y enganchada al diazepam; yo trabajaba esporádicamente como fotógrafo para alguna publicación o como ayudante retratando celebraciones. Los seis siguientes, Duna dio un paso al frente y consiguió un contrato temporal como vigilante de sala en el Museo Picasso de Barcelona. Ésos son ahora nuestros únicos ahorros. Dos meses atrás, a mediados de abril, cuando supo que no iban a renovarla, decidimos aceptar el ofrecimiento de un tío suyo para trabajar, durante la segunda quincena de julio y el mes de agosto, en un restaurante de su propiedad en La Ràpita. A ninguno de los dos nos entusiasmaba la idea; Duna jamás ha estado tras una barra y yo sólo he puesto copas algún fin de semana, pero decidimos que podía ser una buena oportunidad para ahorrar algo de dinero. Nuestro plan, después de dejar el piso de alquiler de Barcelona y mudarnos a su recién heredado apartamento, a escasos kilómetros del restaurante, es disfrutar juntos de un mes y medio de vacaciones antes de incorporarnos al trabajo. Duna siempre había deseado volver al Delta conmigo. Dice que el lugar ha cambiado pero sigue siendo hermoso; nosotros también lo hemos hecho y ambos añoramos aquel tiempo en que nuestro único horizonte era crear y ser felices.

El sol emerge al fin y resplandece parpadeante sobre las olas. El cuaderno está a mi lado, Duna en el agua. Le echo un vistazo. Hay algún esbozo más de las aves, junto a un bosquejo que simula ser mi silueta acostada sobre la arena, apenas unos trazos, abandonado justo antes de aburrirse, espantar la última gaviota y zambullirse en el mar.

Duna está apostada junto a la ventana dibujando la calle: cuatro casas bajas y un árbol escuálido del que pende un olvidado cartel electoral. Yo permanezco tumbado, casi inerte, como las últimas doce horas, alargando el duermevela de forma indefinida. Tengo un libro abierto sobre el pecho que leo a desgana; ni siquiera es mío, estaba en el apartamento. Duna no recuerda de quién era, alguien lo trajo algún verano y quedó olvidado. Trato de no pensar en nada, contemplo las manchas de humedad del techo inventando cartografías de lugares remotos, ínsulas imaginarias sobre las que gobierno de manera despótica desplazando ejércitos de un lugar a otro para sofocar rebeliones. Qué buen vasallo si tuviese buen señor, corea la muchedumbre. Duna me contempla divertida.

En qué piensas.

En nada, te observo mientras dibujas.

Abandona con cuidado las ceras y el cuaderno a sus pies, corre la tela y entorna levemente el porticón. Viste sólo una camiseta ancha hasta los muslos, se desprende de ella y se extiende junto a mí. La rodeo con el brazo mientras clava sus enormes ojos negros en los míos. Me besa bajo el cuello y recorro con las yemas sus oscuras areolas. El libro cae y pierdo el punto de lectura. Sé que nunca más volveré sobre él. Desciendo hacia el vientre y trazo una línea imaginaria entre sus lunares y el vello. Duna me sonrío, exhala un leve jadeo y aprieta con fuerza mi mano entre sus piernas.

Duna duerme y salgo a rodar al alba. Camino unos metros sin encender el motor, impulsándome con la punta de los pies, hasta alejarme lo suficiente para detonar sus dos cilindros. Al avanzar, observo mi silueta recortada frente a la luna oscura del supermercado; aún es pronto para que la empleada aburrida empiece su jornada.

Años atrás, en la universidad, Duna y yo fantaseábamos con recorrer Europa a lomos de una *custom* inglesa, a los dos nos parecían más sobrias y discretas que sus competidoras americanas. La oportunidad de adquirirla surgió tras comenzar a trabajar en el periódico: todo mi salario lo invertía en mejorar mi equipo fotográfico y en ahorrar lo suficiente para comprar una de segunda mano. Tardé más de un año en reunir el dinero, pero apenas si pudimos disfrutarla juntos unos meses: al año siguiente, ella se marchó de Erasmus a Berlín y yo no me he movido de Barcelona desde entonces.

Abandono el Delta y tomo una carretera secundaria en dirección contraria al mar, hacia Tortosa y el macizo de Els Ports. Levanto la visera del casco y me dejo acariciar por una brisa fresca y salada. El cielo es raso, los cúmulos han desaparecido y todo apunta al inicio de días de bonanza. Una hora más tarde, me detengo en una loma del camino, en la sierra de Cardó, en un pequeño mirador con mesas de pícnic y una papelera con la bolsa de basura vuelta del revés. Hay restos de comida esparcidos por debajo de las mesas y una procesión de hormigas acarreándolos. Me siento a una de ellas y cojo del portaequipajes una cerveza. La dejo al primer trago, quizá es demasiado pronto para eso. Las hormigas continúan su marcha rodeando mi bota. Más adelante, las filas se unen entre sí amontonándose unas encima de otras. Observo el horizonte: el mirador está orientado hacia el este y, al fondo, se divisa el mar y la desembocadura del río. Doy un segundo trago.

Pienso en nuestra antigua vida, en la facultad, recuerdo a Duna esperándome en la puerta del aula o posando para mí en la azotea, resplandeciente con las estelas de condensación sobre nosotros.

Su primera muestra coincidió con la mía, aún no habíamos acabado la carrera y ambos ya habíamos expuesto. Sus dibujos tenían una fragilidad que llamó enseguida la atención: líneas apenas apuntadas, cuatro motas de color y retratos de ella misma o de nuestro entorno esbozados sobre un enorme lienzo blanco. Sus figuras estaban más cerca de desaparecer que de hacerse presentes en la tela. Vendió buena parte de aquella colección y consiguió que algunos galeristas se interesaran por su obra.

Duna también era el centro de mi exposición, ella lo inundaba todo. Mis fotografías eran fragmentos de vida, desnudos, partes de su anatomía: su mano con el pincel trazando una línea sobre el lienzo, los lunares de su espalda como un pentagrama inacabado. Yo me recluía en ella para crear y ella en sí misma. Fue entonces cuando conseguí un contrato como fotógrafo en un periódico gratuito. Fue una casualidad: estuve en el momento justo en el lugar adecuado. Una entidad bancaria quería limpiar su imagen y decidió patrocinar un suplemento semanal para poner en valor el entorno natural cercano a Barcelona. En realidad, nada que ver con mis intereses ni mis fotografías hasta ese momento: había colaborado en el periódico con algún retrato urbano y pensaron en mí porque sabían que aceptaría un salario bajo para ganar experiencia. Empecé encargándome de la edición gráfica y poco a poco fui interesándome por la fotografía de naturaleza hasta realizar yo mismo alguno de los reportajes. Me apasionaba sobre todo capturar las aves salvajes y me dejé una fortuna comprando lentes.

De la noche al día, Duna y yo ganábamos dinero, no demasiado, pero más del que habíamos tenido nunca. Empezamos a ser conocidos, nos agasajaban en la facultad, ya no estábamos solos, hasta entonces éramos prácticamente invisibles; no éramos extravagantes, no acudíamos a eventos sociales ni presentaciones, vivíamos juntos, creábamos juntos, ella pintaba, yo fotografiaba, nos retroalimentábamos, eso era todo. Duna ganó confianza, empezó a mostrar sus dibujos, ella sí tenía talento, cualquiera podía verlo; yo, en cambio, fui abandonando mi faceta creativa para centrarme cada vez más en mi trabajo, que combinaba con dificultad con las clases. Las notas de

Duna mejoraron con su éxito, las mías cayeron en picado. Ella quería acabar sus estudios con una Erasmus en Berlín y realizar allí su proyecto de fin de carrera sobre las vanguardias y el cine expresionista alemán, incluso un instituto germánico le concedió una beca para financiar su estancia. Decidimos que yo iría a visitarla durante el segundo semestre y pasaría allí mis días de vacaciones, pero la distancia fue minando la relación: en algún momento conoció a Hans y la dio por acabada antes de que pudiera reunirme con ella. Poco después, la crisis de la prensa escrita se llevó por delante el periódico y, en un abrir y cerrar de ojos, me encontré sin trabajo, sin dinero y sin Duna.

Doy un último trago. El sol está fuera del agua ascendiendo sobre el día. Una hormiga intrépida se encarama hasta mi tobillo buscando un paso entre la pernera y la bota para adentrarse en ella. Me pongo en pie tratando de no pisar la marabunta, pero es imposible, algunas caen en esta mañana indeterminada de junio. Observo impotente a las víctimas, nadie se apiada de ellas, las vencidas son devoradas por sus propias hermanas.

Duna ha salido a comprar algo de fruta y tostadas. Nuestros desayunos son cada vez más frugales, pronto seremos entomófagos y nos alimentaremos sólo de insectos; o, tal vez, pterófagos y nos cebaremos con plumas; o, mejor aún, geófagos, para llenarnos la boca de tierra y nutrirnos de los rayos solares, antes de volvernos antropófagos y devorarnos el uno al otro.

Necesito una ducha fría. No hay otra opción. El agua caliente chispea tan débilmente que debería permanecer debajo durante horas para poder lavarme. Entro al baño y me reclino en los azulejos dispuesto a abrir el grifo entre espasmos. Al hacerlo se cuele bajo el torrente la melodía de mi teléfono. Es tan extraño que alguien me llame que sólo puede ser un error o Duna, que usa el mismo aparato desde que era adolescente. Bebo un trago de agua calcificada y salgo de la ducha. El teléfono brilla en la distancia con un nombre parpadeando en la pantalla. Es Álvaro, un antiguo compañero de la facultad que abrió un pequeño estudio fotográfico en Barcelona al acabar los estudios. Han pasado seis meses desde su última llamada y no esperaba que volviera a contactar conmigo. Regreso al baño y termino de asearme antes de desbloquearlo.

El mensaje en el buzón de voz es algo confuso y hay ruido de fondo, pero logro descifrarlo: me pide que le devuelva la llamada; fue a nuestro antiguo piso y lo encontró vacío; en un par de semanas tiene una boda complicada en Barcelona, con una familia de aquí y otra escocesa, y necesita a alguien que le ayude a hacerles el seguimiento.

Medito qué hacer girando el teléfono entre los dedos mientras me imagino persiguiendo a adultos borrachos por la ciudad o intentando separar a una miríada de niños para retratarlos de forma individual, marcharme al estudio a toda prisa, editar la luz, imprimir las imágenes en papel satinado y



volver a la carrera para tratar de identificar a sus padres y venderles con una mueca ridícula las fotografías.

Me desplomo sobre la cama como si volviera fatigado de una larga jornada laboral. Al poco, Duna entra en escena cargada de fruta. Un racimo de plátanos asoma por el asa de una bolsa de plástico. Dudo qué responderle a Álvaro y si contárselo a ella. Deja la compra sobre la mesa y se tumba sonriente a mi lado. Decido guardar silencio.

La noche es extremadamente cálida. El verano ha llegado de un día para otro acompañado de una humedad empalagosa. Hemos instalado una mosquitera en la ventana antes de que los insectos acaben por devorarnos. Tengo un par de picaduras en los brazos y me desespera intentar no rascármelos. Duna está completamente aguijoneada, aunque apenas le afecta. Hoy no ha cenado, ha empezado a encontrarse mal y se ha acostado enseguida.

Después de medianoche, la sensación de bochorno es inaguantable. No consigo conciliar el sueño, jadeo ansioso y doy vueltas sobre mí mismo como una polea enloquecida. Duna duerme hecha un ovillo; su respiración, en cambio, es plácida, acompasada. Me levanto y me acerco a la ventana buscando un poco de aire. Al otro lado de la reja, los mosquitos intentan sin éxito franquear nuestro castillo. Golpean reiteradamente contra la tela buscando un fallo en el trenzado. Sonrío como un chiflado al verlos caer. Las defensas aguantan, esta noche la victoria será nuestra.

Paso la noche en vela. Duna ha estado febril todo el día, ahora delira en sueños. Su cuerpo arde por encima de los treinta y nueve grados. No sé cómo consolarla, su respiración ya no es acompasada sino completamente arrítmica. Ha transcurrido prácticamente un año desde su último episodio de fiebre, al poco de regresar de Berlín, y no esperaba que sucediera aquí de nuevo. Temo dejarla sola, pero no hay otro modo. La zarandeo, trato de avisarla y balbucea algo sin sentido volviéndose hacia el lado contrario. Salgo en plena noche a buscar medicinas con las que aliviarla.

Duna siempre ha sostenido que su problema es hormonal y que empezó a desarrollarlo en la adolescencia: sufría durante algunas noches episodios de fiebre elevada a los que sucedían días o semanas enteras llenos de abulia y hastío. Enseguida empezó a faltar al instituto e inició del brazo de su madre un goteo de visitas a médicos y psicólogos, cuyos cuadros clínicos oscilaban entre la depresión reactiva y la psicótica, aunque ninguno consiguió establecer la relación con la fiebre. Ella siempre ha negado cualquier tipo de enfermedad y ha rechazado todos los tratamientos, en su mayoría a base de eutimizantes y antipsicóticos; dice que es tan sólo su carácter, explosivo algunos días y abatido otros. Sin embargo, sí que encontró consuelo en el diazepam y, con el tiempo, desarrolló una fuerte adicción al fármaco, de la que fue librándose en la universidad y en la que recayó tras su último episodio al regresar de Berlín.

Arranco, el pueblo está en completo silencio, la humedad es insoportable y sólo el chirriar de los grillos y el motor de combustión impiden escuchar el murmullo del Ebro abriéndose paso hacia la desembocadura. Giro el puño y hago saltar todos los radares hasta llegar a La Ràpita.

Recuerdo como su madre, que no conocía la adicción de Duna al

medicamento, sostenía, en las contadas ocasiones en que comimos los tres juntos, que su carácter nada tenía que ver con el de su adolescencia y me halagaba diciéndome que el mérito era mío por haber conseguido sosegarla. Duna asentía sonriendo y me tomaba la mano haciéndome cómplice de su secreto. Aun así, los episodios de fiebre han venido repitiéndose una o dos veces por año y, aunque siempre ha intentado atajarlos con antipiréticos, ambos sabemos que no hay otro remedio que dejar pasar los días.

Un cartel en la entrada de la ciudad me conduce hacia una farmacia abierta las veinticuatro horas. Es un establecimiento enorme al que es imposible acceder desde la calle y los pedidos han de hacerse a través de una abertura en la persiana metálica. Una embarazada de rasgos andinos con un bebé en brazos y un hombre de mediana edad en pijama esperan su turno. No nos saludamos, a ninguno le importa el mal del otro, sólo el propio. Compro la medicación y regreso dando gas a fondo. Al salir de la autopista la moto da un bandazo y estoy a punto de saltar por los aires.

La salmodia aguda de los grillos me recibe de nuevo. Duna duerme empapada sobre la cama, las sábanas están húmedas y no tenemos otro juego. Está totalmente ausente, la incorporo y trato de que tome la medicina. Extiendo mi camiseta sobre su espalda y sostengo su cabeza en mi regazo. Tiene la mirada perdida vuelta hacia mí. La ayudo a beber un vaso de agua con el fármaco disuelto y creo adivinarle una leve sonrisa antes de quedarse dormida entre mis brazos.

No mejora. Está unas décimas por debajo de la locura. Sólo articula palabras sueltas, un balbuceo constante de nombres y conceptos: Mamá, yo, Berlín... Siempre Berlín. ¿Por qué no recuerda los años en Bellas Artes cuando todos nos envidiaban? ¿El piso del Raval, el revelado de nuestras fotos en el baño y su cuerpo fragmentado tendido en papel satinado sobre la ducha? No, Berlín una y otra vez. Otra ciudad, otra vida.

Pruebo a tumbarme a su lado, pero me revuelvo incómodo entre las sábanas caladas. En el techo, las manchas de humedad se expanden dejando pequeñas ínsulas aisladas, refugios de pescadores y eremitas que ya no retrocederán jamás. El calor de su cuerpo me corroe. Empiezo a marearme y me extiendo sobre el suelo. El frío de las baldosas es un pequeño bálsamo. Las presiono con las palmas de las manos y trato de llevar su frescor por todo el cuerpo. Oprimo las mejillas contra el suelo y recorro las juntas con la yema de los dedos trazando figuras geométricas. Al fin, concilio el sueño.

La fiebre mengua, apenas delira, pero el calor es insoportable. Se ha abierto un pequeño orificio en la mosquitera. La habitación está en penumbra, pero escucho el zumbido de los insectos sobre nosotros.

Duna está incorporada sobre la cama con los ojos fijos en la ventana siguiendo el vuelo del visillo. Estoy a su lado, sentado en el suelo en ropa interior. Tiene mi mano cogida. No hablamos. A veces solloza, aprieto su mano con más fuerza y al poco se duerme de nuevo. Siento las perlas de sudor deslizarse lentamente bajo mi sien. Llevo dos días sin salir de aquí. Poso su mano sobre su vientre y le retiro la sábana humedecida hasta los pies. Pronto estará recuperada y saldremos a rodar, nos tumbaremos como lagartos sobre la arena y se zambullirá sin temer la temperatura del agua. Después se volverá, me llamará para que la acompañe y correré tras ella levantándola sobre mi cabeza como si fuese un leño a la deriva. Pero no será hoy, hoy somos dos náufragos en corrientes distintas; hoy sólo observo la calle desierta a través del trenzado.

Me ducho por segunda vez desde mediodía. La cabeza me da vueltas como un satélite perdido. Aprieto los puños y noto cómo el vello se eriza mientras me adapto al cambio térmico. Resoplo, me siento en el plato como un santón vencido y dejo que el agua caiga gélida sobre mi espalda. De fondo, oigo la voz de Duna hablando en sueños. Me pongo en pie y trabo la puerta con el pestillo.

Duna mejora. Necesito tomar el aire y rodar. Desayunamos juntos y me invita a salir con un hilo de voz. Se quedará leyendo o escuchando la radio, no sabe. Tiene el pelo recogido en un moño y las mejillas enrojecidas como si hubiera estado corriendo toda la mañana. Ha recuperado algo el apetito y come lentamente. Da pequeños mordiscos a una tostada por los costados. La beso y me abraza por la cintura antes de marcharme.

La mañana es agradable, ligeramente húmeda, la brisa es racheada y provoca cierta resistencia para avanzar. Tomo un pequeño sendero, por una vía semiasfaltada y contemplo a mi paso el batir del viento en los arrozales. Hay algunos cuadros verdes y otros aún completamente anegados. Un par de hombres con sombrero de paja y grandes botas faenan con el agua a la altura de las rodillas. Los dos sumergen sus manos entre las garbas y avanzan con la espalda arqueada sin levantar la vista de los tallos. Me detengo y los observo distraído hasta que el sonido del teléfono irrumpe en la estampa. Uno de ellos se gira un instante hacia mí y vuelve a fijar su mirada en el agua.

Es Álvaro, había olvidado por completo devolverle la llamada. Sopeso unos instantes qué hacer antes de contestar. Lo desbloqueo. Le pido disculpas y acepto el trabajo. Me confirma que la boda es en diez días y durará todo un fin de semana. Trato de regatear el presupuesto sin éxito. Escucho ruido de fondo: alguien entra en su estudio. Le oigo saludar. Volverá a llamar para concretar todo lo demás. Cuelga. Al hacerlo, me arrepiento de inmediato de aceptar la oferta y abandonar a Duna unos días.

Los hombres siguen hurgando en las garbas. Creo que revisan las cepas buscando algún tipo de plaga. Uno examina un caracol al trasluz, lo voltea y lo lanza de nuevo al agua.

Nos vendrá bien el dinero, me digo para convencerme. Apago el teléfono,

desando el camino y, con el viento a favor, busco una vía rápida para escapar del olor salino de los arrozales.



Anoche, Duna se despertó aturdida; tenía un fuerte dolor de cabeza y vagó durante horas por el apartamento. Acabó durmiéndose sentada en la taza del lavabo. Yo apenas pude pegar ojo, aunque traté de aparentar lo contrario. La mañana ha sido distinta, al alba la llevé de nuevo a la cama y duerme desde entonces. Ahora parece que tiene algún tipo de pesadilla y menciona débilmente a su madre en sueños. Le retiro los cabellos del rostro dejándolo al descubierto y los extiendo con mimo sobre la almohada.

Duna siempre estuvo muy apegada a su madre y fue quien despertó en ella, ya desde niña, su vocación por el dibujo. Antes de que naciera, vendía bisutería y marinas que pintaba sobre tejas con acrílicos a los turistas de La Ràpita o en Ibiza, adonde viajaba con frecuencia. Un verano se quedó embarazada y decidió cambiar de vida y establecerse como administrativa en Barcelona. Duna es hija única, no conoce la identidad de su padre y lleva los dos apellidos de ella. Tras empezar a salir juntos en la universidad, enseguida nos independizamos y buscamos un piso de alquiler en el Raval, cerca de la facultad. Aun así, ambas comían o cenaban casi a diario y yo no ocupaba ese espacio. Sé que su madre me apreciaba y con frecuencia me pedía que las acompañara, pero el trabajo en el periódico era la excusa perfecta para declinar la oferta. Su repentina muerte a causa de un ictus, mientras Duna estaba de Erasmus en Berlín, fue un mazazo tremendo para ella y, aunque lo niega y no lo achaca a nada en concreto, sé que fue lo que precipitó su intento de suicidio.

A media tarde, después de comer, salgo a tomar el aire y ruedo sin ningún motivo en dirección a La Ràpita. Empiezo a conocer la ruta como la palma de mi mano y aprovecho las vías de servicio para dar gas a fondo. Hay un pequeño cangrejo deambulando perdido en mitad de la carretera y soy

incapaz de esquivarlo sin ponerme en peligro. No llego a oírlo, pero noto el crujido de su caparazón bajo la rueda. Freno unos metros más adelante y observo la mancha rosada sobre el asfalto. A la derecha se encuentra la estructura metálica de una portería, anclada en el margen de un campo de fútbol amateur abandonado. En este lugar, Duna creyó haber identificado a su padre cuando era una niña.

El campo había sido utilizado en el pasado para instalar ferias itinerantes durante los meses de verano, a las que acudían sobre todo turistas de Deltebre, Sant Jaume, Poblenou y el resto de poblaciones del Delta. Un mes de agosto, cuando Duna tenía seis o siete años, descubrió en el lateral, apartado del resto de las atracciones y anunciado por una docena de sillas plegables, la estructura de un pequeño teatro de títeres adornado en su exterior con nubes de guata y papel de aluminio simulando una noche estrellada. Duna tiró de su madre y, antes de dirigirse hacia allí, ésta le compró un enorme algodón de azúcar; lo recuerda muy bien porque siempre se negaba a darle dulces y aquel día lo hizo sin que ella se lo pidiera. Minutos antes de comenzar la función, Duna se sentó en primera fila y, mientras devoraba el algodón, su madre se acercó a hablar con uno de los dos titiriteros: ambos vestían de forma extravagante y se dedicaban a animar al público a asistir al espectáculo. Él era alto, ancho de espaldas, y tenía el pelo lacio y los ojos negros, igual que ella y su madre. Vio cómo ambos se abrazaban y, en más de una ocasión, miraron en su dirección y la saludaron, aunque en aquel momento no prestó demasiada atención al amigo de su madre. Al poco comenzó el espectáculo: una farsa donde se mezclaban sombras chinescas y marionetas. No recuerda bien la historia, pero le cautivó el teatro de sombras y tomó conciencia por primera vez de la existencia de un mundo invisible y su reflejo. Al acabar la función, el titiritero se acercó a ellas para saludarlas, se puso en cuclillas frente a Duna y le preguntó si le había gustado la obra. Ella no supo qué responder y él le entregó un pasquín donde había una foto de sí mismo ataviado con la misma ropa estrafalaria que vestía. Su madre le susurró algo al oído, el titiritero se excusó y se despidió besándola en la mejilla y abrazando a Duna como si también fuera una vieja amiga. Recuerda que su madre le pidió el pasquín y ella se negó a dárselo. Era un díptico con una imagen de los dos actores, otra de la función y un

breve texto con la sinopsis del espectáculo. En el reverso figuraba como datos de contacto y contratación un apartado de correos de Barcelona. Duna lo llevaba siempre consigo y al anochecer lo escondía en el interior hueco de una figura de porcelana en recuerdo de su bautizo. Al cabo de unos días reunió el valor necesario y le preguntó directamente a su madre si aquel hombre era su padre. Ella lo negó entonces y a lo largo de los años, era tan sólo un viejo amigo a quien había conocido en Ibiza antes de que naciera, y le recalcó que ella no tenía un padre y que no había nada de malo en ello. Aun así, Duna no quiso creerla y escribió una carta a la dirección que figuraba en el díptico, preguntándole si él era su papá y si volverían a verse. Lo hizo al menos media docena de veces durante los siguientes dos años. Cada verano ambas acudían a menudo a la feria situada en el viejo campo de fútbol, pero no volvieron a ver ni a los titiriteros ni su pequeño teatro. Al fin, al término de un estío, poco después de regresar a su hogar en Barcelona y comprobar que en el buzón no había respuesta a ninguna de sus cartas, decidió que su madre tenía razón, que ella no tenía padre, y rompió el pasquín en mil pedazos.

Cae la tarde y ruedo un poco más vagando entre los campos de arroz y rodeando sin prisa la laguna de La Encanyissada. Hay un anciano sobre una barca de perchar sosteniendo un esparavel en sus manos. Me detengo, no parece que tenga intención de lanzarlo y repasa con mimo la red y los plomos. Pienso en Duna, tendida sobre la cama en ropa interior y observándome al amanecer con sus preciosos ojos negros y melancólicos. Un martinete pía ruidoso frente a mí y alza veloz el vuelo como si llegara tarde a algún otro lugar. Se dirige al oeste y lo sigo con la mirada hasta perderlo. Al fondo, el sol se pone sobre la sierra de Montsià y se refleja en los cuadros anegados. Arranco y emprendo el camino de vuelta al apartamento.

Duna se encuentra mejor, hace un par de días que no delira y ya no tiene fiebre. Al clarear hemos desayunado las últimas tostadas, lavado las sábanas y aireado la ropa de cama. Después, con la misión cumplida, salimos a estirar las piernas y paseamos por el pueblo siguiendo el margen de una acequia. En las afueras, el canal se bifurca en dos ramales paralelos y por el más estrecho baja un torrente de agua oscura arrastrando una bolsa de plástico. Duna toma mi mano y se arrodilla para intentar cogerla, pero queda lejos de su alcance. Espolvorea en el aire los cristales de agua y me coge por la cintura. El clima es suave y caminamos un buen rato siguiendo el trazo de los canales por los campos de cultivo antes de volver al pueblo. Al entrar, nos detenemos en el supermercado, contamos las monedas que nos quedan y compramos comida envasada para los próximos días.

De regreso, mordisqueamos una manzana entre los dos. Con el tercer bocado, Duna se daña las encías y una mancha de sangre tiñe la pulpa. Le sonrío y muerdo sobre su dentellada. Al llegar al apartamento descubrimos que olvidé cerrar la ventana y la habitación está infestada de insectos. Comenzamos la cacería y los abatimos con una vieja camiseta hecha jirones. Al emprender la retirada, una luciérnaga queda atrapada entre el cristal y el visillo y se golpea reiteradamente contra el vidrio. Está aturdida y me dirijo a ejecutarla. Duna me detiene sujetándome del brazo, se acerca a ella y, como un compasivo emperador romano, la empuja con el pulgar para liberarla de la tela y absolverla del cadalso.

Cerca de la desembocadura del Ebro, mirando hacia las islas de Buda y Sant Antoni, encontramos unos bancos de madera donde descansar. Son media docena y están dispuestos en semicírculo junto a una atalaya para contemplar las aves y delimitados del resto del sendero por unos leños verticales. Frente a nosotros, un grupo de turistas con prismáticos contemplan fascinados bandadas de fochas y cormoranes.

Duna está mucho más animada y bosqueja en su cuaderno el camino de estacas que nos ha traído hasta aquí. Le tiembla el pulso pero trata de ocultarlo poniéndose ligeramente de costado. Finjo no darme cuenta y le sonrío con los brazos abiertos en cruz sobre el respaldo. Dice que va a intentarlo de nuevo, que tras el verano volverá a ofrecerse para dar clases de dibujo y acabará su tesis. Es una música antigua pero me gusta oírla una vez más. Habla deprisa, sin levantar la vista del papel y con el carboncillo bailando enloquecido.

Las aves se alejan y los turistas con ellas. Algunos inclinan la cabeza y nos sonrían al pasar por nuestro lado contemplando los apuntes de Duna. Ella no se inmuta y sigue hablándome de su proyecto inacabado sobre las vanguardias y el cine expresionista alemán. Habla de la Bauhaus, colores, decorados y movimientos de cámara, pero evita mencionar a Hans y el año de Erasmus en Berlín, donde iba a finalizarlo sobre el terreno. Finjo también no darme cuenta.

Sobre uno de los postes, un cormorán moñudo seca al sol sus grandes alas oscuras; sostiene un pequeño pez plateado con el pico. Éste aletea débilmente hasta que sus branquias desfallecen. El ave alarga el cuello, lo engulle y nos observa fijamente antes de emprender el vuelo.

Ayer nos acostamos tarde. Estuvimos en el apartamento apurando las últimas cervezas y jugando con el cuerpo del otro. Duna me dejó fotografiarla con el teléfono en pequeños pedazos: el lóbulo izquierdo, las manchas de su espalda, el escaso vello púbico... La fragmenté tanto que estuve a punto de hacerla desaparecer. Ella dibujó el trazo infantil de algunos pájaros sobre mi pecho. Esta mañana traté de eliminarlos, pero aún quedan pigmentos.

La puerta del baño está entreabierta, desde la cama puedo verla de espaldas envuelta en una toalla. No sabe que la observo. Está dándose algún tipo de crema y tararea una canción para sí. Se desprende de ella y deja su cuerpo al desnudo. Hay un ligero contraste de color en los hombros, aunque el cambio de tono apenas es perceptible. Apoya un pie sobre la taza y se arquea para secarse el pelo, que le cae como una cortina de tiras sobre el rostro. La línea de la columna se marca en la espalda y las nalgas se abren ligeramente. Me desvisto acercándome a ella y le acaricio los pechos trazando pequeños círculos. Se yergue, le muerdo dulcemente el cuello y noto el roce húmedo de un mechón sobre el pómulo. Duna se vuelve hacia mí, me sonrío y baja lentamente lamiéndome desde el pecho hasta el glande. Acaricia el interior de mis muslos y se demora jugando con la punta rosada entre sus labios. Recojo sus cabellos en un puño y contemplo el vaivén de su cuello mientras me mira fijamente a los ojos. Se pone en pie, ladea el rostro haciéndome una seña y toma mi mano para conducirme hasta la cama.

La llamada nos desvela a los dos. Un zumbido creciente avanza entre un hato de ropa desperdigado por el suelo. Vuelvo la vista hacia la ventana y observo el día descomponer su luz como un prisma sobre la cama. Debe de ser más de media mañana. Duna viste sólo una camiseta larga, se levanta arramblando las sábanas y se tambalea hasta el teléfono. Es-el-Bar-do, silabea con los labios antes de responder.

El Bardo es el tío de Duna y hermanastro de su madre, aunque apenas tenían relación entre ellos. Siendo niña, Duna recordaba haberlo visto en alguna fiesta familiar, en vida de sus abuelos, pero no había vuelto a coincidir con él hasta las pasadas Navidades cuando, sin previo aviso, se acercó a Barcelona para darle el pésame por la muerte de su madre. Fue ahí cuando se ofreció a ayudarnos y nos propuso trabajar durante el verano en su restaurante en La Ràpita. Duna rechazó el ofrecimiento: acababa de empezar a trabajar como vigilante de sala en el Museo Picasso y el Bardo no dejaba de ser un completo extraño para ella. Sin embargo, hace un par de meses, cuando supo que no iban a renovar el contrato y yo seguía buscando empleo sin éxito, decidió llamarlo para aceptar la oferta si aún seguía en pie. Duna tuvo la impresión de que parecía haberla olvidado, pero él mantuvo su palabra y nos citó para comenzar a mediados de julio.

Nos invita a cenar mañana y a ver las hogueras, murmura apretando el teléfono contra el pecho.

Los dos nos miramos desconcertados hasta caer en la cuenta de que mañana es la víspera de San Juan. Duna farfulla algún tipo de asentimiento y se despide. Tira el móvil sobre la cama, arrastra los pies hasta la nevera y da un buen trago a una botella de zumo.

Por lo que ella sabía, Juan el Bardo adoptó ese nombre artístico a finales

de los setenta y tuvo cierto éxito, sobre todo en las tierras del Ebro, de donde era originario, como cantante melódico, adaptando boleros y viejas canciones latinoamericanas. Después, una vez sus versiones dejaron de interesar, aprovechó su exigua fama para cantar en orquestas de verano, recorriendo los pueblos del litoral mediterráneo hasta finales de los ochenta, cuando decidió retirarse del espectáculo y montar un restaurante con su nombre en La Ràpita. Duna lo visitó siendo una niña y lo recordaba con las paredes cubiertas de fotografías de sus años de gloria, a las que iba añadiendo otras nuevas junto a deportistas y gente de la farándula que acudían al local durante los meses de verano.

El día reluce. Me incorporo. Entorno el porticón de la ventana para combatir el sol y modifico el ángulo que éste trazaba sobre las sábanas de obtuso a agudo. Como si los lugareños quisieran confirmarnos la fecha, oímos el estruendo de un petardo lejano, seguido por los ladridos coléricos de una jauría de perros. Duna apura la botella de zumo, vuelve a la cama y nos escrutamos sin saber qué hacer ni a qué dedicar el resto del día. Rompe a reír y me lanza su camiseta:

Venga, vámonos a la playa.



El restaurante del Bardo está situado en el paseo marítimo de La Ràpita, cerca de la playa de Les Delícies. El interior no es demasiado grande, pero dispone de una amplia terraza, a escasos cien metros de la orilla, que es su principal fuente de ingresos durante el verano. Su pareja es Cleo, una mulata portuguesa de origen angoleño, dos décadas más joven que él, que le ayuda con el servicio. Detrás de la barra y dando apoyo a las mesas, conviven de forma hierática sus dos hermanos menores. Son mellizos, espigados y visten con algo parecido a un esmoquin. En la cocina, sazonando los platos, faena una menuda colombiana, puntualmente acompañada de algún ayudante a los que el Bardo va reclutando o prescindiendo, según la demanda, para ocuparse de la vajilla y sobre los que gobierna un viejo y orondo cocinero, que es el responsable último de los fogones.

Tras el tour por el interior del restaurante, tomamos asiento los tres en una mesa reservada en el exterior. La ocupación de la terraza no es demasiado alta y por el escaso tránsito de turistas no parece que eso vaya a cambiar durante la noche. El Bardo sacude la cabeza y hace una señal a Cleo chasqueando los dedos para que tome el mando del restaurante. Nos sirve un par de vasos, bebe un trago de una jarra de cerveza y rompe a hablar:

Esta temporada será floja, la gente está sin blanca, pero el quince de julio os quiero aquí como un clavo. Si veo que a principios de mes la cosa se anima os llamo antes, ya se verá, lo mismo vienen jubilados en masa que llueve todo el mes y no salen ni los grillos.

La última parte de la frase la articula en un tono mucho más débil, pronunciada por inercia y sin pensar demasiado en la metáfora con la que adornaba su discurso. Su atención está fija en Cleo, que toma nota a un tipo solitario. La observa volver al interior del restaurante y cambia la dirección de

su mirada hacia el paseo hasta perderse en el mar.

Fijaos, esta zona ya no es lo que era, antes la gente venía por la tarde a coger mesa, porque, si no, no cenaba, daba igual qué les sirvieras; ahora hay que pescarlos con mosca y menearse delante de ellos para captar su atención.

Vuelve a hacer otra pausa y observa al tipo solitario que fuma inmutable contemplando las olas. Remueve la jarra, toma otro trago de cerveza y, sin dejar de beber, señala a Duna con el meñique:

Tú ayudarás a Cleo en la terraza sirviendo las mesas. En verano hay que llevar la camiseta anudada bajo las tetas, que se te vea el ombligo, eso les encanta a los turistas, el producto autóctono, Cleo te enseñará cómo.

Toma un brazo de Duna elevándolo como si la invitara a levantarse, pero ella permanece inmóvil en la silla:

A ver, déjame verte, mujer, estás algo seca, pero has crecido bien. No pongas esa cara, aquí hay que aguantar mucho, sobre todo por las noches, pero no te preocupes, la gente mira, habla, pero respeta. Tú, chico, a la cocina, al principio no harás más que fregar platos; después, en agosto, ya se verá, lo mismo pillamos a un negro o a alguno del pueblo para que lo haga y echas una mano también fuera.

El Bardo hace una señal a Cleo para que atienda una mesa que acaba de ocuparse. Viste un pantalón ajustado y una camisa de cuadros. No la lleva anudada por el ombligo, pero tampoco le hace falta, sus formas son lo suficientemente rotundas como para llamar la atención. Les toma nota y uno de sus hermanos nos trae a Duna y a mí una botella de vino y un surtido de tapas para cenar. El Bardo apura su jarra y prosigue su discurso sin esperar a que nos termine de servir:

El sueldo, ya veremos, depende de cómo vaya todo, aquí no se regala nada, pero seguro que al final del verano os compensa; eso sí, mientras estéis aquí, la comida corre por cuenta de la casa, que para eso somos familia.

Dicho y hecho. Golpea la mesa con los nudillos, nos zarandea como a dos chiquillos revolviéndonos el pelo y da por concluida la charla dirigiéndose a acomodar a una pareja de mediana edad a los que llama por su nombre abriendo los brazos. Al llegar a su altura, el Bardo nos señala sin ningún disimulo y la pareja asiente mientras se arrellana en una mesa reservada con vistas al mar. Uno de los dos hermanos mellizos recoge una mesa cercana ya

sin sus ocupantes, extiende un nuevo mantel y lo sujeta con dos pinzas de metal. Al pasar por nuestro lado, le señalo la jarra para que la retire y finge no haberme visto. Sirvo el vino y ceno sin prisa hasta acabar la botella; Duna apenas prueba bocado.

Poco antes de medianoche, nos dirigimos al interior del restaurante para despedirnos. El Bardo está tras la barra, bajo una enorme foto de sus años de juventud, haciendo cuentas en la caja registradora. Nos sonrío al vernos entrar, vuelve a revolvernos el pelo y nos emplaza para empezar a trabajar en tres semanas. Nos acompaña hasta la puerta sin llegar a franquearla y nos golpea la espalda como despedida. En el exterior, Cleo, bajo el cartel con el nombre iluminado de su pareja, nos saluda sin demasiado entusiasmo al marcharnos.

Corre una cálida brisa y caminamos hacia la orilla. En la arena arden múltiples hogueras, alrededor de las cuales se arremolinan adolescentes bebiendo, fumando y saltando sobre ellas. El estruendo continuo de petardos lo inunda todo, pero ni a Duna ni a mí nos apasionan. Compramos unas latas de cerveza a un tipo que acarrea una nevera portátil y nos sentamos junto al rompeolas para tratar de mitigar el olor sulfúreo de la pólvora. Un castillo de fuegos artificiales se eleva desde una cala cercana y durante unos minutos nos quedamos hipnotizados viendo caer estelas iluminadas, mientras la playa corea *ooohs* de entusiasmo. Apuramos nuestras cervezas y me tumbo sobre la arena. No se ven estrellas, sólo un espeso humo y un reguero de pigmentos malva. Duna mira sentada hacia la nada.

Ojalá pudiéramos largarnos de aquí... Unos días, sólo rodar...

Alzo el cuello y observo su silueta recortada entre las sombras. Duna habla a trompicones, recorriendo con el pulgar la obertura de la lata.

Viajar hacia el norte... A cualquier parte...

No hilvana sus frases, tiene la mirada perdida en el agua negra y traza un pequeño círculo con la base de la lata en la arena.

No sé, París... Algo más que esto...

Me incorporo mirando en su misma dirección sin saber qué responder y observamos la cola de un cohete desvanecerse como una estrella fugaz. Se levanta de un salto y me tiende la mano:

Vámonos a casa.

El calor ha vuelto con fuerza tras unos días de cierta calma. Ayer, al regresar al apartamento, bebimos hasta caer redondos y aproveché para contarle a Duna la llamada de Álvaro y su repentina propuesta de trabajo para este fin de semana:

Ya lo conoces, quizá pensó que podía con todo o le falló alguien a última hora.

Después añadí que nos iría bien el dinero. Duna asintió y me pidió que no me preocupara por ella, dijo que estaría bien, que iría a la playa y dibujaría. Luego creo que nos besamos, obviamos la cena en el restaurante del Bardo y bebimos cerveza de importación danesa que compramos en una gasolinera hasta bien entrada la madrugada.

A mediodía abro la ventana de par en par y anudo los dos porticones con un cordel a un clavo de la pared. Necesito un poco de aire, pero apenas corre una débil brisa salina. La calle está desierta, el sol en su cénit y las sombras son tan escuálidas como los árboles que las propagan. Un perro deambula por en medio de la calzada buscando algún rastro de vida humana.

En el interior, Duna duerme profundamente. Busco un par de ibuprofenos y tomo un largo vaso de agua. Al beber, su sabor amargo me recuerda con disgusto que en un par de días he de estar en Barcelona y neutralizo su efecto. Regreso a la ventana: el perro prosigue su marcha pasando revista a una tropa imaginaria. Avanza dando pequeños saltos, el asfalto arde cubierto por un polvo blanco de porcelana, y tras girar sobre sí mismo decide resguardarse debajo de un soportal. Fin del espectáculo. Vuelvo de nuevo la mirada hacia la habitación sin ser capaz de distinguir nada. Al poco, las formas se materializan: una figura se despereza y se dirige al lavabo. Después, la figura y yo devoramos las tostadas que nos quedan y

volvemos a acostarnos.

A media tarde, Duna toma una ducha y sale a dar una vuelta. El perro se acerca a ella y la escolta diligente hasta la esquina, fin de su feudo. Un destello índigo colorea las casas vecinas y torna la temperatura más agradable. El dolor de cabeza remite y permanezco tumbado leyendo el resto del día. Duna regresa al anochecer y se acuesta a mi lado. No cenamos, ninguno de los dos tiene hambre, y no tarda en quedarse dormida. Un resplandor plateado se filtra por la ventana. El perro aúlla dando el toque de queda y desaparece entre las sombras de la noche.

Llevamos un rato caminando por la playa de la Marquesa en dirección a la punta de El Fangar. Duna arrastra el pie haciendo surcos en la arena y dibuja cenefas interminables. Hemos discutido esta mañana y avanzamos en silencio hasta que a ambos se nos pase el enfado. Al despertar, encontré su bolsa de medicinas en el baño y comprobé que vuelve a tomar diazepam. Me ha reprochado que la espíe y hemos hablado sobre la crisis y la fiebre que tuvo hace unos días. He tratado de quitarle hierro diciéndole que no iba a oponerme, que si lo necesitaba podía tomarlo hasta que se encontrara mejor.

No lo entiendes. No lo necesito, no quiero estar siempre sedada.

Más tarde hemos desayunado en silencio y conducido mecánicamente hasta la playa. Mientras rodábamos pensaba en nuestros años universitarios, en Duna, al atardecer, tras volver de clase, sentada en el suelo, junto a la ventana, aprovechando los últimos rayos de luz para dibujar. Aquellos días se me antojan ahora tan lejanos como su llamada desesperada desde Berlín, una semana después de su intento de suicidio, pidiéndome que fuera a buscarla. No tenía a nadie más, me dijo. Hacía prácticamente un año que no nos veíamos en persona y seis meses desde que mencionó por primera vez el nombre de Hans y puso fin a distancia a nuestra relación. Aun así, el día después de su llamada aterrizaba en Berlín. En realidad, no llegué a pisar la capital alemana y fui directamente desde el aeropuerto de Schönefeld a un hospital universitario situado en las afueras. Pasamos juntos unos días antes de que le dieran el alta y supe entonces que su relación con Hans no había prosperado, sólo mencionó que lo conoció documentándose para su tesis y que dirigía una galería de arte en Berlín, pero no quise saber más, si era parte de su pasado ya no me importaba. Duna tampoco quiso detalles de mi vida durante el último medio año, era como si nunca hubiera existido, y tras

abandonar el hospital nos propusimos intentarlo de nuevo.

Al volver a Barcelona, los inicios fueron complicados, ella estuvo unos meses enganchada al diazepam y yo trataba inútilmente de encontrar trabajo. Había perdido mi interés por la fotografía y no sabía a qué dedicar mi vida; aún hoy tengo la misma sensación, como si todo hubiera sucedido demasiado deprisa y al naufragar ninguna de mis habilidades sirvieran para sobrevivir en esta nueva isla.

Nos detenemos a la altura del faro de El Fangar entre brotes de barrones y lecheruelas. Duna se baña y permanece un buen rato sumergida. El mar es diamantino y hay algunos peces diminutos jugueteando alrededor de su cuerpo. Fotografío con el teléfono el torso y el arco de su espalda bajo el agua. Mañana, a esta hora, debería estar camino de Barcelona. Repaso mentalmente la ruta hasta el estudio de Álvaro y reviso mi equipo fotográfico guardado en un trastero de alquiler junto con el resto de nuestras cosas. Duna vuelve del agua y con una sonrisa espolvorea su pelo sobre mi pecho tratando de hacer las paces.

¿No te bañas?

Después, me gusta estar al sol, le digo devolviéndole la sonrisa y sellando el armisticio.

Duna termina de escurrir el pelo sobre la arena, traza un pequeño círculo con el agua, se extiende boca abajo y me coge de la mano antes de quedarse dormida.

Después de comer salgo hacia Barcelona. Antes de partir, prometo a Duna volver el domingo lo antes posible. Ella pasará el fin de semana dibujando los campos de cultivo.

Me gusta el reflejo de las cepas en el agua, dice.

La tarde es ligeramente fresca y me activo enseguida. Compruebo el depósito antes de arrancar y decido no detenerme. Es viernes, hay más tráfico del habitual y adelanto como una exhalación las hileras de camiones que se arrastran como orugas a mi derecha. En apenas dos horas llego a mi destino.

El estudio de Álvaro está ubicado en una calle peatonal junto al mercado de Sant Andreu. Se accede al interior a través de una puerta ubicada en el lateral de una gran vidriera, donde no hay apenas artículos de fotografía, sino impresiones de gran formato de parejas sonrientes o niños, la mayoría latinos, recibiendo la primera comunión. Tras el mostrador, en una habitación contigua, tiene un aseo, un pequeño plató y otro espacio independiente, oculto detrás de un biombo, con dos ordenadores y un sofá cama que me ha ofrecido para dormir durante el fin de semana.

Así podrás retocar las fotos antes de acostarte, dice sonriendo mientras me abraza.

Álvaro es, probablemente, el último amigo que conservo de mis días universitarios y el único que nos echó una mano al regresar de Berlín: fue él quien le consiguió a Duna el trabajo en el museo y quien, en más de una ocasión, me pidió que le ayudara como cámara de apoyo tras perder mi empleo en el diario. Él siempre tuvo un don de gentes del que ella, yo o la mayoría de nuestros compañeros de la facultad carecíamos y nunca quiso entrar en la lucha de egos propia de la carrera. Era pragmático, eso me



gustaba de él, y aunque no fue ni mucho menos el más talentoso de nuestra promoción, sí ha sido de los pocos que ha conseguido ganarse la vida.

Me invita a acomodarme y me señala un pequeño armario donde dejar mi escaso equipaje. Hay algunas pruebas de imprenta en su interior y me explica que últimamente su principal clientela son las asociaciones del barrio, para las que también hace trabajos de diseño, y los inmigrantes, que son los únicos que aún se casan o reciben la comunión, añade riéndose. El negocio funciona y planea cambiarse de local y abrir una pequeña escuela fotográfica sin grandes pretensiones. Así genero actividad también entre semana, dice. Me da un juego de llaves del estudio y se ofrece a acompañarme a buscar mi equipo.

Rodamos con el mar a nuestra izquierda hasta llegar al puerto, bajo el cementerio de Montjuïc, donde una nave industrial ha sido reconvertida en una colmena de trasteros. Desde la entrada, elevada unos metros sobre el nivel del mar, Álvaro señala las grandes naves de carga y el amarre ininterrumpido de embarcaciones arrojando cruceristas.

Es por ahí, le digo a Álvaro, que se rezaga entablando conversación con la recepcionista, aparentemente interesado en las cajas de mudanzas.

Se reúne junto a mí, me guiña un ojo y le explico que hace poco más de un mes que Duna y yo dejamos aquí todas nuestras cosas antes de marcharnos al Delta.

Sólo nos llevamos lo que nos cupo en las alforjas de la moto, le aclaro.

El trastero es un cubo sellado por una puerta blindada de tres metros cuadrados por dos de alto. En su interior, apiladas en múltiples cajas de cartón, están nuestros libros y los escasos enseres que compartía con Duna, junto con sus cuadernos, lienzos y una multitud de carretes, impresiones y discos duros con mi archivo digital. Sobre las cajas, en el interior de dos maletas de viaje, descansa el resto de nuestra ropa, sobre todo la de abrigo, y coronando la estructura, en dos estuches de color crema y protegido en su interior por el embalaje original, el material fotográfico.

Bajo ambos estuches al suelo y los abro con cuidado mostrando su contenido: en uno, las dos cámaras, una profesional y otra *semi*, y los objetivos pequeños; en el otro, los grandes angulares, que compré durante mi época en el periódico como encargado de las páginas de naturaleza, y un

robusto trípode.

Menudo material tienes, vale una pasta, exclama Álvaro mientras ojea las cajas y toma un objetivo fijo de trescientos milímetros entre sus manos.

Si te interesa está en venta, le contesto casi sin pensar.

Álvaro levanta la mirada sorprendido y sopesa la lente entre sus manos como si tratara de estafarlo o fuera material robado.

Ya no necesito todo esto. Apenas disparo, le aclaro más con la intención de convencerme a mí mismo que a él.

Me mira sin responder, deja el objetivo en la caja y observa el resto del material sin tocarlo.

Con un cuerpo *semi* y un fijo de cincuenta tengo más que suficiente, añadido al tiempo que cojo la cámara profesional y un par de lentes para trabajar el fin de semana.

Cierro los estuches y vuelvo a ordenar el rompecabezas apilando las cajas unas encima de otras. Al hacerlo, no puedo evitar volver la vista hacia los lienzos de Duna, encarados unos con otros. Los marcos acumulan en sus cantos una fina capa de polvo.

¿Cómo está ella?, pregunta Álvaro siguiendo la línea de mi mirada.

Hay un grupo de telas demasiado inclinadas sobre un costado, las enderezo y limpio con la yema de los dedos la lámina de suciedad que cubre los marcos.

Piénsalo, le respondo eludiendo su pregunta mientras cierro la puerta con un candado.

Desandamos en silencio el camino, Álvaro se despide de la recepcionista y salimos al exterior, acompañados por el aullido de las sirenas y el ronroneo de los motores en sordina que faenan en el puerto.

A primera hora de la mañana desayuno frente al estudio de fotografía en un bar regentado por asiáticos. Apenas he podido pegar ojo, el sofá cama es demasiado mullido y he estado dando vueltas durante horas. Me levanté de madrugada y salí a deambular por el barrio, tomé un par de cervezas en el mismo bar donde ahora desayuno y me atendió el mismo camarero, que debe de haber dormido, al igual que yo, en la trastienda del establecimiento. Al entrar de nuevo, me sirve un café sin que yo se lo pida. Trato de sonreírle, pero dibujo una mueca ridícula. El café es infecto, podría lanzarlo al depósito y arrancar la moto con él. Como un cruasán y salgo. En treinta minutos he quedado con Álvaro para seguir todo el día a los familiares de una pareja que se promete mañana.

La cita es en un piso del barrio de La Trinitat, en una calle paralela a la Meridiana, y doy algunas vueltas antes de ubicarme. La acera está repleta de gente mayor y niños sin nada que hacer contemplando una limusina. Aparco la moto en la esquina opuesta al edificio. Es un bloque de cuatro plantas de obra vista relativamente moderno para el barrio. Espero en la puerta observando el tráfico y Álvaro aparece a los cinco minutos para hacer las presentaciones. En el bloque vive la familia de la novia: la chica se ha prometido con un ingeniero escocés que trabaja en el aeropuerto. Los padres de ella son de clase humilde y están abrumados por la expectación que hay ante su puerta. Los padres de él, Álvaro no lo sabe con certeza, al parecer están relacionados con las plataformas petrolíferas del norte de Escocia y corren con todos los gastos. Él conoció a ambos tomando clases de baile en una discoteca de música latina adonde acude, según él, a cazar y buscar clientes, y les convenció para retratar no sólo la boda sino todo el fin de semana.

Hoy los prometidos pasarán el día haciendo turismo por Barcelona con la familia del novio, que ha venido expresamente de Escocia para el enlace. Nos dividiremos en dos grupos: yo seguiré a los padres, tíos, abuelos y el resto de la parentela sénior, y Álvaro acompañará a la pareja, hermanos, primos e hijos de los anteriores. Es un reportaje absurdo, pero los escoceses están entusiasmados con tener un recuerdo fotográfico de todos ellos vagando por Barcelona. Tras recoger a la novia en su domicilio, las rutas serán distintas para los dos grupos, pero el punto de partida, la Sagrada Familia, y el de llegada, la cena en un hotel de El Eixample, donde está alojado todo el linaje escocés, son los mismos. En principio los grupos deberían ser homogéneos, de unas veinte personas, pero al llegar frente al edificio de Gaudí sólo hay cinco de los jóvenes: la mayoría llegaron ayer y hoy están disfrutando de su primera resaca barcelonesa. Mi grupo, en cambio, está completo y emprendemos la marcha. Algunos de los familiares se han vestido de gala y llevan kilt en lugar de pantalones. Atraemos las miradas como la miel a las moscas y es difícil tomar fotos sin que éstas salgan zumbando a su alrededor.

A media mañana empiezan a consumir cerveza y combino mi trabajo de fotógrafo con el de traductor improvisado. El patriarca, que viste también kilt, una gorra con el mismo estampado de la falda y un pequeño bolso anudado a la cintura, empieza a tomarme cariño cuando evito que le roben la cartera en mitad de las Ramblas. Agradecido, me hace un sinfín de reverencias y no se despega de mí durante toda la jornada: a mediodía piensa en poner un pozo petrolífero a mi nombre; después de comer apenas sabe pronunciarlo sin trabarse; y al anochecer, cuando llegamos al hotel y nos reencontramos con el grupo de los jóvenes, está completamente borracho y me confunde con un camarero. Al rato lo llevan directo a la cama.

Álvaro aparece sonriente poco después mientras cambio la tarjeta y la batería de la cámara. Hablamos de nuestras rutas y me señala a una de las primas del novio: una rolliza pelirroja de unos veinte años con unos pechos enormes con la que dice que lleva intercambiando miraditas todo el día. No se me ocurre nada que responderle y asiento con la cabeza. Después de la cena vuelvo a fijarme en ella, está demasiado alegre y ríe y habla sin parar mientras los novios hacen distintos parlamentos. A su lado, mucho menos rotunda, de piel más clara, pelo pajizo y con unos intensos ojos verdes, su

compañera de mesa escucha divertida cuanto dice. Álvaro se aproxima a ellas y les toma unas fotografías. La chica de enormes pechos posa dibujando muecas con los labios y Álvaro le sigue el juego retratándola.

Poco después de medianoche, damos por concluido el reportaje, los novios nos dan las gracias por el día de hoy y nos invitan a unas copas. Álvaro me cuenta sus progresos con su improvisada modelo y me informa de que la compañera de mesa que reía a su lado es su hermana. Mientras habla, observa como la pelirroja se aproxima a la barra; me guiña un ojo y se reúne con ella para invitarla a una copa. Voy al lavabo y al regresar ambos han desaparecido.

El hotel tiene una terraza interior y salgo a tomar el aire para acabar mi copa y marcharme. En el patio, sentada en un escalón, frente a una fuente de la que borbotea un reguero de agua en forma de palmera, está la hermana de pelo pajizo. Al verme, me invita a sentarme a su lado. Está esperando a que Álvaro y su hermana terminen de *fuck to go to the room*, me dice divertida mezclando idiomas. Asiento sin mostrarme demasiado sorprendido y continuamos la conversación en inglés.

Se llama Tyra, es ingeniera medioambiental y trabaja en el mar del Norte. Su voz es melosa y clara y habla con una suave cadencia para asegurarse de que la entiendo, aunque no puede esconder que también ha tomado alguna copa de más. Señala la cámara y me comenta que ella es aficionada a la fotografía; me pregunta por el objetivo que utilizo y le cuento sobre mí y mis estudios de Bellas Artes, pero olvido mencionarle a Duna. Dice que le apasiona la fotografía paisajística y charlamos sobre mi experiencia en las páginas de naturaleza y medio ambiente del periódico. Tyra se divierte con mi acento inglés y no puede parar de reír cuando trato de impostarlo. Al hacerlo, levanta el cuello exhibiendo pequeñas motas de avena que descienden hasta el pecho. En dos ocasiones pone los dedos sobre mis labios para corregirme la pronunciación; la segunda vez cojo su mano, la entrelazo con la mía y nos besamos. Después no se nos ocurre nada más que decirnos y contemplamos en silencio la fuente. Corre una tenue brisa y estira su falda cubriéndose las rodillas; la rodeo con el brazo, apoya la cabeza sobre mi hombro y se queda dormida. Por un momento me veo a mí mismo en las Orcadas, viviendo en una casa de piedra y pizarra y esperando a Tyra volver

del trabajo mientras yo hago rutas fotográficas por las islas. Al cabo de unos minutos recibe un mensaje de texto y se desvela. *It's free*, dice. Se levanta y me invita a acompañarla con la mano. La propuesta me coge desprevenido, lanzo mentalmente una moneda al aire y rechazo su invitación. Vuelve a besarme y me pregunta si nos veremos mañana. Le respondo afirmativamente, pone su mano en mi pecho, me ofrece sus labios por última vez y sube a la habitación.

Regreso al interior del hotel: no hay rastro de Álvaro y apenas queda un grupo de escoceses arrellanados todos en la misma mesa. Salgo nervioso a la calle y telefono a Duna. Está durmiendo, apenas la entiendo, pero balbucea un *te quiero* antes de colgar. Me dirijo hacia la moto, doy dos vueltas alrededor de ella sin montarme, compro una cerveza a un vendedor ambulante que pasa por mi lado, la bebo de un trago y me marchó a dormir al estudio.

El enlace es a las diez de la mañana. Dos horas antes estoy de nuevo en el barrio de La Trinitat, cubriendo la salida de la novia de casa de sus padres y rodeado por una espiral de familiares y curiosos vitoreándola. Álvaro está en el hotel siguiendo a la parentela escocesa. El enlace es por lo civil, en una masía restaurante en la sierra de Collserola, a una media hora de Barcelona.

Durante la mañana, mientras llegan el resto de los invitados, Tyra trata de aproximarse y finjo estar demasiado ocupado tomando fotografías para hablar con ella. Está radiante con un vestido de gasa azul cielo por las rodillas; su hermana, como si acabara de sumergirse en una cuba de vino, viste por encima de los muslos un modelo similar de color burdeos. Tyra y el resto de sus familiares regresan hoy mismo a Escocia después del convite; su hermana, en cambio, se queda un día más y Álvaro se ha ofrecido a hacerle de cicerone hasta su partida. En la ceremonia intento evitar a Tyra, aunque tomo más fotos de ella que de ningún otro invitado, y durante la comida me entretengo rodeando las mesas con la cámara y dejando que el tiempo pase. Después de servir el pastel y de un discurso incomprensible por parte del padre del novio, se abre la barra libre del bar y nuestro trabajo, tras los primeros bailes, se da por concluido.

Álvaro se aproxima un momento mientras guardo la cámara y el objetivo; dice que ha estado pensando sobre lo de comprar mi equipo fotográfico, cree que puede serle útil para dotar su futura escuela y me pide que aguarde un día más y no vuelva al Delta esta noche.

Mañana hablamos de negocios, hoy no voy a poder atenderte, dice señalando a su conquista escocesa, que nos saluda a los dos alzando un mojito. Tyra está junto a ella de costado charlando con los novios.

Una conga se abalanza sobre ellos y la recoge junto con la pareja. El baile

lo dirige el patriarca moviéndose como una marioneta desmadejada y elevando el kilt más de lo necesario. Me aparto del camino cuando pasa cerca de mí y rechazo los brazos que tratan de apresarme como en una vieja película de zombis. Tyra se apea a mi lado y ambos contemplamos la conga alejarse hacia el interior de la masía. Dice que está a punto de marcharse al hotel a recoger sus cosas y de ahí al aeropuerto. No se me ocurre nada que contestarle y le deseo buen viaje. Duda unos segundos, sopesando si soy o no idiota, y al final me sonrío y apunta en un papel su correo electrónico. Me pone como ayer su mano en el pecho y ahora soy yo quien la besa a ella. *Send me some pictures of the wedding or just write me*, me pide mientras contemplo sus hermosos ojos verdes como si fueran dos metales preciosos. Después desaparece por el mismo lugar por el que se perdió la conga. Doblo el papel en el interior de la chaqueta de cuero, me despido de su hermana y de Álvaro, que observaban la escena, y acepto su propuesta de vernos mañana. Recojo el casco y el resto de mis cosas y salgo sin mirar atrás de la masía. En el exterior, un pequeño autocar recoge a los primeros invitados que abandonan la fiesta. Arranco de forma estruendosa y doy gas serpenteando por las curvas de la falda de Collserola en dirección a Barcelona.

La tarde es clara y desde la montaña se observa una fina capa gris sobre la ciudad. Mientras conduzco hacia el estudio, dudo si dar media vuelta y dirigirme al hotel para acompañar a Tyra al aeropuerto. En un semáforo rebusco en el bolsillo su pedazo de papel, lo desenvuelvo y observo su caligrafía redonda dibujando olas como si pudiera vislumbrar en sus trazos el mar del Norte. Enseguida, unos pitidos detrás de mí me informan de que el disco verde se ha iluminado, vuelvo a guardar la nota en el bolsillo y me alejo mientras el coro de cláxones va en aumento.

Conduzco un rato sin rumbo por la zona alta de la ciudad, entre terrarios de oficinas y zonas residenciales. En algún momento soy consciente de que no he comido nada desde el desayuno y me detengo frente a unos multicines a comprar comida china para llevar. Ojeo la cartelera en la marquesina y aparco la moto junto a unos contenedores, donde una pareja de ancianos está bandeando la basura. Entro en el cine, envío un mensaje a Duna avisándola de que volveré mañana y trato de sedarme viendo dos películas seguidas. La segunda la paso durmiendo. Un acomodador toca mi hombro



para despertarme después del último pase. Voy un momento al baño y remojo la cabeza bajo el grifo. Al salir al vestíbulo, oigo las risas de sus compañeros.

En el exterior ya ha oscurecido y sopla una cálida brisa. La pareja de ancianos se ha convertido en dos hombres de color que exploran con mimo el interior del contenedor, como si de entre la basura pudiera surgir una piedra tallada. Uno de ellos ha sido prácticamente devorado por el cubo metálico y patalea bajo la atenta mirada del otro. En el suelo, junto a la moto, tienen apartado algo de comida envasada y una plancha de metal. Enciendo el motor, tratando de no pasar por encima de su modesto botín, tomo una avenida repleta de neones centelleantes y me dirijo al estudio de Álvaro para acabar de pasar la noche.

Poco después de mediodía, Álvaro me cita al pie de la montaña de Montjuïc, en la nave industrial reconvertida en trasteros. Ha pasado la noche con la hermana de Tyra y viene directamente del aeropuerto. Viste el mismo traje de ayer, aunque ahora la raya diplomática parece la firma de un loco. Yo he pasado la mañana trabajando en su estudio, seleccionando y volcando las imágenes en su ordenador. Está cansado, no entra en detalles y yo tampoco le pregunto; quiere zanjar la venta e irse a dormir.

Repasamos juntos el equipo abriendo los estuches en el suelo y Álvaro los tasa visualmente como un perito. Cojo la réflex semiprofesional, un objetivo fijo de cincuenta milímetros y una bolsa.

El resto está en venta, le digo.

Me ofrece tres mil euros por todo, aunque sabe que vale cuatro veces más. Rechazo la oferta y negociamos un rato al alza mientras le enseño el estado prácticamente nuevo de los objetivos. Al fin, pactamos seis mil euros, eso incluye también mi trabajo durante el fin de semana. Le ayudo a cargar el equipo en su coche y me asegura que hoy mismo hará la transferencia. Asiento, ambos estamos fatigados y no hablamos demasiado, le devuelvo las llaves de su estudio y nos despedimos.

Recuerdos a Duna, dice alejándose hacia el vehículo. Antes de montar, se detiene junto al maletero y vuelve sobre sus pasos. Suerte, añade, y ambos nos fundimos en un prolongado abrazo. Enciende el motor, agita la mano tras la ventanilla y desaparece en dirección al mar.

Al frente, el puerto mantiene su actividad y los contenedores de diferentes colores se diluyen unos sobre otros como en una paleta sobre el gris armado del muelle. Tomo la cámara y fotografío el ir y venir de las grúas alrededor de un arcoíris metálico. En el lado opuesto, el sol empieza a caer a

plomo sobre la ciudad. Reviso las imágenes en el visor y voy eliminándolas una a una hasta borrarlas todas. Vuelvo al trastero, cojo un par de mudas de verano, echo una última ojeada a los lienzos de Duna antes de cerrar y, sin detenerme, regreso de nuevo al Delta.

Anoche invité a Duna a cenar, le apetecía rodar y fuimos hacia el interior por carreteras comarcales. Aunque no es especialmente coqueta, antes de salir se pintó los labios y acentuó sus profundos ojos negros. Nos detuvimos en un viñedo y comimos en una pequeña casa rural situada en medio de las cepas. Duna no acabó de entender por qué vendí el equipo fotográfico, aunque no insistió demasiado. Yo tampoco tenía una explicación, simplemente tomé el dinero, le dije. En realidad, la sensación de no tener nada y de depender de sus escasos ahorros me estaba asfixiando, aunque esto último no llegué a verbalizarlo.

Hoy no tenemos ningún plan y propongo acercarnos a alguna playa alejada del Delta, siguiendo la costa en dirección a Tarragona. Desde la autopista vemos la cúpula redonda de la central nuclear de Vandellòs y decidimos detenernos más adelante, en las playas vírgenes y nudistas que hay a escasos kilómetros de ésta. Es temprano y apenas hay gente en la orilla. La playa es de arena oscura y pedregosa y buscamos un lugar apartado donde extender las toallas. Duna se baña enseguida y nada hasta una boya cercana. Yo intento leer, pero no logro concentrarme pensando en Tyra y lo ocurrido en Barcelona y, tras volver varias veces al mismo punto, decido abandonar el libro. He traído conmigo el cuerpo y el objetivo que sobrevivieron a la venta del equipo. Al tomar las primeras fotografías siento que fue un error no haber traído la cámara hace un mes y me divierto retratando a Duna entre las aguas.

Poco después regresa junto a mí y se tiende al sol. Los bañistas van llegando a la playa, aunque no son demasiados. A una decena de metros una familia con dos niños pequeños se baña desnuda en el agua. Los acompaña un perro que corre alborozado tras una pelota de plástico. Duna me pregunta

el precio de la venta, le doy la cifra y no hace ningún otro comentario. Está tumbada boca abajo con la cabeza en dirección opuesta a mí. Al rato se vuelve y me escruta con la mirada:

Deberíamos buscar un alquiler en Barcelona, con seis mil euros podríamos instalarnos y empezar de nuevo.

El sol cae perpendicular sobre mis ojos, Duna queda oculta tras una línea de fuego y balbuceo un *sí* sin mucho convencimiento. Después, al preguntarle de qué viviremos allí y recordarle nuestro compromiso con el Bardo, es ella quien masculla un asentimiento y vuelve a darme la espalda.

El perro llega hasta nosotros empujando la pelota con el hocico, aún es un cachorro, su familia sigue en el agua y me golpea con el esférico en el muslo para reclamar mi atención. Pruebo a ignorarlo, no se da por vencido y se tumba a mi lado. Le doy una patada al balón con todas mis fuerzas, pero su escasa resistencia al viento lo distancia sólo unos metros y enseguida regresa con él entre los dientes. De acuerdo, juguemos, me digo levantándome. Al ir a patear el balón, la familia lo reclama con un silbido y sale disparado hacia ellos meneando la cola. Regreso a la toalla y ahora es Duna quien ha vuelto al agua. Por un momento me siento ridículo completamente desnudo en medio de la playa. Cojo la novela e intento por última vez avanzar con ella... Duermo antes de terminar la página.

Ayer, al regresar de la playa, fuimos a un cajero. Álvaro había cumplido su palabra y el dinero ya estaba en mi cuenta. Hacía tanto que no tenía ese saldo que me vi a mí mismo como un estafador, a pesar de haber vendido a bajo precio. Duna también ha cobrado al fin la liquidación de su contrato en el museo y, aunque ya hemos consumido buena parte de ésta a crédito durante el último mes, por un momento sentimos, mientras rodábamos hacia el apartamento, como si todos nuestros problemas económicos se hubieran esfumado.

A media mañana, Duna sale a comprar algo de comida. El calor es sofocante y me quedo leyendo, sentado en el suelo de la habitación, percibiendo el frescor de las losas bajo los muslos. Ella ha estado pintando en la mesa, coloreando algunos de los dibujos que hizo mientras estuve en Barcelona. Hoy es el primer día de julio y en apenas dos semanas empezaremos a trabajar en el restaurante del Bardo. Duna ha hecho algún comentario al respecto durante el desayuno, pero no he prestado atención; después de vender el equipo fotográfico no necesito trabajar para alguien como él, si lo acepto es únicamente para estar a su lado.

Duna vuelve con dos bolsas de plástico y un tintineo de botellas. Las deja sobre la encimera de mármol y guarda la compra. El muelle del cajón de la cocina está vencido y se desliza tras un primer intento por cerrarlo. Abre una botella de zumo fresco de la nevera y se sirve un vaso. Me ofrece y niego con la cabeza. Apoyada sobre el mármol observa el cajón entreabierto, lo cierra por segunda vez y se dirige al baño.

Voy a ducharme, dice.

Tengo las piernas entumecidas, leo un par de páginas más y me levanto del suelo doblándome sobre mí mismo como un contorsionista borracho.

Recojo las ceras y el cuaderno de Duna y preparo la mesa para almorzar. Me sirvo un poco de zumo bien frío y noto su paso por la faringe atemperándome. Al volverme hacia la encimera, me golpeo en el muslo con el cajón entreabierto. El impacto me acalora lo suficiente como para anular el efecto de la bebida. En el cajón descubro una vieja navaja suiza algo oxidada. La abro: el filo y los dientes de sierra están en buen estado. La guardo en el bolsillo y cierro el cajón. Vuelvo a servirme otro vaso hasta acabar la botella y me siento a la mesa. Duna sale del baño envuelta en una toalla, se sienta a horcajadas sobre mí y me mesa el pelo divertida tratando de provocarme. Sin darme por aludido empiezo a hablar:

Vámonos de aquí, sólo unos días, en dos semanas estaremos de regreso para trabajar en el restaurante.

Duna sigue acariciándome el cabello sin decir nada. Por un momento pienso que no he llegado a pronunciarlo. Tras ella, oigo el silbido del cajón deslizarse de nuevo. Sigue la línea de mi mirada, se levanta, cierra el cajón y lo sella con el palo de una escoba. Al volverse, hace una panorámica alrededor del apartamento como si lo viera por primera vez y se detiene en los porticones de la ventana y en el marco sin puerta del dormitorio. Me encuadra en el centro, abre felina sus ojos negros y me sonrío:

Claro, ¡larguémonos!

Anoche propuse a Duna ir a París, tal y como ella había deseado la víspera de San Juan mientras contemplábamos los fuegos artificiales desde la arena. El plan es visitar el golfo de León, remontar el Ródano y llegar hasta la capital francesa. Estar diez días fuera y volver a mediados de julio para empezar a trabajar en el restaurante del Bardo. Duna aceptó sin dudarlo. La última vez que hicimos un viaje largo en moto fue antes de su marcha a Berlín: recorrimos el norte de España haciendo vivac y sólo nos alojamos en campings y albergues cuando no hubo más remedio. Ésa es también nuestra intención ahora. En aquella ocasión, al llegar a Asturias, acampamos en una playa solitaria al pie de los Picos de Europa y fantaseamos con vivir en ella de forma salvaje. Nuestra quimera duró apenas tres días: una tormenta veraniega arrasó con la tienda y tuvimos que buscar un hostel donde refugiarnos antes de proseguir camino hacia Galicia.

Hoy nos hemos levantado al alba, hemos congelado la carne que teníamos en la nevera y adecentado el apartamento. Duna está doblando la ropa encima de la cama decidiendo qué prendas escoger. Optamos por llevar sólo dos o tres mudas e ir lavándolas donde acampemos. Yo he separado mi chaqueta de cuero, un pantalón largo, otro corto, una sudadera, dos camisetas, un bañador, ropa interior, las botas y mis zapatillas. Duna hace diferentes montones y acaba escogiendo prácticamente lo mismo para ella. Sostiene un par de jerséis gruesos que vistió los primeros días dudando qué hacer con ellos y al final los lanza sobre la cama:

Ya no los necesitaré.

Salgo a terminar de cargar la moto y a asegurar las alforjas. En su interior empaqueto la ropa, algo de comida, la cámara, el cuaderno y las ceras. El resto, mientras rodemos, lo llevará Duna en una mochila grande sobre su



espalda, la misma que usamos para venir al Delta, que viajará ahora mucho más ligera. Hemos dudado también si recoger alguna cosa del trastero de alquiler de Barcelona, pero a ninguno de los dos nos apetece volver por allí, tampoco hay nada vital que necesitemos para estar unos días fuera, y hemos decidido comprar en ruta una nueva tienda de campaña y un par de sacos de dormir.

Levanto la vista y encuentro a Duna mirando hacia el infinito a través de la ventana de la habitación. Le sonrío pero no me ve, tiene la mirada perdida en algún punto indeterminado del horizonte, posiblemente no en este tiempo sino en el de su infancia, cuando corría por estas mismas calles embarradas, y aguardo a que regrese para cerrar el apartamento e irnos.

Salimos a mediodía, el clima es moderado y no nos detenemos para almorzar hasta poco antes de cruzar la frontera. Una hora más tarde llegamos a Argelès-sur-Mer. Nos dirigimos a un centro comercial situado en las afueras y compramos la tienda de campaña y un par de sacos que anudamos sobre la matrícula. Al salir, llueve de forma intermitente y buscamos un camping frente a la costa. No tardamos en dar con uno ubicado tras un bosque de ribera. Nos empapamos al montar la tienda y nos tumbamos en su interior, cansados pero felices, contemplando cómo se deslizan las gotas sobre la tela trazando ríos de vida sobre nosotros.

Al amanecer nos acercamos a la playa del Norte, el viento levanta nubes de arena y caminamos en silencio por la orilla hasta el monolito en homenaje a los republicanos y brigadistas internacionales. Duna deposita una pequeña rama seca junto a éste. Aún es temprano y regresamos al pueblo para desayunar. Después rodamos por las viñas. La fruta aún no está madura, pero es agradable sentir el olor de la vid y la tierra mojada. Aparcamos junto a un roble centenario y Duna camina con los pies desnudos sobre los surcos de arena. Hay un hombre de mediana edad con un pastor alemán sentado cerca del árbol tallando un pedazo de madera. Debe de ser una especie de guarda y nos observa acercarnos sin inmutarse. Cuando alzo la mano para saludarlo, baja la vista y sigue trabajando la pieza.

A mediodía, el sol empieza a caer con fuerza y nos dirigimos a la laguna de Leucate, un estanque de agua dulce separado por una lengua de arena del Mediterráneo. La rodeamos y buscamos un lugar apartado de las zonas más concurridas adentrándonos en el parque natural. Es una zona de anidación de gaviotas y tenemos que vadearla por un sendero de tierra hasta llegar a la playa. Duna se desviste y corre hacia el agua mientras intento atrapar un pequeño cangrejo que deambula sobre su ropa. Al hacerlo, patatea incansable y sólo consigo que me pince una y otra vez entre los dedos. Lo arrojo de nuevo a la arena y se aleja de costado de forma desafiante. Duna ríe al oírme maldecir y me aproximo a la orilla para cauterizar con agua salada los puntos rojos que brotan de las yemas. Se acerca a mí, recoge mis manos entre las suyas y lame los dedos hasta aplacar el dolor.

Madrugamos para desmontar la tienda; anoche hubo ventisca y tenemos una buena cantidad de acículas sobre la lona. Entre las cuerdas y los clavos, un puñado de insectos caminan unos sobre otros acarreado piñones. Aparecen y desaparecen entre la hierba como los ojos de un río seco.

Salimos con el sol remontando aún sobre el agua. Hoy queremos visitar Nimes y, desde ahí, continuar a Lyon para llegar mañana a París. Es temprano, pero ya hay un tráfico considerable en la carretera. En algún momento interpreto mal los paneles y equivoco el camino alejándonos de la costa hacia el interior. Consulto a Duna qué hacer sin detener la moto. Noto su peso, está medio dormida sobre mi espalda y con un movimiento de cabeza me indica que siga hacia delante. Al cabo de una hora, el viaducto de Millau surge imponente como un buque fantasma entre la niebla. Lo atravesamos y nos detenemos para desayunar al otro lado junto a un grupo de autocaravanas.

Duna toma su cuaderno mientras almorzamos. Una pareja de holandeses de mediana edad, sentados a una mesa de camping frente a su vehículo, nos invita a tomar una taza de café con ellos. Él es extremadamente alto, despliega un mapa sobre la mesa y me pide indicaciones para ir a la Costa Brava. Cada vez que señala un punto sobre el plano sus enormes manos provocan un eclipse en el sur de Europa. Duna se aleja con la taza de café y dibuja el tendido sobre el que ya se desvanece la niebla. La mujer, con un pequeño terrier que ha saltado del interior del vehículo, la contempla en silencio a su lado. La pareja se dirige a Barcelona, aunque no tienen ningún plan definido, sólo les interesa sitios donde acampar que admitan animales. En eso no puedo ayudarles y les indico qué lugares visitar. La mujer nos obsequia con unas galletas de mantequilla envasadas en una caja metálica.

Las rechazamos, no tenemos espacio para llevarlas, pero tomamos un par como muestra de agradecimiento. Antes de subir a la moto pregunto a Duna si se encuentra bien: lleva toda la mañana ausente y observa algún punto en el vacío bajo el puente.

Claro, responde, y me sonrío mientras vuelve la mirada hacia mí.

La beso en la mejilla y su casco rueda por el suelo. Lo recojo y la zarandeo débilmente.

Estoy bien, sólo algo cansada, dice, y se monta detrás de mí sobre la moto.

Echo una última ojeada al mapa, estamos lejos, pero no lo suficiente de la ruta inicial, y le pregunto si quiere que regresemos a Nimes siguiendo el plan original.

Qué importa, contesta, y se aferra a mi cintura.

Arranco y conduzco durante las siguientes cinco horas a través del Macizo Central hasta vaciar el depósito en los alrededores de Poitiers. Repostamos en una estación de servicio, consultamos de nuevo el mapa y decidimos que es suficiente por hoy. El grifo del lavabo está averiado y nos refrescamos el rostro con el agua de una manguera. Antes de partir, compramos tostadas y un par de cervezas, y nos dirigimos a la ciudad para acampar, asearnos y salir a tomar algo para desentumecer las piernas.

Ayer dormimos en un camping municipal a las afueras de Poitiers. Al atardecer dimos una pequeña vuelta por la ciudad, pero regresamos pronto y apenas prestamos atención a su casco antiguo. Cenamos un par de sándwiches en una plaza empedrada y contemplamos a una decena de muchachos contorsionándose al ritmo de unos altavoces que ellos mismos llevaban. Les hice algunas fotografías mientras bailaban, se retaban y adoptaban posturas desafiantes entre risas. Ninguno tendría más de quince años. Entre ellos había un chico albino, no era el que mejor bailaba pero sí el más jaleado cada vez que tomaba el relevo y se sostenía boca abajo con una sola mano. Les dimos las pocas monedas que nos quedaban y nos fuimos a dormir cuando la gente de las terrazas empezó a arremolinarse a su alrededor.

Hoy, en dos horas, hemos llegado a París. Buscar un lugar donde alojarnos nos ha llevado el mismo tiempo. Al principio nos hemos dirigido al Barrio Latino, pero nada allí era económico. Tras vagar un rato buscando información o alguna oficina de turismo, nos hemos dirigido hacia el norte de la ciudad. En Montmartre, a los pies del Sacré Coeur, un chico repartía folletos a los turistas con ofertas gastronómicas y de alojamiento de la zona. Junto a él, un dibujante intentaba convencer a Duna para hacerle una caricatura y un sanador nigeriano me ofrecía sus servicios. Al alejarnos de ahí, mientras buscábamos un hostel siguiendo las direcciones del papel, ha empezado a llover de forma intermitente. Al fin, a medio camino entre la basílica y la estación de La Chapelle, hemos encontrado una pensión económica que no era un nido de chinches. Nos hemos instalado, cambiado de ropa y comido en la habitación las pocas tostadas y piezas de fruta que aún nos quedaban en las alforjas. Al rato, hemos salido a rodar por la ciudad.

Aunque había escampado, el pavés era una pista de patinaje y hemos decidido detenernos y pasear a pie por el margen del Sena. Tras caminar un rato junto al agua, nos hemos sentado en el césped y Duna ha desplegado su cuaderno buscando algún elemento que la cautivara. A escasos metros, un grupo de asiáticos de mediana edad fotografiaba una bandada de patos que murmuraba en fila india hacia las migas que ellos mismos les lanzaban. Me he tumbado en el sentido opuesto a los destellos y me he quedado dormido.

Una hora más tarde, la bocina de un barco de recreo me sobresalta. Me encojo, araño la hierba y elevo la mirada: las nubes son densas y el cielo se oscurece por momentos. Duna alza también la cabeza y la sacude afirmativamente antes de dirigirla de nuevo a su cuaderno. En pocas horas caerá un aguacero, dice. Asiento, pongo una mano sobre su muslo y cierro de nuevo los ojos bajo el cielo ceniciento de París.

Callejamos como cualquier otra pareja, tomamos fotos y nos dejamos llevar por los tópicos parisinos hasta agotarlos. Retrato a Duna en los Campos Elíseos, bajo las aspas del Mouline Rouge y discutiendo con los pintores callejeros de Montmartre sobre el tono de añil con el que pintan el cielo encapotado. Uno de ellos le presta los óleos para que los mezcle. Es portugués, lleva más de veinte años en París y habla tan mal el francés como el castellano. Una turista norteamericana contempla divertida la escena y se ofrece a quedarse el cuadro si permite a Duna terminar el cielo. El portugués acepta a regañadientes, pero aclara que no piensa compartir la venta. Duna toma los pinceles, hace mucho que no pinta con unos, ahora sólo lo hace con ceras, dice que es algo más íntimo, sólo para ella, como cuando era niña, y duda unos segundos antes de empezar a puntear sobre el lienzo. La mujer la observa por encima del hombro mientras dibuja. Es de mediana edad, tiene el pelo teñido de color calabaza y dividido en dos trenzas, viste gafas de pasta, un mono estampado y zapatillas deportivas de marca. Probablemente la obra más excéntrica que haya en el lugar sea ella misma. El portugués se mueve nervioso de un lado a otro como un cachorro al que nadie hace caso. Al cabo de unos minutos da por concluido el cuadro, le arrebató los pinceles a Duna y cierra la venta con la norteamericana, que nos estrecha la mano a ambos. Duna tiene pigmentos de púrpura e índigo entre los dedos. Nos alejamos del lugar confundiéndonos entre la multitud mientras vendedor y cliente discuten sobre el resultado final del lienzo.

Bajamos las escaleras de la calle del Calvario y nos dirigimos a buen paso hacia el museo de Orsay. Antes de llegar a las Tullerías, a la altura de la avenida de la Ópera, se desata una tormenta. Compramos un paraguas de plástico en la boca de una estación de metro, pero aun así llegamos

totalmente empapados. Al entrar, se lo regalamos a una pareja que aguarda en la puerta para salir. No tenemos ninguna prisa, nuestra intención es quedarnos en el museo hasta que cierren. Mientras caminamos junto a los lienzos, Duna rememora nuestros años en la universidad, comenta los cuadros y recuerda viejas anécdotas. Cada vez que señala uno, el tinte de sus dedos dibuja una estela azulada. Vamos de la mano, como hacía mucho que no paseábamos, avanzando con calma entre las salas. De vez en cuando reímos. Ella se detiene a contemplar un cuadro de bailarinas de Degas, está absorta observando los trazos y acompaña las pinceladas con la línea de su mirada. Me sitúo detrás de ella, hoy no llevo la cámara conmigo y congelo este instante en mi retina: su silueta recortada frente al cuadro, la mirada perdida entre los grumos y el cabello aún húmedo sobre los hombros. Lo almaceno en mi memoria y continuamos la marcha en silencio. Sé que algún día lo necesitaré para seguir adelante.



Sigue lloviendo con furia y las previsiones anuncian que lo hará el resto del día. Ayer trasnochamos bebiendo una cerveza tras otra y volvimos caminando bajo la lluvia hasta la pensión. Tardamos más de tres horas en regresar desde el museo de Orsay y al llegar estábamos exhaustos y empapados.

A media mañana, el Bardo ha telefoneado a Duna. Ella ha desconectado el móvil y ha seguido durmiendo. Según lo previsto, en apenas una semana deberíamos regresar al Delta e incorporarnos a su restaurante, pero no hemos vuelto a hablar sobre ello desde que nos fuimos y no será yo quien lo haga.

Estamos tumbados, desnudos, en penumbra. Duna duerme de costado abrazada sobre mi pecho. Hay una pequeña claraboya que da a un patio interior y sólo oímos el continuo tamborilear del agua sobre el caparazón metálico del aire acondicionado. Cuando la lluvia cesa, puede distinguirse el silbido de los trenes de la estación de La Chapelle. Duna se desvela y acaricia el interior de mis muslos buscando a tientas mis labios. Entra una suave brisa por el tragaluz que sacude tímidamente las sábanas. Frota la nariz bajo mi mentón y esparce el frescor de su piel en mi mejilla. Nos besamos. La lluvia arrecia. No se me ocurre otro lugar donde quisiera estar ahora que no sea esta mísera habitación perdida junto a las vías del ferrocarril.

Después de almorzar, un par de horas más tarde que los nativos, salimos al fin de la habitación. Ayer no lo hicimos en todo el día. El cielo ha concedido una pequeña tregua y paseamos por las calles cercanas a la estación. Es un barrio copado por inmigrantes, la mayoría de los carteles de los establecimientos están en árabe y no hay rastro de turistas. Nos detenemos frente a una tienda de ultramarinos y compramos fruta y otras provisiones para tomar en la habitación. A pesar de que con el dinero obtenido por la venta del equipo fotográfico podríamos comer cada día de restaurante, no es algo que nos interese y preferimos nuestra manera frugal y errática de alimentarnos.

De súbito, la lluvia vuelve a descargar con virulencia. La cortina de agua es tan tupida que apenas distinguimos nada a unos metros de distancia. Nos refugiamos en un portal y compartimos una manzana observando cómo borbotean las alcantarillas. Frente a nosotros se divisa una plaza dura con una canasta metálica en un lado. Hay un adolescente de color jugando solo bajo el agua. No tendrá más de trece o catorce años, hace incursiones con pequeños cambios de ritmo y acaba tirando al tablero y encestando la mayor parte de las veces. Lo observamos un rato en silencio esperando a que la tormenta amaine.

Poco después, sin saber cómo, me encuentro también en el terreno de juego. El chico, al verme aparecer bajo el agua, me mira sorprendido calibrando mis intenciones. El ruido de la lluvia es ensordecedor y los automóviles circulan por el lateral de la plaza levantando pequeñas olas que rompen en la cancha. El chico me lanza la pelota con fuerza para probar mis reflejos y ambos comenzamos a jugar el uno contra el otro. La defensa es complicada, el bote del balón sobre el agua emite pequeños chasquidos y

ahoga los pasos haciendo imposible adivinar su dirección. Él es más rápido, pero la pista resbaladiza nos iguala a ambos. La ropa empapada también añade un par de kilos más a nuestro peso y dificulta los movimientos. El chico acaba por desprenderse de la camiseta y la tira junto a la base de la canasta. Después traza un semicírculo botando alrededor de la pista meditando la estrategia e intenta descolocarme realizando un cambio de sentido. Al elevarse, tapono con fuerza el lanzamiento y la pelota sale despedida en dirección contraria. El chico corre tras ella y jadeo satisfecho con las manos apoyadas en las rodillas.

Truena. Alzo la vista y atisbo a Duna, a resguardo, al otro lado de la cortina de agua como única espectadora. Mordisquea lentamente el corazón de la manzana y me interroga con la mirada. Los dos sabemos que no volveremos atrás ni regresaremos al Delta.

El chico se acerca botando el balón, la descubre oculta en el portal y vuelve a ponerse la camiseta. El viento ulula reverberando entre los edificios y el gris del cemento se confunde con el firmamento en una bóveda circular sellando la tierra con el cielo. Duna toma asiento en el zaguán, se reclina sobre el marco y nos sonrío a ambos antes de que retomemos el juego bajo la lluvia.

Las playas del Sena no son más que tómulos de arena sobre una estructura artificial de unos pocos metros de ancho que se extienden en el margen norte del río. La lluvia de los últimos días ha hecho desaparecer buena parte de la tierra vertiéndola en el agua y en algunas zonas hay volquetes descargando arena y operarios repartiéndola. Llegamos a ellas de camino al Pont Neuf y nos sorprende encontrarlas abarrotadas como si hubiera estallado un terrario humano. Buscamos un pequeño claro y nos sentamos a la sombra del muro de piedra que circunda el cauce. Enseguida, Duna comienza a trazar el puente y noto cómo fuerza la vista tratando de enfocar los mascarones que penden de la cornisa. Mientras dibuja me alejo unos metros para tomar unas fotografías de ella, del puente y de la reverberación del día sobre el agua.

Esta mañana, el Bardo volvió a llamar mientras desayunábamos en la habitación; ninguno de los dos nos dimos por aludidos y contemplamos el móvil danzando sobre la mesilla hasta que se quedó en silencio. La llamada se repitió tres veces más en apenas cinco minutos. La última de ellas, Duna al fin contestó. No habíamos hablado entre nosotros sobre qué responder, simplemente descolgó y dijo que no volveríamos al Delta. Tras unos segundos en blanco, la voz del Bardo irrumpió de nuevo a través del teléfono. No pude distinguir qué decía pero apenas le dio tiempo a replicar, Duna puso cara de fastidio y lo desconectó mientras el otro aún hablaba. Ya no llamará más, dijo. Asentí sin decir nada y seguimos desayunando acompañados por el traqueteo lejano de los trenes en la estación de La Chapelle.

En la playa, unos niños excavan un pequeño agujero con palas de plástico y retrato su cara de decepción cuando encuentran la estructura de madera sobre la cual se asienta la arena. Al fondo, Duna tiene su cuaderno apoyado

en las rodillas, pero ahora no dibuja, contempla fijamente sus manos como si no le pertenecieran. Me dirijo hacia ella y al verme venir bosqueja de nuevo con el carboncillo. La fotografía reclinada sobre el muro: está descalza y con los pantalones doblados por encima de los tobillos. Al llegar a su lado alza la vista:

Tendrías que volver a la fotografía, dice formando una visera con su mano izquierda, baja la mirada y se sumerge de nuevo en los trazos del puente.

Dibuja con detalle un único arco sobre el agua. El mascarón tiene la boca abierta y los ojos tallados en espiral.

Si te lo propusieras podrías ganarte la vida con la cámara o abrir tu propio estudio, como Álvaro, añade. Deberías haberte quedado con el equipo.

Los niños cruzan por detrás de Duna haciendo surcos con las palas y uno de ellos tropieza derribando al otro en su caída.

Así está bien, le digo, sin tener claro si le respondo a ella o valoro su dibujo. Le tomo una última fotografía y me alejo en dirección al puente mientras Duna sombrea con brío la cara disforme bajo la cornisa.

Aún no hemos decidido cuántos días más estaremos en París, ni qué hacer o adónde iremos después. Hemos hablado con la propietaria de la pensión y no tiene inconveniente en que nos quedemos una semana más. Su reticencia inicial se ha disipado, incluso nos ha invitado a una copa de vino blanco, en cuanto le hemos propuesto pagarle por adelantado. Por el pliegue de sus ojos y el color de las mejillas no parecía que fuera el primer trago del día. Es marsellesa, viuda y debe de tener poco más de cincuenta años. Camina despacio y ligeramente encorvada. Su marido trabajaba en el puerto de Marsella y falleció de cáncer en los noventa. Tras su muerte se mudó a París y con la pensión de viudedad montó este pequeño hostel donde también vive. Tiene una hija que vive en Bruselas y trabaja de enfermera. De la edad de Duna, dice. Y añade, ruborizada, como si hubiera cometido una indiscreción, y de la tuya, claro. Al hablar de su hija se le enciende ligeramente la mirada, aunque también podría ser por efecto del alcohol. Nos sirve una segunda copa y toma asiento en una mecedora junto a la entrada donde pasa las horas balanceándose mientras mira hacia el exterior. El exterior es la acera de enfrente y su campo de visión lo constituyen dos edificios bajos y una carnicería musulmana que se traspasa. De vez en cuando cruza algún ciclista o un turista perdido arrastrando una maleta de ruedas. Es un barrio tranquilo, dice. Y vuelve a bascularse con la mirada perdida más allá de la luna del establecimiento.

Salimos. Llevamos unos días sin tocar la moto y hemos decidido rodar un rato hacia el este. No hay transición entre las ciudades que atravesamos y en media hora entramos en Clichy-sous-Bois, una ciudad colmena con grandes bloques, muchos completamente descascarillados, y decenas de automóviles desguazados en las aceras. A medida que avanzamos tenemos la sensación de

estar en un barrio periférico de Argel. Algunas calles están pobremente asfaltadas, aunque hay grandes extensiones de césped en los márgenes tratando de hacer más amable el entorno. Bajo los árboles, descansan corrillos de mujeres con velo y, a su alrededor, ríos de niños fluyen de un lado a otro sin prestar atención a la carretera.

Nos detenemos en un semáforo junto a una motocicleta de mayor cilindrada conducida por una pareja de nuestra edad. Nos miramos, podríamos ser nuestros propios dobles. La chica le susurra algo al oído y él asiente. Duna hace lo propio conmigo, aunque no logro entender sus palabras, pero asiento igualmente. Al cambiar el disco a verde, el chico da gas a fondo. Al instante, noto cómo Duna presiona con fuerza mi antebrazo para evitar que salga tras ellos. Ambos se pierden enseguida unas calles por delante y el rugido del motor es aún audible unos segundos después de que desaparezcan. Continuamos la marcha sin poner pie a tierra y rodamos un buen rato por barrios suburbanos y olvidados, como si sus habitantes hubieran decidido preservarlos y congelarlos en el tiempo. Avanzamos sin prisa, rebasando comercios y carteles en diferentes idiomas, a través de un pedazo caótico y desordenado del mundo, como dos aves migratorias sobre un mar de asfalto.

Visitamos el museo de la Orangerie y almorzamos en los jardines frente a unas estatuas de Rodin. Hay una diminuta japonesa revoloteando alrededor de ellas y fotografiando las piezas desde todos los ángulos. Después de repasar las tomas en el visor vuelve nuevamente a la carga. Tengo cierta curiosidad por ver el resultado y me acerco a ella. Viste un gorro blanco con orejas negras que simula ser un panda. Está abstraída disparando y le toco el brazo para entablar conversación. Al roce y, casi sin volverse, sale huyendo como si hubiera visto al mismo diablo. Vuelvo sin comprender nada hacia Duna, que no puede parar de reír.

Estamos a mediados de julio, pero no hay demasiados turistas en los jardines. El sol hoy brilla con intensidad e incluso puede oírse algún chirrido lejano. Antes de almorzar hemos dedicado un par de horas a algunas salas del museo y decidido posponer a mañana el resto de la visita. Duna es quien marca el ritmo, prefiere ver las estancias que nos faltan, sin prisa, sin emborracharse de colores, dice. En el interior, mientras caminaba despacio por los corredores, como lo hubiera hecho siglos atrás con una lámpara de aceite en sus manos, hablaba fascinada sobre los impresionistas y la memoria visual que éstos tenían al pintar sus obras.

Después de almorzar, se aleja unos metros buscando una sombra. Está absorta, sentada bajo un sauce con las piernas cruzadas, bosquejando unos arbustos. Tras el visor, observo sus gestos: son suaves, a veces toca tan superficialmente la hoja que no logra manchar el papel. Hay un ligero temblor en sus manos y no trata de ocultarlo. Alza la vista y estudia fijamente los arbustos, los descompone y vuelve a armarlos sobre el papel. Comienza a sombrear con más intensidad, ahora puedo advertir claramente las formas: son tres perfiles negros sobre un fondo blanco. Prosigue con pasión hasta



positivar la imagen y convertir los arbustos en una silueta sobre fondo oscuro. De golpe interrumpe el sombreo y observa con atención el dibujo sin contrastarlo con el original. No parece satisfecha. Voltea un par de veces el cuaderno examinándolo desde distintos ángulos. Vuelve a trabajar de nuevo con el carboncillo, pero esta vez claramente sin convicción, sus gestos son mucho más toscos. Al fin, desiste y arranca la página acercándose a mí.

*Allez.*

Volvemos a la Orangerie para visitar el resto del museo. Nos detenemos en dos salas ovaladas, cubiertas por enormes lienzos con nenúfares de Monet, y nos sentimos flotar en medio del estanque, rodeados por el azul de las telas y el blanco inmaculado de los muros. Duna se aproxima a escasos milímetros del lienzo para ver el trazo de los pinceles y el guarda de sala se levanta como un resorte pidiéndole que se separe. El tipo permanece nervioso junto a ella, pero Duna está muy lejos de ahí y es incapaz de oírle. Me acerco hasta él y le pido que se relaje, sólo en ese momento ella reacciona, le sonrío y se aleja de la tela.

Salimos a los jardines. Duna trata de bosquejar de nuevo los arbustos desde el mismo punto que ayer. Anoche le comenté que me fijé en el temblor de sus manos, pero no quiso hablar sobre ello. Llevo la cámara conmigo y la fotografío en el césped, enfrentándose por segunda vez a la silueta de los árboles. Hoy sus trazos son más inseguros; aun así, trata una y otra vez de capturarlos, transitando con cada rasgo a uno y otro lado del espejo.

Cae la tarde. Llevamos más de dos horas en el mismo lugar. Duna permanece inmóvil, sólo el leve movimiento de sus manos impide confundirla con una talla de madera. Trato de desperezarme, tengo las piernas entumecidas y un terrible dolor de cabeza tras quedarme dormido al sol. Camino unos metros sin saber adónde mientras el día se pone sobre los ventanales del museo. Duna continúa ausente con las piernas cruzadas frente a los arbustos. Regreso junto a ella y cojo la cámara sin que aparentemente note mi presencia. Vuelvo a deambular por el jardín sin nada que hacer o encuadrar. Giro sobre mí mismo apuntando a los diferentes objetivos que se cruzan en mi camino y, bajo el centelleo de las primeras luces eléctricas, me

alejo como un soldado herido disparando en todas direcciones.

Desde nuestra ventana no se divisa la torre Eiffel, los Campos Elíseos ni ninguna otra estampa reconocible de París, sólo un oscuro patio interior sobre el que reluce un pequeño domo azulado. La mañana es más calurosa de lo habitual y los aparatos de aire acondicionado gotean unos sobre otros creando un tintineo atonal y discontinuo. Duna duerme y salgo a rodar antes de que el sol ascienda sobre el día.

Anoche insistió en que debería volver a la fotografía y en que podría ganarme la vida con ello. Es lo mismo que yo pienso acerca de ella y de sus lienzos, aunque ahora ya no pinte al óleo y se limite a capturar en su cuaderno imágenes del natural como si tratara de aprehender un mundo que se le escapa. Los dos sabemos que no somos los mejores, pero sí lo suficientemente buenos para salir adelante si nos lo propusiéramos; pero somos erráticos, nos gusta así, creamos para nosotros, pese a que eso no signifique nada para nadie. No obstante, Duna sí tiene un punto de grandeza al que yo jamás podré acercarme. Pasamos un buen rato de esta manera, haciéndonos al mismo tiempo elogios y reproches, hasta que acabó enfadándose: dijo que siempre bromeo y que no me tomo nada en serio. Después bebimos una botella de vino blanco y hablamos sobre sus manos y el ligero temblor que ella atribuye al abuso de medicamentos en el pasado. Dijo que estos días en París la estaban ayudando a encontrarse a sí misma y que iba a dejar de tomarlos definitivamente. Luego nos fuimos a dormir, pero el sonido de nuestra respiración nos delató y ambos sabemos que estuvimos despiertos en silencio durante horas.

Regreso a mediodía y oigo a Duna tomar una ducha. Entro en el baño. El cuarto es funcional: un inodoro, una pila de cerámica bajo un espejo ovalado, una pequeña bañera que aún no hemos utilizado como tal y, cubriendo las

paredes, un mosaico de azulejos marinos con una suerte de peces oscuros más propios de una fosa abisal que de un estanque. El exterior de la bañera está protegido por una minúscula cortina de plástico, donde ahora quedan atrapadas las gotas despedidas de su cuerpo. Duna se enjabona el pelo y la contemplo mientras la espuma recorre el arco de su espalda y se bifurca entre sus piernas. Intuye que la estoy observando y permanece un rato más bajo el agua, aun cuando sabe que ya no hay rastro de jabón sobre su cuerpo. Al volverse, le acerco una toalla. La rechaza, me tiende una mano y me invita a acompañarla.

Llueve. Una tormenta de verano nos sorprende en una librería fotográfica de segunda mano del Barrio Latino. Enseguida, el establecimiento se llena de otros refugiados y aguardamos a que la lluvia amaine hojeando libros de gran formato. La dependienta sonríe detrás del mostrador, pero demuestra escaso interés por cerrar ventas y mucho más por la pantalla de su ordenador. Duna tiene en sus manos un libro de Francesca Woodman. En mis primeros desnudos copiaba sus encuadres, la fragilidad que Duna transmitía a la cámara estaba bastante cerca de sus autorretratos. Después traté de buscar mi propio estilo, pero prácticamente no abandoné ya el blanco y negro. Con el tiempo descubrí que una de las razones por las que me decanté desde el principio por la fotografía era para retratarla a ella; no me interesaba demasiado el arte figurativo, sólo Duna, el resto de mi obra era conceptual: objetos, texturas, partes de un todo perdidas en el espacio...

¡Vámonos!

Duna tira de mí y corremos bajo la lluvia con el ejemplar de Woodman bajo el brazo. No habíamos vuelto a robar un libro desde la universidad, cuando no podíamos o no queríamos pagarlos, y el corazón nos late ahora tan enloquecido como entonces. Llegamos hasta el Sena y buscamos un café donde cobijarnos. Nos sentamos el uno al lado del otro junto a una gran luna tintada y Duna apoya la cabeza sobre mi hombro. El río baja gris como el asfalto: mañana tendrán que reponer de nuevo la arena de las playas. Contemplamos sin prisa las imágenes del libro y hablamos de las copias que nosotros hicimos de las fotografías de Woodman. Algunas Duna no las había visto antes y se sorprende al recordarse a sí misma desnuda en la misma posición. Incluso físicamente son parecidas, las dos deben de medir poco más de metro sesenta y sólo el pelo lacio de Duna y sus enormes ojos negros las

diferencian. El viento vira el agua hacia el cristal y enmudecemos para escuchar el tecleo de las gotas sobre él.

La lluvia amaina. Salimos. Estamos empapados y decidimos coger un autobús para volver al hostel. La parada es un simple poste y no hay marquesina donde resguardarnos. La pantalla luminosa anuncia que faltan veinte minutos para que llegue el siguiente. Al poco, la tormenta arrecia de nuevo y nos encuentra a la intemperie. Llevo el libro de Woodman bajo la camiseta, pero está tan calada que también inunda sus páginas. Duna se encoge de hombros y se vuelve para comprobar de nuevo el tiempo restante en la pantalla.

Ya robaremos otro, le digo.

Me sonrío. Un destello de luz anuncia un trueno ensordecedor. Se acerca a mí, abre la boca hasta anegarse y me besa con el agua desbordándose por las mejillas.

El día es húmedo y frío. Nos resguardamos bajo las sábanas y pasamos la mañana leyendo recostados sobre la cama. El cielo es plateado, pero no amenaza tormenta y, después de almorzar, nos desperezamos y decidimos salir a rodar por las afueras. En los bordillos y las aceras quedan pequeños charcos del día anterior. En uno de ellos, una gota de gasolina simula un arcoíris y, antes de montar, Duna lo desplaza a voluntad con la punta de la zapatilla.

Circulo con cuidado en sentido sur buscando la autopista hacia Versalles. Duna se aferra con fuerza a mí y, aún dentro del perímetro urbano, doy gas a fondo sorteando al resto de vehículos como en una alocada persecución de cine mudo. Al llegar a la autopista, ocupamos el carril de la izquierda sin prestar atención al velocímetro y sin fijar ningún destino, sólo con la resistencia del viento como único freno. Cuando estudiábamos, rodábamos a menudo por la autopista como terapia: nos fascinaba la velocidad y exponer nuestros cuerpos a ella nos permitía después trabajar de forma plácida y ser mucho más creativos.

En media hora sobrepasamos Versalles y, sin intención de detenernos, seguimos adelante por una vía completamente horizontal hacia Orleans. Una hora después, a una decena de kilómetros de ésta, nos apeamos en un área de servicio para repostar. Duna y yo tenemos los músculos agarrotados y, ante la mirada atónita de los demás conductores, los distendemos aullando y saltando en mitad de la gasolinera. Creo que hacía mucho tiempo, quizá desde antes de su viaje a Berlín, que no nos sentíamos tan unidos. Es algo orgánico, la noto feliz, más próxima, y con eso me basta.

Duna extrae una botella de agua de una máquina de refrescos y la compartimos observando el trasiego de vehículos. Estamos a escasos minutos



de Orleans, pero decidimos desandar el camino y volver sin prisa a París. Al entrar de nuevo en la capital, recorreremos con calma las calles del centro como si ya formáramos parte de la ciudad. En una columna publicitaria observamos un cartel de la Cinémathèque Française. Nos detenemos para ver la programación. Se alternan un ciclo sobre cine asiático contemporáneo y otro sobre el cine europeo de entreguerras. Las sesiones de hoy no nos interesan, pero anuncian para mañana un pase de *Der Januskopf*, un film desaparecido de Murnau del cual han encontrado algunas bobinas. Duna siempre fue una apasionada del expresionismo y ése fue el motivo de su Erasmus: documentarse para su tesis inacabada sobre las vanguardias y el cine expresionista alemán. El concepto onírico del espacio también era un referente en mi fotografía no figurativa y los dos habíamos pasado innumerables tardes en la Filmoteca de Barcelona visionando películas de Murnau, Lang o Pabst. No lo dudamos y decidimos acudir a la sesión de mañana.

Es nuestro duodécimo día en París y ya comenzamos a conocer la ciudad y sus ritmos al detalle. Más allá de sus museos, no nos parece una ciudad especialmente bella y transitamos por sus calles como nómadas antes que turistas. Tratamos de evitar los lugares concurridos e intentamos seguir los horarios de descanso y comida de los nativos, aunque no siempre lo conseguimos. Las calles alrededor de la estación de La Chapelle no tienen nada que las diferencie de los barrios periféricos y degradados de cualquier otra gran ciudad y nos sentimos cómodos en ellas. Su falta de pretensiones hace que la vida se abra paso como las malas hierbas entre los adoquines.

Deambulamos por calles secundarias desde el hostel hasta la Cinémathèque, sin prisas y sin otro mapa que nuestro propio instinto. La actual sede es un edificio de nueva construcción alejado del centro. Llegamos con cierta antelación al pase para echar un vistazo a su museo, pero lo encontramos cerrado por descanso semanal. Cogemos el programa de la sesión y aguardamos su inicio con una taza en la cafetería.

*Der Januskopf* es uno de los films perdidos de Murnau anteriores a *Nosferatu* y una de las películas silentes más buscadas. El guion, que sí ha sobrevivido, es una adaptación no acreditada de *El doctor Jekyll y mister Hyde* de Stevenson, y está considerada la obra maestra perdida del cine expresionista alemán. Un coleccionista vienés conservaba algunas bobinas del film, apenas unos minutos, y éstas han visto la luz tras su muerte, cuando los familiares se deshicieron de las latas que guardaba. Según el programa, los rollos, seis minutos en total, se pasarán dos veces seguidas y posteriormente un documental hablará del proceso de recuperación del film y del resto de las películas perdidas de Murnau.

Entramos en la sala principal concebida como un gran anfiteatro.

Nuestras entradas, prácticamente las últimas que quedaban a la venta, están en un lateral de la segunda fila y nos hundimos en las butacas para acaparar visualmente toda la pantalla. La expectación es máxima y minutos antes del inicio de la sesión el vestíbulo y los pasillos se vacían. Nadie hasta hoy ha podido visionar el metraje y cuando la sala se queda a oscuras el silencio se torna sepulcral.

El primer rollo muestra a Conrad Veidt trabajando en su estudio mientras mezcla póquimas espumosas en un contrapicado pronunciado. El segundo, más breve, es todo un logro visual, la cámara sigue en *travelling* al propio Veidt mientras éste sube una escalera interminable. El tercer corte se desarrolla en una cocina donde una criada faena de espaldas, la cámara toma un punto de vista subjetivo y se aproxima tambaleante hacia su escorzo. Al volverse, sostiene un instante el plano aterrorizado de la actriz y funde a negro.

Duna lanza un alarido... La criada es idéntica a ella.

No doy crédito y giro el rostro al momento para cerciorarme de que sigue a mi lado. Duna hipa y respira de forma entrecortada sin poder articular palabra. Un acomodador se dirige de inmediato hacia nosotros y se desencadena un murmullo a nuestra espalda. El tipo mueve una linterna de lado a lado y, desde la cabina de proyección, un fogonazo ilumina nuestras siluetas uniendo la cuarta pared con la pantalla. Duna sacude la cabeza, mira fijamente a las sombras y se aferra con fuerza a la butaca como si estuviera al borde de un abismo.

Duna permanece en estado de choque. Tan sólo fueron un par de segundos el tiempo que el rostro de la actriz permaneció en pantalla y, aunque el parecido era enorme, apenas pude verla un instante. Me volví hacia ella al oír el grito y nos pidieron con vehemencia que abandonáramos la sala. No nos quedamos al siguiente pase y no pudimos verla de nuevo, pero Duna está convencida de que era ella. Bueno, no exactamente ella, sino alguien con sus mismos rasgos que habitaba un siglo antes. No tiene sentido y lo sabe, aunque eso no la consuela. Está aturdida, no ha dormido en toda la noche, dice que la medicación la está volviendo loca. Trato de no darle importancia, le digo que los rostros son similares, pero no idénticos, que todos nos parecemos a alguien conocido. Propongo buscar a la actriz en internet, pero su nombre no sale en los créditos del programa y no sabemos cómo encontrarla. Noto su respiración acelerada. Le pido que se calme. Salgamos a tomar el aire, le digo. Duda. Sí, no. Está cansada, dice que va a echarse un rato. Saldré yo entonces. Me pide que me quede y me tiende la mano. Me tumbo con ella y se ovilla junto a mí. Noto cómo su pecho se desacelera hasta quedarse dormida. Vuelvo la vista hacia nuestra pequeña claraboya. Entra una luz difusa. No sé qué hora es. Pruebo a alcanzar el teléfono en la mesilla, pero queda demasiado lejos. Contemplo a Duna y el rápido movimiento de los ojos bajo sus párpados. Está soñando. Ojalá no sea una pesadilla y nos sueñe a ambos unos años antes. Ojalá pudiéramos quedarnos allí.

Rodamos hacia el norte encadenando municipios sin distinguir sus límites. Desayunamos en Argenteuil y, siguiendo la curva que traza el Sena, giramos en dirección este hasta Saint-Denis buscando una gasolinera. No hablamos demasiado, tras dormir toda la noche estamos más descansados y al despertar hemos decidido tomar el aire y salir un rato para olvidar los dos últimos días. Mientras repostamos, observamos sobre los edificios la torre que permanece en pie de la basílica de Saint-Denis. Aparcamos en una bocacalle próxima a la estación de servicio y nos acercamos dando un paseo. La humedad es asfixiante, hay turistas en los alrededores del templo, pero las calles adyacentes están desiertas. Duna continúa algo ausente y aunque no tenemos un especial interés en conocer la basílica, el frescor de la nave central nos persuade y nos demoramos visitando el deambulatorio y el mausoleo de la cripta antes de regresar de nuevo al exterior.

Volvemos a la gasolinera y caminamos cogidos de la mano y con el casco colgado en el antebrazo. No recordamos exactamente dónde hemos aparcado, todas las calles son similares, con hileras de adosados y pequeños edificios residenciales, y no hay nada que diferencie una de las otras. La temperatura apenas ha bajado un grado y avanzamos buscando refugio bajo los toldos y los balcones de los edificios. Nos detenemos un momento: creo reconocer la entrada de un portal y vislumbramos al fin la bocacalle donde está la motocicleta. Al doblar la esquina advierto a un tipo encogido con unas tenazas tratando de hacer saltar el candado. Está de espaldas a nosotros y tiene la vista fija en el carenado. Duna trata de sujetarme del brazo y musita un débil *no* antes de que me abalance sobre él y le golpee con el casco. El tipo es rápido y esquiva buena parte del impacto, pero se da de bruces contra el suelo. Dudo unas décimas sin saber qué hacer. Observo la cadena, no ha

conseguido romperla. El tipo se revuelve desde el asfalto y me lanza una patada al interior del muslo. Me desequilibro y caigo de rodillas contra el bordillo. Duna chilla detrás de mí dando voz a mi grito ahogado. El tipo se levanta con intención de golpearme, pero ahora no dudo, cargo toda la fuerza en el casco y le alcanzo de lleno. Trompica un instante como un boxeador sonado y me lanza como defensa un gancho al pómulo. El golpe no es demasiado fuerte, pero un anillo me rasura la mejilla. Nos detenemos jadeantes y nos examinamos. Él aún vacila sujetándose la cabeza. Lo observo: no parece especialmente fuerte, tiene poco más de veinte años y es de constitución delgada. Noto cómo la sangre cae al labio desde el pómulo. Es una presa fácil.

¡Para, déjalo ya!

El tipo sigue con las manos en la cabeza cubriéndose el rostro a dos metros de mí. Oigo el ruido del tráfico en las calles adyacentes, pero ningún vehículo tuerce hacia la nuestra. El calor es empalagoso, el asfalto arde y rompo a sudar. El tipo permanece delante de la moto bloqueándome el acceso. Sé que está calibrando sus posibilidades: las tenazas han quedado detrás y necesita rodearme para alcanzarlas.

¡Vámonos!

Me giro un momento buscando ayuda alrededor. La calle es un paraje solitario sin nadie en las aceras. Duna vuelve a suplicarme con la mirada que nos marchemos. El tipo aprovecha mi indecisión y trata de hacerme caer embistiéndome con el hombro. Me arqueo hacia atrás y consigo sujetarme al asfalto sin perder el equilibrio. Al pasar junto a mí, el tipo me pisotea con fuerza el dorso de la mano. Lanzo un alarido y noto un estallido en el dedo meñique. Consigue asir las tenazas y se gira a tientas tratando de golpearme con ellas. Aúllo ciego de ira, pero aún conservo algo de lucidez: esquivo el golpe echando el cuerpo a un lado y aprovecho el mismo impulso para alcanzarle, ahora sí, de pleno con el casco. Cae a plomo y comienzo a patearlo con furia.

¡Para!

Tiene suerte, llevo zapatillas, pero las noto hundirse en su cara como si fuera de goma. El tipo trata de protegerse con las manos sin poder contener los golpes.

¡Para!

Empieza a manarle sangre de la nariz y siento un dolor agudo en los dedos de los pies al impactar una y otra vez contra sus pómulos. Creo que podría matarlo. Ya no es una forma humana, es un saco de arena abandonado en mitad de la nada. Duna trata de sujetarme del brazo, pero la empujo hacia atrás y continúo pateando al tipo. Ahora ya no opone resistencia.

¡Paraaa!

Me vuelvo rabioso hacia Duna amenazándola con el casco. Al verla, me tambaleo hacia atrás como si un seísmo sacudiera la calzada. Tiene la navaja suiza que cogí de su apartamento del Delta abierta con el filo dentado sobre la muñeca. Me mira desafiante y me suplica por última vez que nos vayamos. Su mano derecha tiene un color encarnado, toda su fuerza está concentrada en el mango de la hoja. Mi corazón tañe como una campana enloquecida, sé que es capaz de cualquier cosa. Me separo del tipo para tratar de calmarla. La calle permanece desierta y noto la cara empapada como si todos mis poros hubieran estallado a la vez. Bajo el brazo y contemplo el casco moteado por la sangre de ambos. Duna relaja la tensión de su mano y deja caer la navaja rompiendo a llorar. Me acerco a ella y me rehúye cuando intento abrazarla. El tipo permanece inmóvil en el suelo. Vuelvo a mirar en todas direcciones y aprieto la uña de mi dedo meñique que gotea sin cesar. La vendo con un pañuelo de papel y Duna me lanza una goma del pelo para sujetarlo. Recojo la navaja, arranco la moto y desaparecemos sin mirar atrás.

Ayer, al regresar a París, nos fuimos directamente al hostel sin saber qué hacer. Lavamos el casco, las heridas y me cambié de ropa. El meñique continuaba sangrando y la falange, aunque hinchada, no parecía rota. El rasguño del pómulo era evidente, pero no manaba sangre. Duna compró vendas y alcohol e hicimos las curas nosotros mismos. No queríamos acudir a un centro de salud y tener que explicar lo ocurrido. Permanecimos sin hablar durante horas. Mi corazón aún doblaba y me obligaba a caminar en círculos por la habitación para serenarme. Al fin, Duna rompió el silencio, dijo que había visto al tipo tratar de levantarse al arrancar la moto. Se giró un instante para asegurarse de que no nos observaba nadie y vio que intentaba ponerse en pie haciendo fuerza con los codos. Cree que se hacía el muerto para que no lo golpeará más. Al decirlo, su mirada no transmitía ningún tipo de emoción, era sólo un narrador objetivo exponiendo unos hechos. Quería creerla. En realidad, no debieron de pasar más de tres o cuatro minutos desde que lo descubrimos tratando de forzar el candado de la moto hasta que nos marchamos. Ni yo soy tan fuerte ni mis zapatillas podían hacerle tanto daño, seguramente perdió el sentido al golpearlo con el casco o se hizo el muerto, como dice Duna, para que nos marcháramos. Sí, eso era.

Al amanecer y ponerme en pie, tras pasar la mitad de la noche entumecido, al dolor del meñique y la cabeza se ha unido el de las rodillas, hinchadas como dos balas de plomo. Necesitaba ver la luz del día e inspirar un poco de aire fresco. Duna no ha querido acompañarme y temía que al pasar frente a la casera ésta sospechara o me tomara por un chiflado cuando adoptara posturas ridículas al tratar de disimular la cojera. Al salir he caminado hasta donde me han permitido las rodillas y he comprado todos los periódicos nacionales y locales que he encontrado, cada uno en un quiosco



distinto.

Una hora más tarde regreso exhausto al hostel. Al entrar, Duna toma mi mano en silencio y examina con celo el meñique: continúa hinchado pero puedo moverlo, no está roto. Cambia de nuevo el vendaje y aplica yodo sobre él. El pómulo también cicatrizará sin necesidad de puntos. Respiro aliviado, ahora ya no es necesario acudir a ningún centro de salud, sólo hay que esperar a que las marcas desaparezcan. Después hojeamos la prensa, primero frenéticamente, luego de forma pausada, en busca de alguna referencia al incidente de ayer. Nada. Los diarios participan de la habitual atonía veraniega y están repletos de titulares y noticias de sociedad que en otra época del año no pasarían de ser breves notas a pie de página. Los delitos, en cambio, están magnificados de forma sensacionalista, si el tipo hubiera muerto o nos hubiese denunciado lo habrían destacado en las páginas de sucesos.

Se levantó, repite Duna, y su rostro muestra, ahora sí, la misma sensación de alivio que el mío. Baja la cabeza, lanza el último periódico a la pila de papel que se acumula en el suelo y se encierra en el lavabo.

Camino un rato más por la habitación, trastabillo como un bucanero borracho sin poder doblar las rodillas y percibo los parietales chocando el uno contra el otro comprimidos por dos manos gigantescas. Me siento, tomo un par de ibuprofenos sin mascarlos y los acompaño con media botella de agua como si temiera que pudieran deshidratarme. Exudo al instante. Me pongo en pie, arrastro las dos patas de palo hacia la cama y, al fin, tras día y medio sin lograrlo, consigo conciliar el sueño.

Hace unos días que perdí la perspectiva del tiempo, no sé qué día es ni cuántos llevamos en París. El móvil lleva abandonado sin batería desde antes de acudir a la Orangerie y las horas bailan en mi cabeza sin poder determinar cuál es. Pongo a cargar unos minutos el teléfono: es poco más de mediodía, he estado durmiendo las últimas veinte horas. Duna no está en la habitación y su teléfono, también desconectado, lo diviso sostenido en equilibrio en la mesilla. Al incorporarme para ir al lavabo, todo vuelve de nuevo: mis rodillas de plomo continúan encarnadas, pero el dolor remite; la uña sigue rota, pero volverá a crecer; y la cicatriz del pómulo queda disimulada con la barba rala de algunos días. Arrastro mis piernas de madera hasta la taza y pateo un periódico cualquiera de los que se amontonan en el suelo para que me acompañe. Duna vuelve al rato con la prensa del día.

Nada, dice.

Me acerco hacia ella y tropiezo con su cuaderno. Trato de recogerlo, pero no puedo doblar las rodillas y estiro los brazos como si fueran elásticos hasta alcanzarlo. Por primera vez en días, Duna me mira divertida. Lo observo: estoy silueteado sobre la cama como si hubiera caído desde un cuarto piso.

El colchón es terrible, le digo.

Ríe. Saca un racimo de plátanos de una bolsa y me ofrece uno junto con un puñado de galletas.

No tenía dinero para más.

Repaso mentalmente nuestros últimos gastos: aún queda dinero suficiente para seguir algunos meses más con nuestro ascético ritmo de vida, antes de tener que decidir qué hacer con ella.

Tenemos que buscar un cajero, le digo.

Duna asiente mientras hojea su cuaderno contemplando los esbozos

abandonados de días anteriores. Al pasar de página se desliza de su interior el programa de mano del film de Murnau, que cae al suelo. Había olvidado por completo lo ocurrido en la Cinémathèque. Duna observa el papel y opto por quitarme de en medio.

Voy a darme un baño.

No recuerdo la última vez que tomé uno. Vacío un poco de jabón tratando de generar espuma, pero la tina lo engulle sin más. El agua no está demasiado caliente aunque sí lo suficiente para que ronronee como un gato al meterme en ella. Duna acude a mi maullido y me observa un buen rato mientras chapoteo. Ahora es ella quien toma la cámara y me fotografía desnudo en el agua. La salpico y poso para ella imitando a Marat, con el rostro ladeado extendiendo los brazos fuera de la bañera.

Idiota, dice, y sale del baño.

Hundo la cabeza bajo el agua y contemplo cómo las burbujas de oxígeno se elevan hacia un firmamento azulado por encima de mis rodillas. Enseguida noto el escozor en los ojos y permanezco unos segundos más conteniendo la respiración. Al emerger lo hago con una certeza:

Estoy harto de esta ciudad.

Anoche desplegamos el mapa y decidimos ir a Bretaña. Llevamos días aletargados y bregar contra los vientos del norte nos ayudará a espabilarnos. Cargamos de nuevo la moto con las alforjas, los sacos y la tienda de campaña y llenamos tres bolsas de basura con prensa, vendas y demás restos de nuestros últimos días. Antes de marcharnos, Duna compra un par de periódicos.

Nada, dice hojeándolos de corrido.

La casera se sorprende al vernos partir y nos despide con tres sonoros besos en la mejilla como si fuéramos parientes lejanos. Tenemos dos días más pagados a los que renunciamos y nos obsequia con un pequeño pastel de manzana. No sabemos qué hacer con él y Duna lo acomoda como puede en una alforja sobre la ropa.

Abandonamos París y nos adentramos en la campiña por carreteras comarcales en dirección oeste. Siento que voy recuperando la vigorosidad perdida y los dolores quedan atenuados. Duna también tiene mejor aspecto y noto sus músculos relajados alrededor de mi pecho. Almorzamos en un parque natural cerca de Alençon y utilizamos los periódicos como mantel.

Olvídalo, le digo a Duna que aún hojea la prensa buscando alguna noticia relacionada con la pelea.

El día está encapotado, no hay campistas a nuestro alrededor y sólo algún senderista cruza parpadeante el pequeño repecho donde nos hemos detenido. Al recuperar el pastel de manzana de entre la ropa, éste ha perdido su forma geométrica para convertirse en un polígono irregular; aun así está delicioso. Lo devoramos y nos tendemos un rato sobre la hierba contemplando el acelerado tránsito de los cúmulos. Decidimos continuar un par de horas más y detenernos en algún camping al atardecer. Consultamos

el pronóstico meteorológico en la prensa antes de partir: anuncia fuertes lluvias en Bretaña para los próximos días. El norte, en cambio, parece despejado a corto plazo y propongo a Duna virar hacia Normandía. Se encoge de hombros y asiente con la cabeza. Ojeamos de nuevo el mapa para alterar la ruta: en menos de dos horas podemos estar en los alrededores de Caen y buscar allí un lugar donde acampar. El cielo despide ahora destellos granas sobre nuestras cabezas y nos ponemos en marcha antes de que la tormenta estalle.

La ruta hacia el norte es plácida. El camino está acordonado por enormes extensiones verdes apenas pobladas y rodamos sin prisa por carreteras comarcales paralelas a canales de riego y campos de cultivos. Al atardecer, notamos el descenso térmico y vislumbramos en el horizonte los círculos de gaviotas anunciando la inminencia de la costa.

Despertamos en una enorme lengua de arena moteada de algas. El ciclo de las mareas es evidente en esta zona y el reflujo del agua ha dejado al descubierto una enorme extensión de tierra. Hay un par de barcas de pescadores hundidas literalmente en la arena que anoche, cuando acampamos, se balanceaban a unos metros de la costa. A una distancia prudente, un chico vigila un par de galgos que se persiguen entre ellos. Los ladridos de los perros nos han desvelado. El chico viste ropa deportiva, lleva unos auriculares y está abstraído fumando un cigarrillo. Al vernos asomar la cabeza, levanta la mano en señal de disculpa.

El cielo es bajo, plomizo, roto por algunos claros que anuncian un día soleado. El chico se acerca hasta nosotros y nos ofrece un termo con café caliente. Duna está acabando de vestirse en el interior de la tienda y lo invito a sentarse y a acompañarnos en el desayuno. Apaga la música, se coloca los auriculares alrededor del cuello y empieza a hablar de corrido, trufando su francés con alguna expresión en inglés e italiano. En su cabeza los tres idiomas confluyen en una lengua koiné, que, sorprendentemente, hace su discurso bastante comprensible.

Es voluntario en una protectora de animales y está cuidando de los galgos hasta que encuentren dueño. Uno de ellos cojea levemente. Ése lo tendrá difícil, creo entenderle. El chico tiene poco más de dieciocho años y trabaja en una granja familiar cerca de aquí. Su pareja vuelve en unos días de París, donde estudia Medicina, y quieren recorrer el sur de Italia en Interrail. El chico nos sirve el café y le ofrecemos lo poco que tenemos: unas tostadas y una lata de atún para acompañarlas. Busco mecánicamente en el interior de la tienda algo con que abrirla. Al salir, percibo los ojos negros de Duna brillantes como la hulla mirando mi mano: empuño al descuido la navaja

suiza. El chico advierte nuestro intercambio de miradas y se la ofrezco a él para que abra la lata. Observa el meñique vendado y me pregunta si me corté con ella. *Oui*, le digo, dándose por satisfecho y continúa detallándonos el recorrido que piensan seguir por la costa amalfitana. Tiene un pequeño tic en el párpado izquierdo que se agudiza mientras come, habla y silba a los galgos para que no se alejen. Duna tiene la mirada fija en la navaja y cuando el chico termina, la guardo en el bolsillo de la chaqueta y la elimino de su campo de visión.

El chico no interpela, simplemente habla y gesticula sin cesar y refuerza su discurso trazando líneas en la arena. Dice que será la primera vez que se aleje del norte de Francia y que lleva meses preparando el viaje con su chica, a quien conoce desde la infancia. Nos enseña una fotos de ambos en el teléfono, las pasa con el pulgar tan rápido como vocaliza y apenas la distinguimos, pero los dos asentimos sonriéndole. Al poco nos da las gracias y se incorpora para volver a la granja, aunque no consigo entender qué animales crían. Al despedirse nos pregunta, avergonzado, casi sin resuello, adónde vamos nosotros. No sabemos qué responder. El chico nos mira perplejo, como si no le hubiéramos entendido, vuelve a colocarse los auriculares y se aleja con los galgos corriendo alegres detrás de él.

Recorremos el canal de la Mancha sin prisas, circulando por las carreteras comarcales que bordean la costa, hasta detenernos en una playa situada a las afueras de una pequeña villa de pescadores. No deja de impresionarnos el ciclo de las mareas y nos adentramos sobre la tierra mojada contemplando cómo se hunden nuestros pies desnudos en ella. Apenas hay bañistas, sólo algunos niños y pequeños grupos familiares separados entre sí. Fotografío nuestros reflejos impresos en una fina lámina de agua sobre la arena y caminamos trazando laberintos de pasos que desaparecen a nuestra espalda.

Nos sentamos a unos metros de la orilla, frente al perfil de una roca plateada que divide los haces que escapan de entre las nubes. Duna toma su cuaderno y empieza a bosquejar su relieve con el carboncillo. La roca mide algo más de tres metros y no debe de tener más de veinte centímetros bajo el agua, cuando la marea suba es posible que la cubra por la mitad. Un niño y una niña tratan de encaramarse sobre la roca; no tendrán más de seis años. Él está intentando alcanzar el punto más alto, pero no encuentra cómo vencer el desnivel; ella lo mira desde abajo con las manos a modo de visera. Podrían ser hermanos. A una decena de metros, un hombre los observa con las manos enlazadas a la espalda; detrás de él, algo más alejados, sentados en sillas plegables, una mujer de su misma edad lee una revista y junto a ella una pareja mucho mayor está charlando bajo una sombrilla. Las tres generaciones de mujeres son de piel blanca con el pelo negro y encrespado; el chico y el hombre con las manos a la espalda poseen el mismo tono rosado en el cuerpo, son completamente rubios y tienen el pecho y el rostro cubiertos de pecas. El hombre mayor es calvo y viste una camiseta. Éste debe de ser el primer o segundo día de playa de la familia y no parece que hoy su tono de piel vaya a cambiar demasiado.



Duna continúa trazando el perfil de la roca, aunque en él no aparecen los niños. En su cuaderno, la marea ya ha cubierto parte de ésta y las olas expanden pequeños rizos de espuma a su alrededor. El niño logra al fin alcanzar la cima y saluda con la mano al grupo bajo la sombrilla, que le devuelve el gesto y le hace señales para que descienda. La niña ríe y aplaude al mismo tiempo y corre a reunirse con el hombre, que continúa con la mirada fija en el pequeño escalador. El niño rota saludando desde lo alto a los bañistas y levanta el pulgar cuando lo hace en nuestra dirección. Duna está absorta en el dibujo y al alzar la vista el niño ya saluda hacia el lado contrario. La niña vuelve a la roca y sigue la trayectoria de su hermano, que se resiste a descender.

La pleamar avanza lentamente acariciándonos los tobillos y la primera barca de pesca retorna a la orilla. Los niños se reúnen con el hombre, que se abre de brazos para rodearlos, y los tres corren hacia el grupo sentado bajo la sombrilla. Ladeo el rostro hacia Duna, hundo las manos en la arena y observo cómo emerge en el papel la roca solitaria de entre las aguas.

La playa de Omaha no difiere apenas del resto del litoral del canal de la Mancha: enormes franjas de arena, aguas de color ceniza y el silbido constante de la galerna. Es la más concurrida y la única en la que no hay nadie en el agua. La gente camina con gravedad por la orilla, cuidándose de elevar la voz, e incluso las aves parecen evitar tomar tierra y planean alejadas en el interior.

Deambulamos un rato por la arena sin saber qué hacer y tomamos un sendero interior, junto a una carretera pobremente asfaltada, hacia el cementerio americano. El camino está flanqueado por pequeños cercados de madera y algunas cabañas acordes con la sobriedad del lugar. Mientras remontamos la pendiente, un autocar repleto de turistas norteamericanos maniobra atascado en un repecho. Al vernos pasar, los pasajeros nos fotografían como si fuéramos parte del espectáculo. Poco después, el vehículo logra sortear la curva y nos adelanta a escasos metros del cementerio que se abre en la cima del acantilado. Al rebasar la entrada y el pequeño bosque a modo de atrio que la sucede, nos abruma la pulcritud y la rectilínea ubicación de las cruces. En los laterales hay algunos sauces que mitigan levemente el impacto visual.

Caminamos un rato entre las sepulturas leyendo sus nombres y confrontamos la edad de la mayoría, apenas superaban la veintena, con la nuestra, y nos sentimos avejentados por haber superado los dos el ecuador de la década. Frente a una cruz blanca, indistinguible de las otras, una decena de personas está arrodillada orando en silencio. El mayor de todos ellos, sentado en una silla de ruedas, viste una gorra militar y es el único que no mueve los labios ni mantiene las manos entrelazadas junto al pecho. Tiene la mirada fija en la cruz y la mano izquierda posada sobre ésta. Han pasado

demasiadas primaveras desde el desembarco y probablemente sea la última vez que visite este lugar. La escena se repite en otras tumbas. Duna está a mi lado contemplando al hombre de la silla de ruedas, que pestañea repetidamente y sacude de forma apenas perceptible su rostro plegado en acordeón. La estrecho con el brazo y la atraigo hacia mí. Tocando nuestros pies, germina entre el manto verde una flor silvestre amarilla. El brote solitario es una metáfora hermosa y trato de fotografiarlo. Mientras encuadro, Duna se vuelve con los ojos enrojecidos y otea a su alrededor sin saber dónde descansar la mirada.

Vámonos de aquí, esto es deprimente.

Llevamos unos días rodando por la Baja Normandía, al oeste de la desembocadura del Sena. Hasta ahora no hemos dormido ningún día en un camping sino que hemos vivaqueado en la arena o sobre la hierba húmeda de los acantilados. Aunque la acampada libre no está permitida, sí está tolerada si a la mañana siguiente uno desmonta y prosigue su camino. Ayer, tras visitar el cementerio americano, nos unimos a un grupo de autocaravanas y a un par de tiendas instaladas en un pequeño plano cercano a la playa. Durante la cena, compartimos alguna cerveza con los más próximos y hablamos con una pareja italiana que regresaba de recorrer la Alta Normandía y la costa belga en motocicleta. Estaban entusiasmados con el paisaje y no habían tenido problemas por hacer vivac. Se retiraron pronto y al levantarnos ya habían partido. Aun así, estábamos decididos y tras desayunar hemos emprendido rumbo al este.

Poco antes del mediodía atravesamos la desembocadura del Sena en los alrededores de Le Havre. Nos detenemos en las afueras en un área de descanso y Duna compra un puñado de manzanas a un agricultor de la zona, que dormita tras unas cajas de fruta en la incorporación a la vía. Estiramos las piernas siguiendo el curso de una acequia y, después de almorzar, bordeamos la costa unos kilómetros más hacia el levante. Durante la comida hemos dudado acerca de dónde acampar y al final hemos optado por hacerlo en un camping próximo a los acantilados de Étretat, por la comodidad de asearnos y hacer la colada en el mismo lugar. En realidad, ducharnos en la playa o en las estaciones de servicio que disponen de aseos completos para gente en ruta no nos supone ningún problema y nos permite una mayor movilidad; de hecho, no echamos en falta ninguna comodidad que no pueda ofrecernos una tienda de campaña y no necesitamos nada que no podamos cargar en las

alforjas de la moto, pero hoy sí nos apetece disfrutar de agua caliente ilimitada y de un breve período de intimidad.

Tras tomar dos desvíos equivocados llegamos por fin al camping. El recinto está compuesto básicamente de bungalós y caravanas y las tiendas quedan reservadas a una parcela verde rodeada de hayas nudosas. Apenas tenemos compañía a nuestro alrededor y el puñado de tiendas que hay bajo las hayas están alejadas unas de otras. Después de acampar nos dirigimos al baño y pierdo la noción del tiempo: podrían haber transcurrido diez minutos o diez días mientras el agua borboteaba a mis pies. De regreso, descubro en el latón de una autocaravana la sonrisa bobalicona que dibujo, pero soy incapaz de borrarla. A su lado, un círculo de gnomos de jardín protege una piscina inflable con un puñado de insectos flotando en la superficie.

Dentro de la tienda, Duna acomoda su saco en ropa interior con el pelo aún húmedo sobre los hombros. Al verme entrar sonriente, liberado de la tensión de los últimos días y vestido únicamente con una toalla, decide aflojarla y contemplar cómo se desliza bajo mi vientre. Después, los dos resolvemos que éste es un buen día para malgastar en la tienda y no vestirnos hasta la mañana siguiente.

Serpenteamos la costa y el canal de la Mancha con un velo de niebla espesa sobre los ojos. Es un día desapacible, son carreteras secundarias y apenas encontramos tráfico.

Me gusta el clima húmedo y violento del Atlántico y rodar por sus calzadas interminables jaspeadas con abetos a ambos lados. Duna opina que es un paisaje monótono y sin identidad; yo tengo la sensación de conducir por el interior de un agujero de gusano capaz de desembocar, tras superar un repecho, en cualquier punto del hemisferio norte.

Buscamos un lugar apartado donde detenernos y apago el motor frente a un acantilado. No hay otro sonido que el rumor de las olas contra la piedra caliza. Cojo la cámara y mi chaqueta de cuero negro de las alforjas; Duna, su neceser, y se cepilla el pelo enmarañado tras quitarse el casco. Me aproximo al precipicio y me detengo a fotografiar las brumas y los destellos púrpura que despiden las olas al romper. Hurgo en el interior de la chaqueta buscando algo con que limpiar el objetivo empañado y rescato el papel olvidado de Tyra donde anotó su dirección y su correo electrónico. Lo observo con disimulo. Su caligrafía es clara y redonda, y sonrío al recordar el reportaje de boda con Álvaro, las faldas del patriarca, el pozo de petróleo que iba a poner a mi nombre, la hermana rolliza medio beoda y nuestras conversaciones sobre fotografía y la fauna de las Orcadas. También recuerdo el patio interior del hotel de El Eixample, sus besos y la vida paralela que imaginé junto a ella. Al hacerlo me giro buscando a Duna, como si temiera que pudiera acceder a mi mente. Ella me sonrío y resopla mientras trata de deshacer los nudos del cabello. Sí, sería una vida interesante, me digo: Tyra, Escocia, el mar... Doy un paso hacia el acantilado, miro por última vez el trazo curvo de su letra, hago una bola minúscula con el papel y la lanzo a las olas.

El desfiladero está ligeramente oculto de la carretera por un pequeño bosque de tilos. La pista es de tierra y no tiene apenas tráfico, sólo un par de coches han circulado por ella a lo largo del día y desde que acampamos ayer no hemos visto a nadie por los alrededores. La vía principal está en el interior, a poco más de un kilómetro, evitando el trazado en abanico de los acantilados. El cielo es de color calabaza y queda una hora escasa de luz. Duna está sentada junto a la tienda, autorretratándose frente a un espejo de mano.

Me alejo en dirección a los árboles y fotografío al paso pequeños detalles: hojas secas, raíces nervudas o ramas vencidas. Pese a la proximidad de la costa, el bosque es espeso y umbrío. Uno de los tilos es más imponente que el resto y parece dibujar un pequeño perímetro de distancia a su alrededor. La corteza es áspera y grasa y trazo nuestras iniciales con la navaja suiza como si fuera un adolescente, aunque no recuerdo haberlo hecho nunca antes. La fecha de hoy la desconozco, es algún día de finales de julio, y fotografío las muescas con un ligero contrapicado. Detrás del gran tilo, la arboleda se torna diversa y oigo el canto de algunos pájaros, que no acierto a adivinar cuáles son. Atisbo un roedor, tal vez una ardilla, brincando sobre las hojas, que desaparece al fusionarse el color de su piel con el de los árboles. Al fondo se abre un pequeño sendero que parece anunciar el fin del bosque.

Un sonoro trueno detiene mi exploración y antes de que desaparezca su eco empiezan a caer las primeras gotas. Treinta segundos después, la lluvia es cerrada y arrastra en su caída algunas hojas y pequeños frutos secos. Cubro la cámara bajo la camiseta y no tardo más de cinco minutos en llegar al claro donde hemos acampado. Encuentro a Duna tratando de poner la tela impermeable sobre la tienda calada. Está descalza, tiene la ropa adherida al cuerpo y la planta de los pies embarrada. Me observa con impotencia

mientras termina de clavar la tela y guardo la cámara en su bolsa antes de ir a ayudarla.

La lluvia arrecia y ambos nos refugiamos bajo el primero de los tilos durante la siguiente media hora hasta que amaina. Aun así, el cielo continúa encapotado y achicamos el agua del interior de la tienda en una creciente oscuridad. Decidimos recogerlo todo, cargar las alforjas y buscar algún lugar a cubierto donde cambiarnos y pasar la noche. Mientras doblo los sacos en el interior de la tienda, oigo la voz entrecortada de Duna pronunciando mi nombre. Al asomarme entiendo su timbre vacilante aunque no logro explicarlo. De entre los tilos, como escapado de un tiempo ancestral, surge un hombre portando una tea humeante junto al rostro.



Mi primera impresión fue que una falla atávica se había abierto bajo los árboles. Duna retrocedió hacia mí y cogió mi mano al salir de la tienda. La llama iluminaba una figura canosa con el pelo enmarañado y una barba gris piedra. El individuo se fue acercando despacio hacia nosotros y, a medida que abandonaba la zona de penumbra y se adentraba en las débiles luces del ocaso, pudimos vislumbrar el resto de su cuerpo: vestía botas de goma hasta las rodillas, pantalón impermeable, camisa de pana y un viejo chaleco de cuadros repleto de bolsillos. Si en verdad provenía de algún tiempo remoto habría que cuestionar la historia de la moda.

El hombre se presentó enseguida como Pierre y bretón, tenía un acento endiablado y a veces su francés era tan malo como el nuestro. Nos había visto a media tarde mientras yo fotografiaba y Duna dibujaba en el exterior de la tienda, aunque ninguno de los dos nos habíamos percatado de su presencia. Volvía de pescar, decía que la tormenta era evidente para cualquiera que supiera leer el cielo, pero reconocía que había sido más violenta de lo que él esperaba y había dado por hecho que nos habría sorprendido. Tenía una cabaña a un kilómetro escaso de allí, una vez pasado el bosque de tilos, donde guardaba los aparejos de pesca. El dramatismo de la puesta en escena con la tea en la mano había sido puro pragmatismo, para abrirse paso a través de los árboles, aunque dejaba escapar una risita maliciosa mientras lo explicaba. Una vez desmitificada, su figura dejó de ser un eslabón perdido para convertirse en un jovial lugareño que se divertía con dos turistas y nos invitaba a cambiarnos y poner en orden nuestras cosas en su cabaña. Desmontamos y lo seguimos al paso por la pista embarrada sin arrancar la motocicleta y sin que Pierre dejara de hablar ni de volverse continuamente hacia nosotros. En poco más de media hora, nos guio hasta su cobertizo

charlando de forma incansable sobre el clima y la orografía de la zona.

La cabaña era un armazón de ladrillo de unos veinte metros cuadrados asentada en una pequeña explanada próxima a los acantilados. Cerca de la suya había otras estructuras similares, algunas con un pequeño pedazo de tierra de cultivo acotado. Todo aquello estaba construido en tierra de nadie y a nadie le importaba, decía Pierre. Perteneían sobre todo a jubilados y pescadores de la zona que acudían los fines de semana a lanzar las cañas. En la única que parecía ocupada, a un centenar de metros, se distinguía un todoterreno aparcado y un hombre junto a la puerta del cobertizo observando nuestra llegada. Al reconocer al bretón, le hizo un gesto con la cabeza y volvió a su interior. Poco después, Pierre encendió un pequeño fuego junto a la puerta con pinaza y ramas secas, y nos invitó a extender la ropa y montar la tienda junto a las brasas para pasar la noche. No hizo falta pensar en su ofrecimiento, Pierre era lo suficientemente convincente y entusiasta en su conversación y en sus maneras para, al mismo tiempo, ayudarme a montar la tienda y explicar a Duna cómo fabricar una antorcha con un trozo de tela, alambre y un poco de aceite. El combustible que había utilizado en nuestro rescate procedía de una pequeña embarcación que tenía amarrada junto a la playa, pero aseguraba que el de la moto podía funcionar igual. Sobre el fuego doró tres lubinas. El hombre de la cabaña vecina se acercó y nos obsequió con unas patatas que Pierre envolvió con papel de aluminio para asarlas. Duna estaba recostada sobre un tocón alimentando el fuego con virutas de madera. El hombre se aproximó al fuego, se bebió una cerveza de un solo trago y se despidió: quería dormir unas pocas horas para levantarse a pescar antes del amanecer. Pierre le deseó suerte y continuó dorando las lubinas sin parar de hablar. En algún momento su perorata se confundió con las llamas y perdí totalmente el hilo; cuando lo recuperé, Duna dormía y Pierre narraba algún tipo de anécdota relacionada con los bancos de pesca del mar del Norte, una ballena boreal y un barco portugués a la deriva. Al contemplarlo, barbado, junto al fuego, hablando de bestias marinas, volví a sentir la misma sensación atávica de observar a un nómada huyendo de las glaciaciones.

Seis horas después, amanece. El disco solar no supera aún la línea del horizonte y Pierre nos invita a acompañarlo en su pequeña motora. En la

orilla hay al menos cuatro embarcaciones cubiertas con una lona y otras tantas en el agua. El mar es plano y los rizos al morir levantan unos menudos copos blancos. Hoy navegamos por diversión, dice, al tiempo que señala el perfil de los acantilados desde el agua. Charlamos un rato, tratando de hacernos entender tanto como podemos y, al mencionarle que venimos del delta del Ebro, pero que no somos de allí sino de Barcelona, calla y aminora la marcha hasta detener la motora a un par de millas de la costa. El bretón vuelve la cabeza sin articular palabra y contempla el surco del agua a nuestro paso. Duna y yo seguimos confusos la línea de su mirada hasta que desaparece el rastro de espuma. Pierre se mesa la barba de color piedra y sacude la cabeza como si estuviera asintiendo a una voz interior. Esa ciudad es una astilla clavada en mi memoria, dice. Apoya los codos sobre los muslos uniendo las manos bajo la barbilla y aguardamos en silencio sin tomar demasiado en serio su afición por el melodrama. El envite de las olas zarandea levemente el bote y Duna traza con el dedo una espiral en el agua. Al fin, después de ordenar la historia en su cabeza, rompe a hablar:

El mar es un animal hermoso que acaba por devorarte.

Dos décadas atrás, Pierre estaba enrolado en un barco noruego, faenando en el Gran Sol, cuando recibió la llamada de auxilio de un pesquero. Su embarcación era la más próxima e inmediatamente viraron hacia allí y llegaron al punto ubicado en el radar dos horas más tarde. Al arribar no quedaba nada que rescatar: apenas cuatro tablas de cubierta y algunas cajas de pescado. En un radio cercano flotaban como pecios cuatro cuerpos a la deriva. No sabe con certeza cuántos hombres perecieron en el naufragio, días más tarde se comentó que fueron una decena. El único que permanecía con vida era un marinero asido a lo que parecía un pedazo de escalera. Aún hoy no sabe qué pudo causar la desgracia, ni por qué los hombres no habían utilizado botes, flotadores ni ningún otro elemento de socorro. El náufrago tenía dificultades para articular las palabras y el hilo de voz sólo le alcanzó para pedirle entre temblores que le despidiera de su mujer y sus tres hijos pequeños en Barcelona. Eso cree que dijo, aunque no está seguro de si fue ruego o puro delirio. Dice que nunca olvidará la expresión de desesperanza en su cara y la forma en que trataba sin fuerzas de aferrarse a la vida. Media hora después, el náufrago moría en sus brazos mientras lo sostenía envuelto

en mantas. Al decirlo, extiende las palmas hacia arriba y las contempla durante unos segundos antes de santiguarse. Cumplió su palabra y visitó a la viuda en Barcelona. Después quiso abandonar el mar y regresó a Bretaña para labrar la tierra de sus padres. Un año después volvía a enrolarse en otro barco. Nunca más ha vuelto a Barcelona y no cree que lo haga.

Ésa es la historia, concluye, y enciende de nuevo la motora sin darnos la oportunidad de preguntarle nada.

Fondeamos en una pequeña cala blanca entre las rocas. Pierre tira un par de cañas y las clava en la arena alejadas unos treinta metros entre sí. Duna queda al cuidado de una y yo me alejo con la motora un cuarto de milla para fotografiar la costa desde el agua. Al poco, la caña de Duna comienza a agitarse con violencia y Pierre corre hacia ella dando pequeños saltitos para ayudarla a capturar la presa. No logro distinguir qué tipo de pescado es y, mientras observan cómo boquea, aún atrapado en el arpón y balanceándose de lado a lado en el hilo, la caña de Pierre empieza a zarandearse y éste vuelve a emprender la misma carrera cómica en sentido opuesto. Duna se queda observando su captura sin saber qué hacer y acaba por devolverla al agua. Ahora es Pierre quien le pide ayuda y Duna quien corre hacia él: un pulpo de color morado tira del sedal en una pelea no tan desigual como cabría esperar. El animal consigue también liberarse antes de que ella llegue y se sumerge raudo en el mar entre maldiciones bretonas.

Al atardecer, volvemos a la cabaña y esta vez es el hombre del todoterreno quien nos invita a los tres a acompañarle. Está preparando una parrilla para asar pescado y nos muestra con orgullo sus capturas. Su botín ha sido claramente superior al nuestro. Pierre lo observa de reojo, nos señala a nosotros como excusa y entra en su cobertizo dando un portazo. El hombre del todoterreno sonríe satisfecho. Se presenta: es flamenco, regentaba una zapatería en Ostende, que ahora atienden sus hijos, y pasa en estas tierras de nadie tanto tiempo como puede. Tras el cobertizo tiene un pequeño generador de gasoil que alimenta una nevera repleta de cervezas belgas. Me pide que le ayude con la parrilla mientras él abre una mesa plegable y nos agasaja con diferentes tipos de cerveza. La mía es tostada y de una graduación considerable. El flamenco vuelve al interior y aparece al rato con una bandeja de quesos. Mientras observo cómo se doran los peces en la

rejilla me pregunta adónde nos dirigimos. No respondo y busco a Duna con la mirada, que está aprendiendo a hacer nudos con dos cabos de cuerda. Sostiene un extremo en cada mano y trata de recordar, moviéndolas en el aire, los pasos de cada lazada antes de realizarla. Pierre está a su izquierda observándola en silencio como un consejero áulico esperando a ser llamado. Ostende sería un buen sitio, le contesto al flamenco, que mantenía la pregunta en suspenso, y sonrío complacido apurando su cerveza. Una diminuta llama azulada se abre paso entre la rejilla y muere sin fuerzas al superarla. Al fin, Duna junta ambos cabos y traza el nudo con sumo cuidado, como si un movimiento en falso tuviera consecuencias irremediabiles. Pierre asiente satisfecho y Duna deshace la lazada antes de arrojarla a las llamas.

Nos despedimos al anochecer, poco después de cenar. Pierre y el flamenco, fui incapaz de memorizar su nombre, querían salir a pescar al alba, antes de que zarparan el resto de las motoras. Duna y yo nos quedamos unas horas más junto al fuego vaciando la nevera de cervezas belgas. Apenas habíamos hablado los dos últimos días y, aunque anoche tampoco lo hicimos demasiado, pasamos un rato agradable bebiendo y contemplando las llamas. No teníamos ningún rumbo trazado y le propuse ir a Ostende, tal como le había dicho al flamenco. En ese momento no tenía muy clara su ubicación en el mapa y sólo al desplegarlo esta mañana he tomado conciencia de lo cerca que estábamos, apenas a una hora de trayecto. Sin embargo, a ambos nos apetecía rodar y hemos decidido tomar carreteras secundarias para demorarnos en llegar a nuestro destino.

Poco después de mediodía acampamos a las afueras de la ciudad, en un camping repleto de bungalós con un hermoso y sombreado paseo central. Frente a nuestra tienda hay una caravana y en el exterior una muchacha oriental se contorsiona de forma inverosímil haciendo estiramientos. Junto a ella, un hombre maduro, también de rasgos orientales, sentado en una silla plegable, se afana en reparar un pequeño transistor. Los saludamos antes de partir hacia el núcleo urbano y la muchacha nos devuelve el cumplido con una sonrisa y una leve reverencia.

Aparcamos junto al mar. Ostende es una ciudad vacacional y nos sorprende su interminable paseo marítimo. El día soleado y la marea baja convierten la arena en un enorme espejo donde los bañistas se reflejan y los colores se mezclan como en el cuadro abstracto de un pintor enloquecido. Duna y yo caminamos por la orilla y la fotografío entre risas intentando arquearse del mismo modo que la muchacha oriental de la caravana. El mar

está repleto de bañistas, aunque pocos se aventuran demasiado lejos, y hay un buen número de ellos volando cometas. Duna se desviste, los desafía a todos y se adentra en el agua braceando hacia las boyas hasta convertirse en el punto vivo más lejano.

La tarde es desapacible, velada, sin formas definidas, como los cuadros románticos ingleses, y el mar asedia el rompeolas con volutas de espuma blanca que quedan fijadas en la piedra. El paseo está repleto de curiosos contemplando la embestida y la zarabanda de las barcazas en el muelle. Me abro paso entre ellos y tomo algunas fotografías de una botavara enloquecida. Duna se ha quedado en el exterior de la tienda trabajando en algunos bocetos antiguos. Cuando me marché, la asiática continuaba estirándose de forma concienzuda aunque no había rastro del hombre del transistor que ayer la acompañaba.

Me siento en un banco junto a una gaviota y reviso las últimas fotos. Enfrente, un niño trepa por una extraña escultura conceptual. El encuadre sería bueno si me acercara unos metros, pero una fuerza centrípeta me retiene y decido contemplar el horizonte con mi alado compañero. Una hora más tarde consigo vencer la gravedad y emprendo el camino de vuelta. Tardo unos cuarenta minutos, a buen paso, en regresar al camping. Al llegar, ha oscurecido y el paseo sombreado se ilumina a ambos lados con las luces eléctricas de los campistas.

Duna está frente a nuestra tienda sentada a la mesa de plástico de la contorsionista. Ambas charlan animadamente en inglés. Al verme aparecer, la oriental hace un gesto interrogante hacia ella y se responde a sí misma invitándome a acompañarlas. La contorsionista pronuncia su nombre inclinando el rostro, pero soy incapaz de entenderlo. Duna lo repite y la oriental la corrige entre risas acentuando las sílabas. A pesar de sus esfuerzos, el nombre continúa siendo ininteligible y Duna aclara que utiliza uno occidental.

Su, de Susan, dice.



Ambas ríen y me doy cuenta de que están más bebidas de lo que pensaba. Duna tiene el cuaderno a sus pies, lo recoge y me muestra unos bocetos de Su estirándose. Ésta se pone en pie, como si hubiera recordado algo inaplazable, y se tambalea levemente al subir los escalones de la caravana. Le pregunto a Duna por el hombre que ayer la acompañaba.

Vuelve mañana, es su tío, aunque no es realmente su tío, dice, y aguarda expectante a que Su salga de la caravana.

Al salir, la oriental me muestra una hoja arrancada del cuaderno con un dibujo mucho más acabado de ella misma. A continuación, da una zancada y pasa una pierna por encima de su cabeza imitando la postura del papel. Observo el original y su retrato: Su mide poco más de metro cincuenta, tiene una figura bien proporcionada y se dobla como una muñeca de goma. Duna me aclara que trabaja en un circo. Es funámbula, dice, y lo repite en inglés. Su asiente sonriendo y hace una nueva cabriola. Duna habla a trompicones, ríe con cada acrobacia y deja las frases inacabadas. Creo entender que está lesionada, que su circo gira por Flandes y que la carpa está ahora en Amberes. La pequeña oriental prosigue con su demostración mientras Duna continúa narrándome de forma atropellada su historia: se lesionó en Ostende hace un par de meses, tuvieron que ingresarla unos días en el hospital y se quedó aquí recuperándose con su tío. Mi cabeza va de un lugar a otro tratando de prestar atención a ambas. Su no debe de tener más de dieciocho años, viste mallas y una camiseta ceñida de tirantes que dibuja unos pechos pequeños y firmes.

Está a punto de volver al circo, dice Duna interrumpiendo mi examen. Es su última noche, su tío ha ido a buscar un coche para remolcar la caravana.

La acróbata concluye su demostración y Duna nos sirve una copa a los tres. Su parece algo aturdida, coge el vaso, vuelca la mitad del contenido y ambas rompen a reír. Me incomoda ser el único sobrio de la mesa y me excuso para ir al lavabo. Al levantarme, Duna prende mi mano y me pide que compre un par de pizzas para cenar y algo de bebida en la cantina; con la otra toma la de Su y le traduce la lista de la compra. La oriental asiente y Duna libera mi mano para que pueda marcharme.

Al regresar con el pedido, ambas continúan riendo algo más calmadas y arrebuajadas en sus sillas. Trato de entablar conversación, pero ahora ya no es

sólo el chino, también el inglés de Su resulta ininteligible. La zona de acampada que ocupamos se torna cada vez más lóbrega y durante la cena bajamos el tono de voz hasta acabar enmudeciendo. Al poco, espoleo a Duna con la mirada para retirarnos. Su nos mira confundida abriendo la última lata de cerveza sin comprender que la velada ha terminado. Duna vacila un instante y Su la abraza sosteniendo la bebida en el aire. Los tres nos miramos sin saber cómo continuar la acción. Tras unos segundos, Duna le acaricia la nuca y recorre dulcemente con las yemas el tendón del cuello, deja la lata sobre la mesa y ambas suben la escalera de la caravana. Antes de entrar, me indica con la mirada una pequeña ventana lateral cubierta desde el interior por un paño. Bebo la cerveza, espero unos diez minutos a que la noche me cubra por completo y rodeo la caravana. En el lado opuesto hay una tela de malla que separa la parcela de Su de la contigua. Miro con disimulo por encima de ésta: hay un remolque sin ningún vehículo que lo acompañe. Me encaramo sobre una de las sillas y alcanzo la ventana contraria de la caravana que sí está destapada. En el interior parpadea una tenue luz cenital de emergencia. Acostumbro los ojos a la oscuridad y logro distinguir una pequeña encimera y una mesa plegable junto a la puerta de entrada. A su lado, bajo la ventana cubierta por el paño, hay una litera: en la parte superior advierto al menos dos bolsas de viaje y lo que parecen toallas o sábanas dobladas; la parte inferior es más opaca, pero el torso de Duna es inconfundible, está recostada sobre su hombro izquierdo en ropa interior. Su permanece tumbada junto a ella completamente desnuda. Tiene la cabeza echada hacia atrás y el rostro ladeado hacia Duna. Los brazos y las piernas están tensionados e incluso en la oscuridad se aprecia el detalle de los músculos.

En el exterior apenas hay ruido, salvo el zumbido eléctrico de algún generador y un leve, casi imperceptible, balanceo de la caravana. Un repentino soplo de viento agita las ramas y miro en derredor como si la brisa pudiera desvanecer el manto oscuro de la noche.

Vuelvo la vista hacia el interior: Su acaricia sus pequeños pechos con la mano izquierda y pone la derecha sobre la de Duna, que escapa a mi campo de visión oculta entre las piernas de la oriental. Sobre ellas, la luz cenital parpadea y un insecto baila en círculos. La corriente de aire se acentúa y

percibo cómo restos de pinaza y arena corren por debajo la caravana. Su hunde el rostro en las sábanas y se encoge doblando las rodillas. Duna cae hacia atrás descansando el hombro y alza la vista buscándome entre las sombras, antes de que el vaho vele por completo la ventana.

¿Qué es real y qué es ficción? ¿Cuántas veces hemos dudado de si estamos o no despiertos, de si las decisiones que vamos a tomar a continuación tendrán un efecto concreto en nuestro mundo o si se desvanecerán al separar los párpados? Duna cree que mirando a través de la cámara perdemos la perspectiva humana y adoptamos una actitud moral superior a la del elemento retratado. Ni siquiera juzgamos; sino que su componente mecánico nos convierte en autómatas, sin posibilidad de dudar o discernir; el resultado puede ser estético pero no siempre es ético. Para ella, el dibujo o la escultura sí tratan de tú a tú al modelo, lo recrean o lo interpretan, pero su mundo sigue siendo el nuestro. La cámara, en cambio, crea universos paralelos, por eso no nos reconocemos en las fotos, porque no somos nosotros quienes las habitamos, sino nuestros dobles. Recuerdo que en la universidad sostenía con gravedad que las clases de fotografía deberían darse en la facultad de Ciencias, junto con las de física o mecánica cuántica, no en la de Humanidades.

Poco después de empezar a salir juntos, Duna me confesó que había tenido relaciones con otras chicas. Nada serio, decía, sólo quería experimentar. Desde entonces, salvo quizá el año en blanco que se marchó a Berlín y nos separamos, nunca había vuelto a interesarse por el sexo femenino, decía que era una época pasada. En la universidad sí fantaseamos en alguna ocasión con realizar un intercambio de parejas o con hacer un trío, aunque Duna no tenía demasiado interés en lo primero y argumentaba en lo segundo que no me quería compartir, más como una forma de zanjar el debate que de halagarme. Con el tiempo y sobre todo tras regresar de la capital alemana, dejó de atraernos cualquiera de las dos opciones y sólo queríamos estar el uno con el otro; sin embargo, sí admitía que la excitaría

que la contemplara mientras estaba con otra persona.

Al volver de la caravana, casi al alba, Duna me relató, mientras se arropaba en el interior del saco, que nada de lo que había ocurrido con Su estaba planeado, pero que sí fue notando a lo largo de la noche cómo ésta se le insinuaba de una forma tan inocente e ingenua que, con la ayuda del alcohol, se dejó llevar sin darle demasiada importancia. No fue hasta que se vio a sí misma subiendo la escalera cuando comprendió qué iba a suceder a continuación. Mientras hablaba, yo fingía estar adormilado. La experiencia no había resultado tan sugerente como imaginaba: me había sentido incómodo durante toda la noche y no pude reprimir cierto pudor cuando la acción se trasladó al interior de la caravana. Aun con su aprobación, me sentí excluido y hubiera preferido mil veces retratar la escena o contemplarla a través del visor. Después, una vez se estiró a mi lado, apenas dijo nada y con un gruñido di por concluida la conversación. Más tarde, sólo la caída esporádica de pinaza lamiendo la lona rompió el silencio.

A mediodía, la explosión lejana de un motor de combustión nos desvela. El alcohol del día anterior nos ha dejado exhaustos y, tras despertar, contemplamos durante unos minutos la cremallera sin atrevernos a salir. En el exterior, frente a nuestra tienda, se abre el claro de la parcela de Su, pero ni ella ni la caravana están ya en el camping. Nos miramos sin decir nada: ambos tenemos el aspecto de dos dipsomaníacos tras asaltar una licorería. Golpeo la lona y la pinaza vuela hasta la entrada de la tienda. Enseguida unas pocas hormigas se interesan por el pequeño monolito. Cogemos nuestras bolsas de aseo y nos dirigimos en silencio hacia las duchas.

Llevamos un mes vagando por Francia y Bélgica, quizá un poco más, no sabemos con certeza en qué fecha dejamos el Delta y somos incapaces de sumar los días que pasamos en París al del resto de los lugares donde hemos acampado. Todos forman una línea homogénea y es difícil separar momentos concretos para hacer un recuento. Al tratar de buscar puntos de referencia hemos omitido, como si nunca hubieran ocurrido, el pase del film de Murnau en la Cinémathèque, que provocó el ataque de ansiedad de Duna, y el intento de robo de la moto en Saint-Denis. No quedan ya señales visibles de aquello, hace días que decidí quitarme el vendaje del meñique y estamos seguros de que aquel tipo no sería capaz de dar una descripción concreta sobre ninguno de los dos. Tampoco tenemos claro cuánto hemos gastado, sacamos despreocupadamente cantidades pequeñas de los cajeros y solemos pagar con tarjeta. Esta mañana, al solicitar un extracto bancario en Ostende, hemos descubierto que han sido poco más de mil euros, menos de lo que pensábamos. A este ritmo podríamos continuar cinco meses más hasta agotar el dinero conseguido con la venta del material fotográfico. Duna apuesta por seguir adelante.

¿Cuánto?

No sé, una semana, un mes, hasta que empiece el frío.

No hemos fijado ningún rumbo, pero hemos decidido empaquetarlo todo y dejar el camping. Antes de hacerlo, fotografíó a Duna pateando una piña seca en el espacio vacío donde estuvo la caravana de Su.

Partimos después de almorzar y rodamos plácidamente bordeando la costa flamenca. En poco más de una hora, un cartel plateado con un lazo naranja en una de sus puntas se enrosca al viento para darnos la bienvenida a Holanda y a la llana y semihundida costa de Zelanda. Nuestra intención

inicial era hacer vivac, pero nos detenemos en un camping frente a una playa de arena blanca y pólderes. No tenemos ningún otro plan para el día de hoy y tras montar la tienda nos acercamos a la orilla y caminamos hacia un pequeño faro semienterrado por las dunas. Una vez allí, damos media vuelta y recorremos la costa en sentido contrario observando a los bañistas retirarse con la marea. Con las primeras luces del crepúsculo demoramos el paso y tomo algunas fotografías de un cañedo bamboleante y de la línea trémula del horizonte mientras Duna examina un conjunto de medusas muertas en la arena. Nos descalzamos, nos acomodamos fatigados a unos metros de ellas y aguardamos, junto a los cormoranes que deambulan por la orilla, el caer del día.

Durante la mañana hemos compartido la playa contigua al camping con un enjambre de familias y niños y, al atardecer, con la lección aprendida, optamos por alejarnos del bullicio caminando de nuevo hacia el pequeño faro semihundido. El litoral de arenas blancas nos recuerda vagamente al Delta, pero no hay que alejarse demasiado para encontrar pequeñas urbanizaciones. No es tanto un paraje natural como una zona de veraneo escasamente edificada. De entre las viviendas nacen numerosos senderos delimitados por estacas de madera que desembocan en la playa. A menudo transitan por su interior pequeños grupos a caballo y senderistas sofocados que se remojan en el agua antes de continuar su peregrinaje.

Duna está sentada en la arena retratándose con su espejo de mano. Bosqueja con trazos finos y apunta con un óvalo el rostro para trabajar con detalle las suaves ondas del cabello. Un jinete cruza al galope la orilla esparciendo espuma a su paso. Trato de fotografiarlo, pero el plano pierde belleza antes de que pueda encuadrarlo. Desisto y me alejo errático en sentido opuesto hacia un sendero rodeado por postes irregulares. Sobre uno de ellos se posa un ostrero, que tampoco logro capturar antes de que alce el vuelo. Más adelante, un zarapito real escarba entre la arena buscando algún insecto. Éste sí permanece impassible ante la cámara, pero no hay nada en él que motive una fotografía. Vuelvo a la playa contando mentalmente el número de estacas y me tumbo junto a Duna que continúa trabajando en su autorretrato.



Cogemos la moto y nos dirigimos hacia el interior por una estrecha carretera asfaltada cubierta de arenilla. Seguimos el curso de un pequeño río convertido en canal de riego, junto a casas floreadas, cercas donde campan los caballos y campos de cultivo de hortalizas. En el porche de una vivienda, dos niñas venden por diversión flores silvestres y zumo de naranja natural. Por sus gestos de excitación parece que llevan horas sin recibir a ningún cliente. Tomamos un par de vasos a precio de gran reserva y le regalan a Duna un pequeño ramo que anudamos con el cordón de mi bota sobre la matrícula. No deben de tener más de seis o siete años y, al marcharnos, nos despiden con toda suerte de aspavientos como si fuéramos colonos rumbo a Nueva Inglaterra. Rodamos un buen rato antes de dejar atrás las landas y nos adentramos en un terreno agreste salpicado de arbustos. Poco después, nos detenemos a almorzar junto a un espeso hayedo a una decena de metros de la carretera. Duna observa el pequeño ramo regalado por las niñas: entre las flores silvestres hay junquillos y fresias, y guarda los pétalos de una de ellas en su cuaderno.

¿Por qué no vamos a Berlín?, dispara mientras acarreo hacia la sombra dos sándwiches envasados, una bolsa de patatas y cerveza enlatada holandesa.

Extiende un pequeño mantel sobre la hierba y coloca unas piedras redondas, que guarda con la tela, en cada uno de los extremos para asentarla. No respondo y bebo un largo trago de cerveza. Ella desprecinta la comida y la dispone sobre el mantel alisando con la mano algunos pliegues.

Olvida a Hans, quiero ver la ciudad contigo, dice levantando la mirada como si quisiera reforzar sus palabras con el gesto. Su tono es dulce y esboza una sonrisa tratando de disipar mis temores.

No es él quien me importa, respondo zanjando el debate.

Almorzamos en silencio durante la siguiente media hora, roto únicamente por el silbido de una pareja de ciclistas pedaleando contra el viento. Duna recoge los restos de comida en una bolsa de plástico, toma el ramo y se acomoda en una zona mullida a los pies de un haya.

Ven, me pide antes de que envuelva de nuevo las piedras en el mantel.

El clima es suave e invita a descansar sobre la hierba caldeada. Aparto el brote de una rama y me extiendo junto a ella con las manos detrás de la cabeza. Duna desabrocha mi camisa y murmura algo entre dientes. Levanto el rostro pero no logro entenderla. Me hace una mueca, coloca con suavidad la mejilla sobre mi pecho y afloja la hebilla del cinturón. Trato de incorporarme pero me indica con la mirada que permanezca inmóvil y mantenga las manos tras la cabeza. Suspiro obediente. Duna desliza una mano entre mis piernas y me acaricia el interior de los muslos, antes de bajarme por completo el pantalón. Sobre nosotros, algunas ramas se balancean y un fruto rojo cae a nuestros pies. Se incorpora, mira en derredor y humedece un par de dedos entre mis labios. Me sonrío, se quita también el suyo y lo lanza junto al ramo, que se desgaja como un diente de león volando en todas direcciones.

Contemplo a Duna trabajar en su autorretrato, los trazos son débiles, apagados, apenas hay claroscuros en sus rasgos. Ya no utiliza el espejo de mano, define de memoria los hombros desnudos, ligeramente caídos, y difumina la carótida con las yemas hasta hacerla imperceptible. Sus dedos están manchados y las palmas de sus manos moteadas como una vaca suiza. Me gusta verlas así, que me agarre de improviso y las refriegue en mi cara o en mis brazos y trate de retenerme con la punta de los dedos mientras ríe y me pinta las mejillas como si fuera un indio de las llanuras; pero ya no lo hace, ahora vierte un poco de agua sobre las manos y las frota hasta que desaparece cualquier miga de carbón y se vuelven tan blancas y asépticas como al principio.

¿Por qué no?, me digo, podría ser una manera de cerrar el círculo y de atraerla otra vez hacia mí. No quiero recuperar el pasado, quiero cicatrizar sus heridas y construir mi futuro junto a ella. Berlín es sólo una ciudad, un espacio, el contenido lo construimos habitando en ella. Demoleremos las ruinas para edificar algo nuevo. Sí, eso me digo, y lo anoto en un papel para releerlo y comprobar si suena convincente.

El viaje hasta Berlín necesita algo más de ocho horas y decidimos hacerlo en dos etapas. He consultado el mapa poco antes de partir y la ruta es sencilla y está bien indicada; no he hecho muescas en el papel y las pocas notas las he tomado de memoria: entrar de nuevo a Bélgica, enlazar con una autopista que desde el interior nos lleve hasta Amberes y desde allí traspasar fronteras rumbo a Eindhoven y Dortmund.

Rodamos plácidamente, es una ruta claramente comercial y en nuestro avance rebasamos una hilera interminable de camiones y remolques de todos los tamaños. La temperatura es moderada y la carretera lisa y plana como un papel de fumar. Es agradable volver a sentir el impacto del viento sobre el rostro y a Duna aferrada a mi pecho. Cuatro horas más tarde, en algún lugar entre Dortmund y Hannover, el cansancio empieza a hacernos mella, el abrazo de Duna pierde fuerza y sus manos se deslizan en más de una ocasión por mi caja torácica hasta el vientre.

Nos detenemos en un motel de carretera que se anuncia en un desvío junto a la autopista. En el vestíbulo hay un mostrador, dos sillones de cuero y un televisor encendido sin espectadores. No hay nadie tras el tablero y tocamos un timbre dorado que parece salido del atrezzo de una película de enredos. Un anciano acude a la llamada brotando de una cortina de tiras. El hombre desecha la idea de hablarnos en alemán y nos indica mediante gestos que paguemos por adelantado y anotemos nuestros nombres en el libro de registros. No hay nadie inscrito en el día de hoy ni en el anterior. Junto al libro nos entrega una llave con una argolla que pertenece al mismo lote que el timbre. El anciano da por concluida su misión y desaparece tras la cortina de tiras igual de mudo que entró.

El motel tiene tres plantas con cinco habitaciones en cada una de ellas y

escaleras empinadas con peldaños a la altura de las rodillas. La nuestra está en el último piso y debe de ser uno de los puntos más elevados de la comarca. La habitación es sencilla, pero aun así acogedora. El escaso mobiliario es de colores estridentes y heredero directo de la república de Weimar. A Duna le entusiasma y me pide que lo fotografíe. La cama viene acompañada de un dosel y la moqueta es tan gruesa que nuestros pies se hunden en ella. El baño en cambio nos decepciona, es más moderno, funcional, y reformado con posterioridad al resto del edificio. La ventana da a la entrada y desde ella se divisa la autopista. Duna se acerca a mí y ambos contemplamos hechizados el ir y venir de vehículos. Abro el obturador y capturo sus estelas en dos líneas paralelas interminables.

Duna vuelve desnuda de la ducha, su piel es cobriza, lejos del tono dorado de cuando partimos. El cabello húmedo se engarza en el cuello y una minúscula gota rueda sobre su hombro. Observo su reflejo en la ventana: se cepilla el pelo en silencio con la mirada perdida en algún punto fuera de la habitación. Al salir, dejamos la llave sobre el mostrador y sólo la mano izquierda del anciano traspasa la cortina de tiras para indicarnos que nos marchemos sin más ceremonia. El televisor continúa emitiendo para nadie, está saturado de colores vivos y el espacio que ocupa, junto a los dos sillones de cuero, se asemeja más a una instalación pop que al vestíbulo de un motel de carretera.

En el exterior apenas ha amanecido, el día está encapotado y la sensación térmica es un par de grados menor que ayer. Repostamos en un área de servicio antes de adentrarnos por una autopista envuelta en brumas. Una hora más tarde desayunamos junto a una mesa repleta de camioneros que no le quitan el ojo a Duna. Dejamos el café a medias y nos largamos incómodos sin pagar. El camarero nos observa pero no hace ningún ademán de ir detrás de nosotros. Decidimos que queremos llegar antes del mediodía a Berlín y, bajo la niebla, doy gas a fondo parpadeando entre los vehículos como una partícula de luz entre las sombras.

El animal me muerde el lóbulo y humedece el cartílago dejando caer su cabellera sobre mi espalda. Lo observo al trasluz: sus movimientos son circulares y traza espirales alrededor de la columna hasta concentrar todo el racimo en la región lumbar. Se balancea, noto cómo se incorpora y se sostiene sobre los cuartos traseros examinando las ondas trazadas. Su respiración es pausada, casi inaudible, percibo el vapor de su piel y el olor a lavanda que desprende.

Una sirena aúlla en el exterior y aguardamos en silencio que su lamento desaparezca.

Se inclina de nuevo y siento la presión de sus garras recién cortadas deslizarse desde los muslos a los gemelos. Susurra débilmente mi nombre y arrastra la última vocal hasta confundirla con una bocanada de aire. Se endereza, aprieta con más fuerza la carne aún adormecida y lame en sentido inverso el reguero que dejó el cabello. Me retraigo menudo como un erizo y todo el vello de mi cuerpo se convierte en espinas.

Alguien llama a la puerta contigua pero no obtiene respuesta. Aguarda unos instantes, lo intenta de nuevo y un taconeo furioso desciende por la escalera.

El animal se pone en pie, frota su húmeda nariz bajo mi nuca y se retira sigiloso hacia el baño. El olor a lavanda invade ahora toda la estancia. Camina despacio, contonea las caderas al andar y el rastro de sus huellas se pierde en la moqueta. Al alejarse distingo las marcas blancas de su espalda. Se detiene, se vuelve antes de cruzar el marco y me sonrío abriendo sus hermosos ojos negros como dos lunas crecientes.

La mañana resplandece sobre Berlín. Nos alojamos en Mitte, en la antigua zona oriental. Es nuestro tercer día en la ciudad y hasta ahora los hemos consumido en la Isla de los Museos y en la habitación del hotel. Éste está encajado en un edificio de cuatro plantas a medio rehabilitar en una calle tranquila, paralela a una amplia avenida, donde cafés y pequeñas galerías de arte se alternan con colmados y fruterías regentados por familias de origen turco, en una pugna abierta por conquistar la calle. Los dos días anteriores, después de volver de los museos, nos hemos encerrado en la habitación viendo vídeos musicales, bebiendo cerveza barata e intentando no prestar atención al chirriar de los muelles. Ayer encontramos la solución instalando el colchón directamente sobre la moqueta y arrinconando sin uso el somier. Estamos tan acostumbrados a descansar en los sacos que dormimos más plácidamente en el suelo. Hoy, al despertar y ver el caos creado durante los últimos días, hemos ordenado la habitación y recogido algo más de una docena de latas de cerveza.

A media mañana salimos a fotografiar la ciudad. Después de unos días sin disparar, me apetece hacerlo sobre la arquitectura funcionalista de la Alemania Oriental. Antes de partir, desayunamos en uno de los cafés de la avenida contigua, decorado con todo tipo de prendas y motivos de estética comunista. La camarera es valenciana y nos advierte de que al caer el día el local se convierte en un antro con la peor música electrónica de la ciudad. La invitación es sugerente y decidimos comprobarlo esa misma noche. El resto del día lo pasamos callejeando por Kreuzberg y Friedrichshain, una parte de la ciudad que Duna no conoce y que prefiero descubrir con ella antes que volver a los lugares que le recuerden a su año de Erasmus.

Al anochecer volvemos al café, la chica valenciana ya no está tras la barra,



pero no le faltaba razón, la música es demencial. Según Duna no es electrónica sino industrial, aunque no consigo distinguir los matices y el volumen está al límite de hacernos sangrar los oídos. Después de la tercera cerveza ya estamos perfectamente integrados en el ambiente. Nos embutimos en la pista de baile y bailamos rodeados de chavales de estética punk más jóvenes que nosotros y de una multitud de chicas con el pelo encrespado y zapatos de plataforma. Nos movemos con ellos de un lado a otro de forma frenética y rechazamos en más de una ocasión éxtasis y alguna otra droga sintética que no identificamos. La temperatura en el interior es elevada, el olor empieza a hacerse insoportable y nos bebemos una cerveza tras otra empapados en sudor.

Tras una hora de baile, nos tomamos un descanso y nos acomodamos en un reservado con media docena de sofás de escay. En el nuestro hay una pareja besándose de forma apasionada y un tipo consultando el teléfono. La pareja se inclina cada vez más sobre el tipo, que termina por levantarse. La chica, ahora más cómoda, le hace una mamada a su compañero. Duna se incorpora y me arrastra tambaleante de nuevo hacia la pista, que se ha convertido en una olla a presión. El estruendo no remite y continuamos bailando una hora más bajo una nube de vapor hasta tropezarnos y caer el uno sobre el otro. Sin fuerzas para levantarnos, nos quedamos allí tendidos, contemplando en contrapicado destellos y formas borrosas dando vueltas a nuestro alrededor. Enseguida, alguien nos levanta como a dos muñecos exánimes y, abriéndose paso entre la multitud, nos acompaña a la salida y nos invita a abandonar el local.

Duna duerme boca abajo con los brazos extendidos entre el colchón y el suelo. No se ha movido desde que caímos desplomados anoche. Me tambaleo hasta el baño sujetándome la cabeza con ambas manos, me mojo las sienes y busco en su mochila un ibuprofeno como última opción antes de decapitarme. Entre sus ropas aparecen algunas ceras, un espejo de mano, la navaja suiza, que guardo de nuevo en mi mochila, y su bolsa de medicamentos. Contiene diazepam, paracetamol, otros que no identifico y me tomo un par de pastillas bebiendo directamente el agua de la ducha. Al salir del baño, la encuentro sentada en el suelo ordenando el contenido de la mochila.

No te preocupes, dice sin que medie pregunta por mi parte.

Creo que se refiere a sus medicinas, la cabeza me da vueltas y soy incapaz de articular palabra. Duna se asea y se viste en el tiempo que tardo en encontrar algo de ropa limpia. Ambos estamos aún aturridos, desayunamos y salimos a estirar las piernas y despejarnos.

Esta mañana es la más fría y la menos luminosa de las pasadas hasta ahora en Berlín. Caminamos sin rumbo bajo una fina lluvia intermitente y le propongo tomar el metro y visitar los restos del Muro. Al llegar, el lugar me sorprende: está en mitad de ninguna parte en un paseo paralelo al río. Tomo algunas fotografías de Duna junto a los restos y, antes de que pueda guardar la cámara, comienza el diluvio. En cuestión de segundos, el cielo se oscurece y a nuestro alrededor los turistas huyen despavoridos como si manara aceite hirviendo. La tormenta viene acompañada de una fuerte descarga eléctrica y la tromba de agua descascarilla las pintadas. En un abrir y cerrar de ojos estamos totalmente empapados. El Spree baja ruidoso a nuestra izquierda y Duna corre delante de mí buscando un lugar donde guarecernos. Cruza sin

mirar la calzada, trastabilla sin llegar a caer y sortea los faros amarillos que la acechan como reptiles emergiendo del agua. Alcanza jadeante la otra acera y se detiene confusa rodeada por un estrépito de cláxones. Se vuelve desconcertada sin verme, gira sobre sí misma y extiende los brazos en cruz como una figura de sal disolviéndose bajo la lluvia.

Sigue tronando y pasamos el día en la habitación esperando a que amaine. Limpio el objetivo de la cámara, reviso fotos en el visor y elimino la mayor parte de ellas. Duna trabaja compulsivamente en su autorretrato, no queda satisfecha con ninguno de sus esbozos e inicia otros nuevos que también abandona. De vez en cuando enciende el televisor y vemos un rato vídeos musicales. La tormenta eléctrica continúa y la señal viene y va. Aprovechamos uno de los cortes para reparar el desorden de los días anteriores: Duna se queda recogiendo la habitación mientras yo bajo al sótano a hacer la colada.

Ubicado en el entresuelo y accesible a través de una escalera de caracol, que nace como un refugio antiaéreo en el mostrador del vestíbulo, el hotel dispone de una estancia comunal con dos lavadoras, una plancha y tres cables de pared a pared para tender la ropa. Una pareja con rasgos helenos copiados de los retratos de El Fayum está recogiendo sus túnicas de uno de ellos. Me saludan en un idioma indescifrable e invento un par de palabras como respuesta. La lavadora está en alemán y escojo un programa de lavado al azar. Junto a ella hay un revistero con publicaciones sobre decoración y moda. Las hojeo como podría contar las vueltas del tambor. Dos horas más tarde regreso a la habitación y apuramos las últimas cervezas tumbados en la cama. Poco después oscurece, aunque apenas noto la diferencia con el tono lúgubre del día. Duna se queda dormida, la lluvia remite tímidamente y aprovecho para salir, comprar algo de comida y caminar un rato por las calles desiertas.

No hay tregua, la tromba persiste y graniza con más intensidad que los dos días anteriores. La pedrisca martillea los tejados de lata y las ráfagas alcanzan la carrocería de los automóviles. Trato de encender el televisor, pero la señal ha muerto definitivamente. No nos apetece dar aviso en recepción y continuamos echados sobre el colchón a ras de suelo sin nada que hacer. Recupero una vieja novela del fondo de la mochila y Duna hojea una revista de decoración que tomé prestada del cuarto de lavado.

En los días soleados, Duna madruga y me arrastra con ella, sus colores son más vivos, su figura se expande y el roce de su piel se vuelve sedoso, pero el efecto contrario es demoledor: los días grises se desvanece y se encierra en sí misma hasta desaparecer. Éste es el tercer día de aguaceros y empiezan a hacernos mella. Se siente enjaulada, trato de animarla, le propongo salir, pero no quiere ir a ninguna parte bajo la lluvia. Dice que no deberíamos haber dejado el Delta, que tendríamos que estar trabajando en el restaurante del Bardo, que no sabemos hacer nada y que al menos él nos daba una oportunidad.

¿Qué haremos cuando se acabe el dinero? ¿Adónde iremos? ¿De qué vamos a vivir?

No tengo respuestas para su retahíla de preguntas y dejo que se desahogue antes de que empiece a sollozar. Trato de abrazarla, hace ademán de rechazarme, pero acaba encogida apretando mis manos junto a su pecho. Aún nos queda dinero para viajar dos o tres meses más, le digo. Después no tengo idea de qué hacer o cómo ganarnos la vida. Sabemos dibujar y tomar fotografías, pero a quién le importa, es posible que Duna tenga razón y no sepamos hacer nada. Regresar al Delta o a Barcelona tampoco es una opción, no somos putas ni camareros y no sé qué otra cosa podríamos ser allí. No nos

sentimos ciudadanos de ninguna parte. A veces bromeamos sobre eso y nos definimos como nómadas, aunque desconocemos cómo algunos consiguen viajar sin dinero alrededor del globo para después contarlo en un suplemento dominical. ¿Dónde llenan el depósito? ¿Cómo consiguen alimentarse y fotografiarse sin arrugas en la ropa?, pregunta siempre Duna divertida. Nosotros no podemos detenernos, le contesto, somos dos móviles perpetuos violando las leyes de la termodinámica. Entonces consigo que sonría y nos besamos. Normalmente funciona, hoy no. Ambos sabemos que no hay nada ahí fuera para nosotros, aunque tratemos de engañarnos, como Berlín, que amanece cubierto de copos blancos ignorando la estación en que vive.

Clarea al despuntar el día, el cielo es de color turquesa y la lluvia cae de forma intermitente sin querer desaparecer. Llevo un rato despierto en la cama y pruebo a conectarme a alguna red de wifi cercana para leer la prensa: tanto si el sur de Europa está bajo las aguas como si una bandada de platillos volantes lleva semanas sobrevolando Roswell, permanecemos ajenos. Me incorporo sobre el colchón reclinándome contra la pared y observo paciente cómo el teléfono trata de conseguir la conexión dibujando algoritmos a modo de disculpa; sin embargo, toda su pequeña tecnología de coltán y litio fracasa en el intento: los visitantes deberán esperar para contactarnos.

Duna sigue distante, lleva un buen rato acodada en la ventana contemplando el exterior, dice que se encuentra mal y que apenas durmió anoche. Le propongo salir ahora que la lluvia aminora, pero me pide que la deje descansar y me invita a hacerlo a mí, dándome cuatro indicaciones sobre qué ver en Mitte y los alrededores.

Salgo a mediodía. Necesito respirar aire fresco y me llevo la cámara como compañera. No me apetece visitar ningún espacio interior y camino por la ciudad contemplándola desde el visor. Busco ángulos abruptos y hago contrapicados a ras de suelo, desplazo los objetos a los lados del encuadre, pruebo nuevos filtros y desenfoques, sobreexpongo el cielo aguamarina y abro al máximo el obturador en el poso negro de los charcos para reflejarme... Nada me interesa. Bebo unas copas en un bar que embotella su propia cerveza y observo una competición de atletismo en la pantalla. Tomo partido por un húngaro espigado con aspecto de dandi en el lanzamiento de disco y no abandono el local hasta asegurarme de que consigue un puesto en el podio. Celebro su bronce tanto como si fuera el mío y me propongo recordar su nombre y seguir su trayectoria, pero al salir a la calle lo he

olvidado por completo. Intento llamar a Duna y me doy cuenta de que estoy sin batería después de haberla consumido buscando wifi al despertar. Continúo mi travesía por calles impronunciabiles y disparo a ciegas por la ciudad hasta que anochece. Tomo el metro y regreso al hotel. Al entrar, me cruzo con la pareja de El Fayum con la que coincidí en el cuarto de lavado y volvemos a saludarnos en nuestro idioma inventado. Me tambaleo al subir las escaleras y me agarro a la barandilla como un anciano. Respiro hondo y abro la puerta con cuidado. La precaución es innecesaria, la habitación está vacía.



Duna regresó de madrugada y me encontró dormido sobre la moqueta. Aún estaba aturdido, no recuerdo qué fue lo que dije, pero sé que discutimos y que llamaron a la puerta de la habitación pidiendo silencio. Al entrar, no llegó a prender la luz y acabamos gritándonos en la penumbra. Una lámina plateada nos iluminaba al pasar junto a la ventana, pero apartábamos el rostro al cruzar, ninguno de los dos quería mostrar las lágrimas al otro. Dijo que se aburría de esperar, que quiso llamarme y mi teléfono estaba apagado. Después salió a dar una vuelta y sin proponérselo caminó hasta la galería que regentaba Hans. Sólo quería ver si aún estaba en el mismo lugar, pero lo reconoció a través del cristal y sin darse cuenta se vio dentro. No esperaba que estuviera allí, esperaba que hubiera otra persona regentándola, él sólo aparecía en las inauguraciones; pero lo estaba, entró y estuvieron charlando. Luego fueron a cenar a un bistró cercano.

No ha pasado nada, repetía, nada, pero no la oía. No llegué a oírla hasta muchas horas después, cuando estaba a varios kilómetros de allí. Salí, aún era de noche, llevaba la misma ropa del día anterior y olvidé el teléfono y la cartera, aunque no me percaté de ello hasta mucho más tarde. Rodé durante todo el día, ni siquiera sé por dónde, sólo sé que me alejé de la ciudad y vomité en el arcén de la autopista. Algunos automóviles me pitaron, fue entonces cuando me di cuenta de que iba indocumentado y me largué de allí de inmediato. La cabeza estaba a punto de estallarme y tenía el estómago vacío. No entendía las indicaciones; de repente había olvidado las cuatro palabras que había aprendido en alemán para orientarme. A media tarde quise regresar, empecé a ver con claridad, no sabía por qué me había marchado y echaba terriblemente de menos a Duna. No ha pasado nada, me repetía, nada, pero era incapaz de encontrar el camino de vuelta y aún tardé

un par de horas más en regresar al hotel. Llegué con el piloto de la reserva encendido y subí las escaleras tan rápido como pude. Estaba exhausto, hambriento y me apretaba el abdomen con ambas manos. La habitación volvía a estar vacía y en un lateral de la cama, arrojada entre las sábanas, quedaba una nota arrancada del cuaderno de Duna: «No estás, nunca estás».

A veces me pregunto por qué hago ciertas cosas, no sé por qué me fui ayer ni adónde pretendía llegar. Me siento como si no tomara mis propias decisiones, como si fuera un muñeco de trapo al que llevan de mano en mano o un pedazo de madera al que insuflan vida con un albedrío limitado. Tal vez ése sea el problema, es más cómodo no tomar partido, flotar como una brizna de hierba de un lugar a otro y eludir los conflictos hasta que son inevitables.

Ayer era el protagonista de una pesadilla, alguien me perseguía o yo huía de alguna amenaza, el sueño no lo dejaba claro, pero era un *thriller* vibrante, una persecución desahogada y zigzagueante por la autopista, creo que además yo era el bueno, aunque eso es difícil de asegurar. De pronto, el sueño cambiaba, había un salto de montaje o un cambio de guion, una parte se había desvanecido y me encontraba en el lateral de la autopista vomitando en el arcén. Ya no parecía el hombre inalcanzable determinado a llegar hasta el final. Era el antagonista, un Ulises fracasado que trataba de regresar a casa sin ninguna gloria a sus espaldas. Entonces, la ansiedad volvía al sueño: era el mismo personaje recorriendo en sentido contrario la carretera. Ahora sí sabía adónde quería ir, pero era incapaz de encontrar el camino de vuelta y me entregué también a los hados. Sin embargo, éstos no estaban de mi parte, sabían que no era un héroe y me devolvieron tarde al hogar: Ítaca estaba en ruinas y Penélope se había esfumado.

Duna desapareció hace dos días. Anteayer, después de regresar de la autopista, no pude conciliar el sueño y la esperé caminando en círculos alrededor de la habitación. Durante mi ritual sólo eché en falta su pequeño bolso cruzado, su cartera y su teléfono, que continúa desconectado. El resto de sus cosas: mochila, ropa y productos de aseo, estaban en la habitación. Tampoco se llevó ninguno de sus objetos de dibujo. El cuaderno estaba en el suelo abierto por su último esbozo: el autorretrato en el que llevaba trabajando los últimos días. Había arrancado la página siguiente para escribir la nota. Al recogerlo me di cuenta de que la huella de su zapatilla estaba impresa sobre él: aún quedaban restos del barro y la lluvia de los días anteriores. La pisada no era muy marcada, no parecía que tuviera intención de hacerla, simplemente el cuaderno se cruzó en su camino.

Ayer pasé todo el día despierto en la habitación. No quería salir, no quería «no estar» de nuevo. Tampoco sabía dónde buscarla: no tengo el teléfono, ni la dirección, ni he visto nunca el rostro de Hans. Jamás quise saber nada de él, para mí no era más que un fantasma al que no pensaba volver a enfrentarme. Al anochecer caí rendido, comí las pocas galletas y tostadas que quedaban y me dormí sentado en una silla. Al despertar, me encontraba sobre la cama, probablemente mi cuerpo levitara y decidiera llevarme hasta allí.

Hoy la he esperado hasta mediodía. He dejado una nota bajo la suya. Al tomar la cera no sabía qué escribir, no quería que malinterpretara el mensaje. Le he dicho las tres cosas que quería comunicar: que la quería, que salía a buscarla y que regresaría al atardecer. He vagado durante horas por la ciudad, recorriendo todas las galerías de Mitte buscando la de Hans. Dijo que había ido caminando, no podía estar muy lejos, pero no sabía en qué

dirección. He preguntado en algunas de ellas, en las pocas en las que he sabido hacerme entender o han querido escucharme. Nada, tengo la mente en blanco, soy incapaz de recordar los nombres imposibles de las calles o de los bares que frecuentaba. A media tarde he vuelto al hotel, no quería faltar a mi propia cita y he llegado antes de hora.

No ha regresado, no hay rastro de ella en la habitación. La nota sigue en el mismo lugar. Pruebo a llamarla. El teléfono sigue desconectado. Espero un poco. Doy vueltas por la habitación intentando pensar, intentando recordar algún nombre, alguna calle, algún dato... Me odio a mí mismo por no prestar atención a los detalles, por no recordar siquiera mi propio número de teléfono. Vuelvo a marcar. La llamo compulsivamente durante horas hasta agotar la batería. Al otro lado siempre el mismo tono metálico recordándome que el teléfono está apagado o fuera de cobertura. Lo pongo a cargar. Doy unas vueltas más por la habitación y golpeo todo cuanto encuentro en mi camino. Enciendo de nuevo el móvil, lo ubico de pie en la mesilla y lo contemplo esperando una respuesta como si fuera un ídolo sagrado.

El cielo cae una vez más sobre Berlín. Es una tromba sucia, fangosa, todo el lógamo de los márgenes del Spree está diseminado por las calles. Necesito moverme, velocidad, salir a correr como un loco o reventar las gomas sobre el asfalto. Sin embargo, tengo los músculos agarrotados, no puedo rodar bajo el agua y camino pesadamente de lado a lado protegiéndome de la lluvia.

He vuelto a dejar la nota sobre la cama, el mensaje es el mismo: te quiero, volveré al atardecer. He pensado en acudir a la policía, pero es absurdo, Duna se fue voluntariamente y no es ciudadana alemana; luego he recordado el intento de robo en Saint-Denis y al tipo tirado en mitad de la calle y he desechado la idea. Sé que Duna regresará o dará señales de vida cuando encuentre un hilo al que aferrarse, ahora lo está buscando, tiene una madeja entre las manos y no sabe hallar el cabo. Eso me he dicho antes de lanzarme de nuevo a la calle, esta vez hacia las galerías de Kreuzberg. En una exposición fotográfica me han barrado el paso como si fuera un vagabundo; en otras se horrorizaban al verme entrar empapado y con el pelo pegado al rostro. Al caminar miro compulsivamente el teléfono. Sé que no tiene sentido seguir buscando, nunca la encontraré en esta maldita ciudad, no sé siquiera si está aquí, únicamente puedo esperar.

Regreso de nuevo al hotel y compro en un colmado turco algo para comer, cerveza y vodka de marcas ignotas. Ayer empecé a ordenar la habitación y pedí sábanas nuevas, pero no supe qué hacer con su ropa; dudé si guardarla en los cajones o en el interior de su mochila y al final opté por doblarla y acumularla toda sobre una silla. Al hacerlo, la imaginaba junto a mí, acercándose con sigilo, como tantas otras veces sin ser capaz de percibirla, y reclamando mi atención frotando débilmente su cuerpo contra el mío.

El colchón sigue en el suelo. Me siento en él. Pongo el teléfono a mi lado,

mordisqueo unas patatas onduladas y enciendo el televisor. La señal bajo la lluvia sigue siendo inestable, pero menos que los días anteriores. Observo el exterior: la ventana se ha vuelto opaca por el fango. Busco el canal de vídeos musicales y ajusto el volumen; no me interesan las imágenes, calibro el monitor hasta llevarlo a negro y empiezo a beber alcohol barato hasta sedarme.

Esta mañana, un recepcionista al que no había visto antes por el hotel ha llamado a la habitación y en un mal inglés, salpicado con algo de turco y alemán, me ha preguntado cuánto más pensábamos quedarnos; hablaba en plural y buscaba a Duna por encima de mi hombro. No ha traspasado el dintel y tampoco le he invitado a pasar. Creo que ha divisado el colchón en el suelo y ha tratado de explicarme que tenía reservas para los próximos días. No sabía qué contestar, estaba intentando echarme y le he dicho que nos quedaríamos una semana más y le pagaría por adelantado. Al oír las palabras mágicas se ha largado pensativo. He recogido la habitación, he devuelto el colchón a su lugar original y he desayunado las sobras de ayer antes de bajar. El tipo del mal inglés estaba tras el mostrador con la recepcionista habitual; al verme han intercambiado unas palabras en turco y ella me ha extendido el recibo con una sonrisa. Él se ha mostrado impasible, pero no ha puesto objeción al dinero.

Salgo, el día es soleado y entre los adoquines se forman pequeños charcos de agua negra. No tengo plan ni lugar adonde ir. Deambulo por el barrio hasta una parada de metro. Subo al primer tren y aprovecho para dormir hasta el final de la línea; después repito la operación en sentido opuesto. Aun así, no supero el duermevela. Duna aparece y desaparece del sueño cada vez en un lugar distinto, como tomas falsas de nuestro pasado. Trato de organizar el metraje de forma lineal, desde nuestros años universitarios y primeras exposiciones hasta llegar a su Erasmus. Busco entre los fotogramas algún indicio que me ayude a encontrarla, pero no hay nada ahí, los personajes actúan en un escenario desnudo. Sólo es una bonita historia de amor a la que los guionistas introducen secundarios para hacerla avanzar: aparecen Hans, el Bardo, Álvaro, Su, Tyra... Me evado pensando en ella en la



terraza del hotel de Barcelona y en sus pecas color de avena deslizándose desde el cuello hasta los pechos. Luego intento sentirme culpable sin conseguirlo y busco en mi chaqueta la pequeña nota manuscrita de Tyra con sus datos. Tardo unos segundos en recordar que la arrojé al mar frente al canal de la Mancha. No, no, es a Duna a quien necesito, mucho más que ella a mí, necesito un centro sobre el que gravitar. Eso me digo y la revivo feliz dos meses atrás zambulléndose en la aguas del Delta.

Salgo del metro y malgasto el resto del día en los alrededores de Alexanderplatz, entre grupos de turistas y nativos bebiendo y orinando en la puerta de los bares. Algunas calles son un vertedero. Tomo un trago y alguien me ofrece medio gramo. Dudo. Tengo el dinero suficiente para hacer estallar todas mis arterias. Cruzo de nuevo la plaza y tropiezo con un tipo que vende perritos calientes con la mirada perdida y una parrilla colgando sobre el pecho. Me disculpo. El tipo parece desorientado y me ignora como si ser golpeado fuera parte de su oficio. Un bote de mostaza gotea lentamente dibujando una mancha azafrán en el suelo. Levanto la vista y compruebo la hora en el enorme reloj metálico ubicado en el interior de la plaza. Dos meses, un mundo.

Reviso las fotos en el visor. En algunas, pocas, aparecemos los dos. Amplío una, ella tiene los ojos cerrados y me besa el lóbulo. Yo sonrío indiferente mirando el objetivo. Está tomada tras recuperar la cámara, dos días antes de abandonar el Delta. Le sigue una serie de fotos de Duna desnuda en una playa cercana a Vandellòs. En algunas se cubre coqueta como si acabara de sorprenderla; en otras, levanta el rostro exhibiéndose. Las mejores son aquéllas en las que nada ajena a la cámara, con el cuerpo emergiendo y desapareciendo bajo el agua.

Salgo algo acelerado al caer la noche. Llevo dos semanas aquí y comienzo a conocer la ciudad y sus lugares menos recomendables. Me apetece fotografiarlos y me muevo por Kreuzberg y Neukölln disparando entre sus calles. A ambos lados hay ristras de bares y burdeles iluminados con neones en distintos idiomas. Desde el interior de un portal, una prostituta de rasgos subsaharianos trata de sujetarme el brazo entre lamentos. Antes de que pueda zafarme, aparece detrás de ella su proxeneta para empezar las negociaciones. El tipo también intenta retenerme, pero domina su oficio y sabe reconocer cuándo pierde el tiempo. Me mira con desprecio y desaparece de nuevo en el interior del portal. Unos metros más allá hay un tipo desdentado tirado en mitad de la calle. No tendrá más de treinta años, pero aparenta el doble. Tiene el brazo necrosado y tiende la mano pidiendo algo, probablemente él tampoco sepa el qué.

Es pleno agosto, pero a medida que avanza la noche una ligera brisa va calando en las articulaciones; me cuesta sostener la cámara y la guardo en su funda para relajar los brazos. En una calle colindante a Hermannplatz, un puñado de chavales de rasgos árabes, algunos no son más que niños, tratan de intimidarme situándose a mi alrededor. Sigo mi camino con los puños

apretados y protejo la cámara con el antebrazo. Al llegar a la plaza, uno de ellos se vuelve y con él el resto: hay una lechera de la policía aparcada en su interior junto a una boca de metro. Desenfundo y vuelvo a disparar a los transeúntes; aumento el ISO y saturo con grano las fotografías hasta difuminar las figuras; corrijo la entrada de luz y trato de imitar los trazos gruesos de Duna con las ceras... Tras el visor, un anciano cruza la plaza empujando un carrito de supermercado con una manta tapando su contenido. Firme, junto al furgón, un policía sigue al tipo con la mirada hasta el otro extremo. El hombre camina despacio y mantiene el cuerpo gacho durante todo el trayecto. La boca de metro arroja un nuevo grupo de viajeros arruinándome el encuadre y el policía vuelve a fijar su atención entre el gentío. Un fanal amarillo destella unos segundos en el carro metálico del viejo. Sobre la manta, un gato de color carbón se yergue fundiéndose con la noche.

Ruedo sin fin por las avenidas, soy un parásito en un sistema nervioso desconocido. No sé qué conducto tomar ni dónde detenerme. Tengo el depósito lleno y ningún motivo para poner los pies en el suelo. Sólo vago desde primera hora del día por los polígonos abandonados, a las afueras del Berlín Oriental, viendo mi sombra encogerse con el paso de las horas. En los laterales de la vía, las raíces de los árboles han levantado el asfalto esparciendo puñados de gravilla, junto a la entrada de grandes naves desbaratadas. De una de éstas, con un frontal de palés a modo de barricada, surge el zumbido intermitente de una emisora de radio. No hay nadie a su alrededor. Por la cadencia podría tratarse de una oración, pero es difícil decir a quién. Tengo una revelación y me detengo bruscamente en mitad de la calle. Sobre la línea continua descubro la piel de una liebre adherida al asfalto, probablemente lleve semanas descomponiéndose.

¿Cómo no se me había ocurrido antes? ¿Y si Duna ha regresado al Delta? ¿Y si ha vuelto al restaurante del Bardo, tal como nos comprometimos? Lo llamo sin pensarlo y contesta casi de inmediato, apenas después de un par de tonos. Permanece unos segundos en silencio cuando le menciono mi nombre y le pregunto por Duna. A través del aparato se oye el trasiego del restaurante, por el tintineo parece estar en la cocina manipulando platos: es primera hora de la tarde y deben de estar a punto de acabar el servicio de comida. Grita algún tipo de orden tapando el auricular antes de contestarme.

¿Así que ha vuelto a hacerlo, eh?, pregunta con sorna y chasquea la lengua esperando algún tipo de respuesta. Insisto de nuevo, como si no hubiera oído su comentario, le pregunto si sabe algo de ella, de su sobrina, de Duna. Al mencionarle el parentesco su tono de voz cambia, ya no es sarcástico sino de fastidio. ¿Sabes lo que me ha costado encontrar a vuestros

sustitutos en plena campaña?, vuelve a preguntar como si él tampoco oyera mis ruegos. Una fortuna, se contesta a sí mismo, una fortuna. Enmudece buscando unas palabras guardadas desde hace mucho y esta vez no insisto, espero también en silencio a que prosiga: Sabía que esto pasaría, que volveríais arrastrándoos, sois un par de fracasados... Y no, no está aquí, y si se atreve a venir la echaré a patadas. Yo no tengo sobrina, sólo fue un mal polvo de mi hermana, que en paz descanse. No le debo nada. No vuelvas a llamarme nunca.

La última frase la he supuesto, ambos ya habíamos desconectado y con el deslizar del dedo he borrado también su número. Antes de hacerlo he pensado en decirle muchas cosas: sobre él, sobre nosotros o sobre la razón por la que tratamos de alejarnos del mundo que él representa. Qué más da, sólo me importa Duna, el Bardo ha dejado de existir.

Contemplo la piel de liebre extendida en el suelo: apenas corretean insectos sobre ella y tiene pequeños orificios en el lomo a través de los cuales puede verse el asfalto. No queda nada de valor ahí, también ha sido saqueada, como el resto del entorno. A unos metros, fuera de la vía, una placa de amianto sobre unos neumáticos y una pieza de hormigón simulan ser un hogar. Vuelvo sobre mis pasos hacia la nave y regresa desde el vientre del edificio el zumbido intermitente de la radio: las oraciones continúan, pero ahora hay un hombre arrodillado entre las sombras.

Una mosca zumba en la habitación trazando figuras geométricas, divisa el arco de luz de la ventana, finge no estar interesada en el exterior, continúa su danza y se lanza de improviso contra el vidrio. Tras el impacto, queda momentáneamente aturdida, su baile se torna errático, pero al cabo se repone. En el intervalo ha olvidado su pasado y reinicia un vuelo uniforme dibujando ángulos convexos. Se mueve a diferentes alturas, si alguien pintara su estela trazaría un poliedro. Antes de proyectar la última arista se abalanza de nuevo contra el cristal. Cae noqueada en picado, pero logra alzarse sin llegar a tocar el suelo. Su vuelo es ahora enloquecido y el zumbido menos armónico, pero no se da por vencida y vuelve a construir politopos.

A media mañana alguien entreabre la puerta mientras me aseo. Llevo desde los días de Ostende sin afeitarme, la barba comienza a ser tupida y descubro algunos mechones rojizos en la barbilla. A esta hora, en días alternos, la chica del servicio de habitaciones acostumbra a cambiar las toallas. *Einen Moment*, le grito mientras termino de cepillarme los dientes. No responde y oigo la puerta cerrarse. Termino de enjuagarme y recojo al vuelo las tres que hay en el baño antes de salir. *Danke!*, le digo. No contesta, pero me mira con los ojos abiertos y sonrío al verme envuelto en toallas. Es Duna.

El vapor se escapa del interior del baño y cierro la puerta instintivamente detrás de mí. Está recostada contra la pared, jadea, le tiemblan las manos y se balancea como si no supiera qué hacer con su cuerpo. Viste la misma ropa que el día de su partida. Espera mi reacción, no sé qué decir, empiezo a dudar, no sé si viene a despedirse o a quedarse, perlo la frente y ahora soy yo quien tiembla. Duna percibe mis dudas; para mí es indescifrable, pero ella puede leerme como un libro abierto. Me sonrío de nuevo, abre los ojos en

forma de óvalos y me lanzo hacia ella, aún con las toallas enredadas entre los brazos. Antes de que pueda sostenerla se desmorona resbalando sobre mi cuerpo y rompe a llorar y a hipar de forma compulsiva. La incorporo. Farfulla que lo siente de forma reiterada y sostengo su cabeza junto a mi pecho. Enhebro los dedos en su cabello y le acaricio la nuca y los tendones del cuello para sosegarla. Todo irá bien, le digo, todo irá bien, mientras niega una y otra vez con la cabeza y la beso en la sien tratando de que la idea penetre en su interior.

Examino a Duna mientras duerme. Está más pálida y delgada, tiene el cabello desparramado como una hidra sobre la almohada, los capilares de las mejillas más marcados y unas profundas ojeras negras. Su respiración es acelerada, pero menos que anoche, cuando parecía un caballo enloquecido y se movía de un lugar a otro de la habitación. Viste sólo ropa interior y la fotografía sobreexpuesta con el fondo lechoso de las sábanas.

Ayer, poco después de volver, apenas si me contó algunas cosas. Estuvimos sentados en silencio al borde de la cama y contemplábamos nuestro reflejo en la pantalla del televisor esperando a que el otro hablara. Temía sus respuestas tanto como mis preguntas y no la interrogué, sólo deseaba que no volviera a desaparecer. Me dijo que se marchó sin ningún propósito y caminó sin saber adónde ir hasta quedarse sin fuerzas y desorientada en el barrio de Spandau. Estaba llena de ira y no sabía por qué, no podía encontrar un motivo, decidió que no me llamaría nunca más y arrojó el teléfono en la primera papelera que encontró. Al anoecer buscó un hostel donde alojarse, quería estar sola, sólo pensaba en eso, en desaparecer, en desvanecerse, y ha estado prácticamente todos estos días sin salir de la habitación, alimentándose de una máquina de *vending* ubicada en el vestíbulo. Dormía a intervalos, recordaba a su madre en sueños y se desvelaba continuamente perdiendo la noción del tiempo hasta ayer por la mañana, cuando no encontró ningún motivo para permanecer allí y al pagar la estancia se dio cuenta de que había pasado una semana en su interior. Después empezó a hablar atropelladamente, entre sollozos, dijo que no sabía por qué hacía estas cosas, que se estaba volviendo loca, que tenía miedo, que no quería medicarse, que pensaba que me habría marchado de la ciudad y que ella no tendría donde ir. La serené, asegurándole que jamás me habría



ido, le dije que estuve buscándola todos estos días, que recorrí todas las galerías de la ciudad y que estuve preguntando por ella, por Hans... No, no, no es eso, estalló ella, no se trata de eso... La abracé con todas mis fuerzas para calmarla, su piel estaba húmeda, empapada en sudor, temí que fuera de gelatina y se escapara de nuevo de entre mis brazos. La retuve hasta que cayó rendida. No quise saber más, me daba igual de qué se tratara, ya no importaba. La desvestí, se ovilló al borde de la cama y me senté a dormir en el suelo con la espalda apoyada contra la puerta.

Duna hojea su cuaderno por primera vez desde su regreso. Lo observa con curiosidad, como si no reconociera los dibujos ni sus trazos. Se demora en cada hoja, aprehendiendo el contenido, pero no hace ademán de querer retocarlo: las ceras permanecen en el mismo lugar donde las abandonó. Después de pasar la última página ilustrada, lo cierra con cuidado y lo recoge junto con las ceras. Camina hacia la ventana y la abre de par en par: el día es soleado y una cálida brisa airea la ropa de cama. Del baño entreabierto surge una mosca que vuela enloquecida hacia el exterior.

Vámonos de aquí, a donde sea.

Llevamos dos días sin salir de la habitación, me uno a ella y ambos contemplamos el exterior. Asiento y la rodeo por los hombros.

Todo está bien, dice calmando mis dudas. Sabe que temo dejarla sola.

Bajo a dar aviso. La recepcionista habitual no está tras el mostrador, pero sí el tipo que quiso echarme unos días atrás. Respira aliviado y me extiende la factura sin levantar la mirada. Salgo, engraso la moto y la lleno de combustible en la primera gasolinera que encuentro. Compro algunas provisiones, un par de buenas cervezas y comida japonesa para almorzar.

Al regresar, Duna permanece aún asomada a la ventana y me saluda desde las alturas. El tipo del mostrador finge estar ocupado con unos papeles al reconocerme. Entro en la habitación, Duna vuelve la vista hacia el interior, se frota los párpados y tarda unos segundos en enfocarme envuelto en fosfenos. La brisa ha coloreado e inflamado sus mejillas. La ropa de cama sigue ondeando y ya sólo prende de una de sus puntas.

Todo está bien, le aseguro. Nos iremos al alba.

Partimos sin rumbo al romper el día. La mañana se abre a nuestra izquierda y un resplandor azulado pigmenta las copas verdes que salpican las calles aún soñolientas hacia la periferia. Algunas aves nocturnas se elevan a nuestro paso y un puñado de palomas zurean molestas al invadir el mundo de sombras al que pertenecen.

Tomamos dirección norte. Al avanzar, contemplo nuestro reflejo en todas las lunas cerciorándome de que es Duna quien se aferra a mí. Salimos de la ciudad con las primeras luces y, en el último instante, evito la autopista girando hacia una carretera nacional de doble sentido. Rodamos un par de horas más bajo una fina capa de niebla y, antes de llegar al Báltico, en un nido de rotondas, viramos hacia el oeste con el único cartel que soy capaz de traducir en dirección a Dinamarca. Apenas hay tráfico, la vía es plana como una hoja y el viento de cola nos propulsa por encima del límite de velocidad. Duna entrelaza sus manos presionándolas sobre mi vientre: no me pide que aminore, sino que vuele. Doy gas a fondo, el motor ruge como un felino y un mechón de su pelo ondea en el retrovisor. Fijo la mirada al frente: a ambos lados, el color del tronco y la copa de los árboles se funden en dos estelas de luz. Podría conducir así el resto de mis días.

Ayer, al entrar en Dinamarca, rodamos hasta desfallecer bordeando la costa oeste de la península. No habíamos señalado ningún punto en el mapa y podríamos habernos detenido en cualquier otro lugar, pero no pusimos los pies en la tierra hasta que no hubo más remedio. Durante la marcha, atravesamos diminutos municipios con pequeñas parroquias de color blanco y casas puntiagudas de tejas negras. En algún momento tuve la sensación de estar conduciendo en círculos. Noté en más de una ocasión a Duna dormir recostada sobre mí y cómo sus brazos se desenlazaban sin llegar a separarse de mi cintura. Al anoecer decidimos acampar en la falda de un pequeño desfiladero y armamos la tienda sobre la maleza húmeda y menuda que germinaba entre la niebla. Al pie se distinguía una extensa playa desierta.

Hoy nos hemos despertado a mediodía y, después de almorzar, hemos decidido estirar las piernas y caminar por la arena algunos kilómetros. Durante el trayecto apenas hemos hablado y actuábamos como si nada hubiera ocurrido en Berlín, tampoco nos hemos cruzamos con nadie y sólo hemos divisado alguna embarcación lejana a un par de millas de la costa.

A media tarde nos detenemos a descansar en una playa blanca salpicada de matas y guijarros. Duna se aleja unos metros para orinar y descubre, detrás de un pequeño promontorio, el cascarón abandonado de un búnker emergiendo del agua. Nos acercamos a la estructura buscando algún tipo de señalización y atisbamos, al final de un sendero que muere en la playa, un indicador de caminos en aspa donde desciframos que estamos en el Parque Nacional de Thy. El resto de la información es incomprendible para nosotros y regresamos a la orilla. Me siento en la arena, junto a la mitad esmaltada de una pequeña caracola, y Duna se dirige al búnker. Tararea una melodía de forma intermitente, dice que recuerda haberla oído en algún lugar mientras

bailaba un chico albino. Yo también recuerdo al chico, pero no la canción ni el lugar donde la oímos. En la pared de piedra plateada del refugio, esquivando los pedazos de moho adheridos a la superficie, Duna dibuja con una cera el perfil orográfico de Europa. Señala con una cruz Barcelona y los dos tratamos de reconstruir de memoria nuestra ruta hasta aquí. Hay un corto período de tiempo, entre París y Ostende, en el que somos incapaces de ubicar de forma exacta nuestra posición y tampoco nos ponemos de acuerdo en los días que han transcurrido desde que abandonamos el Delta. Mientras dibuja, el mar va lamiendo la estructura y sus tobillos desaparecen bajo las olas. Como colofón, Duna firma con nuestros nombres su efímera instalación, retrocede unos pasos para contemplarla y se sienta satisfecha junto a mí. Un enorme pez dorado salta frente a nosotros y se oculta de nuevo en el agua.

Una hora más tarde, el poniente y el envite de las olas comienza a asediar de forma violenta la estructura. Desde la orilla contemplamos como, en apenas unos minutos, la marea inunda sin esfuerzo el perfil triangular del Delta y avanza con decisión hacia el Macizo Central francés. Una gaviota se aproxima vacilante al búnker y trata de posarse sobre el paralelo cincuenta dudando hacia dónde migrar: Londres no opone resistencia y sólo Escocia contiene momentáneamente el avance de las aguas. Enseguida, el aire se vuelve espeso, la luz cenital adquiere un matiz escarlata y una llamarada ciega por un instante las costas noruegas. Tras el destello, el ave desaparece y una ventisca de arena precede a un ulular lejano, que anuncia la llegada del ocaso y la devastación: el Círculo Polar Ártico se funde definitivamente bajo el agua y, con el crepúsculo, el mar termina por anegar el resto de Europa y el trazo de nuestros nombres.

Anoche decidimos quedarnos algunos días más en Thy. No estamos seguros de que podamos acampar en el interior de un parque natural, desconocemos las leyes danesas, y al despertar, aprovechando el desnivel del terreno, hemos trasladado la tienda unos metros hasta el pie de una loma. Ahora sólo es visible a distancia desde el agua.

A mediodía rodamos hasta el asentamiento más cercano, Vorupør, un diminuto pueblo de pescadores reconvertido al turismo y a la venta de cerámica. La entrada está flanqueada por una hilera de casas encaladas con las habituales tejas negras sobre las que ondea la bandera danesa. En el centro del pueblo, opuesta a una parroquia de color tierra, se encuentra la única tienda de comestibles del municipio: un enorme supermercado, mucho mayor que la iglesia, que parece haber arrasado con la competencia del lugar. Compramos comida envasada para un par de días y circulamos por sus calles antes de regresar a nuestra tienda. El resto de la jornada lo dedicamos a explorar los inmensos arenales blancos, salpicados de matorrales y zarzas de bayas negras, y oímos, aunque no las avistamos, el canto agudo de las grullas.

Al atardecer volvemos a la orilla y cenamos al abrigo de una pequeña hilera de dunas altas como acantilados. No nos importaría quedarnos aquí de forma indefinida. El lugar es hermoso y la temperatura durante el día resulta agradable pese a la latitud. Con el ocaso, el termómetro desciende y anoche unimos los sacos y dormimos arropados el uno con el calor del otro. En invierno migraríamos hacia parajes más cálidos. Nos falta resolver cómo poder vivir de ello, ya no nos queda equipo fotográfico ni nada de valor que vender, excepto la motocicleta. Duna sugiere que ella podría aprender a tocar la guitarra y yo a bailar como el chico albino. Le respondo que puedo comprometerme a blanquear mi piel pero no a contorsionarme de aquella

manera. Aun así, creemos que lo más sensato es pedir trabajo en el supermercado, aunque primero deberíamos aprender danés.

Nos tendemos en la arena: el cielo está completamente despejado y el manto de estrellas es sobrecogedor. No sabemos mucho de astronomía, pero creemos identificar a Venus, la Osa Mayor y las Pléyades. Rememoramos nuestros estudios de mitología de la carrera, sabemos que son las siete hijas de Atlas, aunque no recordamos quién fue la madre. Probamos a dar también con el nombre de todas ellas, pero únicamente conseguimos mencionar a cuatro: Maya, Celeno, Alcíone y Electra. Duna se devana los sesos tratando de atinar con el resto. Al final recuerda a Mérope. La esposa de Sísifo, le apunto, ante su mirada de asombro. Ríe. Y, como él, consumimos el resto de la noche dando vueltas a nuestros años universitarios y los sueños de entonces, tumbados, a finales de agosto de un año cualquiera del nuevo siglo, en una playa perdida de Dinamarca.

Intentamos bañarnos. El agua está helada, pero no lo suficiente para Duna, que avanza decidida hasta sumergir su cuerpo por completo. Fotografío un correlimos picoteando un pedazo de alga junto a la orilla. La desmenuza por completo hasta que logra dar con un insecto, mira a cámara mostrando su trofeo y se marcha dando saltitos por la arena. Poco después, Duna se escurre el pelo en el mismo lugar al salir del agua. Su cuerpo despide bocanadas de vapor y al tumbarse brilla como un ópalo de fuego entre las rocas. Vuelve la vista hacia mí, me sonrío y me delecta un inaudible de-ja-de-mi-rar-me.

Deambulo hacia el interior y fotografío brezo de turbera y algunas flores salvajes. Identifico salicornias, adelfillas, un puñado de orquídeas y un solitario trébol rojo, pero no sé qué hacer con ellos. No estoy especialmente inspirado y disparo hacia el mar y la línea del horizonte silueteada por una barcaza lejana. Al regresar, encuentro a Duna dibujando en su cuaderno. Creo que no había vuelto a trabajar en él desde antes de su desaparición en Berlín. La fotografío mientras retoca un antiguo autorretrato. Tiene las manos manchadas de carbonilla y arena. Difumina el contorno y sombrea el rostro tiznando el óvalo de las mejillas. Los trazos son cada vez más tenues: los hombros han sido devorados por el blanco del papel y la cabeza se aleja progresivamente del cuello como un pequeño globo de feria. Entre ambos, pega algunos granos dorados y un pedacito húmedo de alga. Se detiene, lo observa con ambas manos, traza una línea horizontal en la base y lo da por concluido.



Los restos de comida envasada atraen gaviotas y aves marinas. Dejamos que se acerquen y nos divertimos espantándolas. Se elevan unos metros, graznan fastidiadas y se aproximan de nuevo con disimulo caminando en círculos. Al tercer intento no se dan por aludidas y se pelean entre ellas por un pedazo de salmón ahumado y el caparazón hueco de un erizo de mar. El efecto llamada arrastra también a algunos insectos que, sin embargo, esperan su turno desde una distancia prudencial para no formar parte del ágape.

Después de comer caminamos un buen trecho siguiendo el curso de un sendero elevado paralelo al mar. En una orilla cercana descansan dos pequeñas focas de color ceniza. No hacen nada especial más que tomar el sol, pero las contemplamos hechizados largo rato. Sin perderlas de vista, rodeamos unas matas de espinas salvajes y nos aventuramos hasta su posición hundiendo los pies en las dunas y ayudándonos con las manos para avanzar. Sobre nosotros, una bandada de gaviotas germina de entre los nimbos buscando nuevas viandas. Al llegar a la orilla sólo quedan sus siluetas recortadas en la arena. A un centenar de metros, emerge el lomo plateado de una de las focas y desaparece definitivamente unos segundos después. El agua está congelada y doy unos pasos atrás incapaz de sumergir los tobillos. Duna se desnuda, me lanza su ropa y se zambulle de cabeza sin pensarlo. Al alejarse, en el turbio reflejo del agua, se adivinan el trazo de diminutas escamas.

Al alba, unos golpes en la lona nos despiertan. Cada uno de ellos viene acompañado de un saludo en un idioma distinto. Me visto de forma apresurada y murmuro algún tipo de respuesta. Duna está hecha un ovillo con cara de fastidio, le sonrío y le acaricio la cadera antes de salir. En el exterior, un hombre observa la moto y la matrícula, articula algo parecido a un *buenos días* y añade en perfecto inglés que tuvo una como la mía cuando era joven. Unos cincuenta metros más atrás, al final de la pista de tierra, se distingue un todoterreno sin nadie en su interior. Ambos nos miramos, debe de ser algún tipo de policía local o forestal. Es un hombre alto, de mediana edad, viste chaleco y camisa de manga corta, pero lleva un arma y el resto de la parafernalia de las fuerzas de seguridad prendida de su cintura. Duna aparece detrás de mí y el tipo relaja sus facciones al verla. Nos pide la documentación, pero la mira sin demasiado interés como un mero formulismo. Después nos entrega un folleto en inglés añadiendo que la acampada en el Parque Nacional de Thy no está permitida y nos invita a marcharnos. Asentimos, no parece que tenga intención de multarnos. Rodea la tienda buscando basura o valorando el impacto de nuestra acampada y, al fin, con un gesto de la cabeza, se despide retirándose hacia el coche. Duna resopla y, antes de que esté demasiado lejos para no oírla, farfulla una retahíla de insultos poniéndose en pie. Mientras se desahoga, cojo los sacos y losairo con el olor del sueño aún impregnado en ellos. Duna viene hacia mí para ayudarme a doblarlos y observa cómo el disco solar se desprende de la línea del horizonte. Es hermoso, dice. No respondo, pero le sonrío y sostengo sus manos unos segundos antes de guardar los sacos en el interior de la funda. Desde el vehículo, el tipo nos observa desmontar la tienda y aguarda allí hasta que cargamos nuestro equipaje y nos largamos.

Abandonamos Thy y vagamos durante las siguientes dos horas rodeando la península de Jutlandia. Nos detenemos en un puesto de observación de aves sobre un lago y firmamos en el libro de visitas. A ambos lados de la carretera encontramos vacas, caballos y otros animales domésticos. Antes de llegar al cuerno occidental, torcemos hacia el interior paralelos a una vía de tren y paramos a almorzar junto a una caseta de fachada amarilla y tejas rojas. La vía parece abandonada o ser de maniobras y, en algunos puntos, las hierbas han aflorado entre el balastro. Cogemos algunas piedras e intentamos alcanzar una lata de cerveza abandonada sobre una traviesa.

¿Hasta cuándo?, pregunta Duna.

No sé, hasta que se acabe el dinero

¿Cuánto queda?

Suficiente

¿Y después?

No lo sé.

La golpeamos y logramos desplazarla unos metros atrás. Cojo otro puñado de piedras, busco un nuevo objetivo y detecto dos tirafondos oxidados en aspa. Duna aún tiene la vista posada en la lata.

¿Quieres volver?, le pregunto.

No.

Pruebo a acertar sin éxito un par de veces más antes de renunciar y dejo caer los pedazos de grava entre las piernas. Sobre un raíl corre un pequeño roedor mirando a un lado y a otro dudando qué dirección tomar. Rodeo a Duna con el brazo, la atraigo con dulzura y rompe a llorar mirando hacia la nada.

Poco después de mediodía llegamos a Copenhague. La noche anterior no quisimos acampar y nos hemos alojado en un *bed and breakfast* del diminuto pueblo de interior ubicado al término de la vía abandonada. Éramos los únicos huéspedes. Los propietarios, una pareja de apicultores, nos han agasajado durante el desayuno con todo tipo de mermeladas, aunque no hablaban inglés y apenas hemos podido comunicarnos con ellos. En realidad, a ninguno de los dos nos entusiasman las conservas y hemos manchado ligeramente las tostadas para no defraudarlos. Una hora más tarde, nos hemos detenido en un área de servicio para desayunar de nuevo. Al llegar a la capital, hemos circulado un poco por las calles para ubicarnos: nos ha impresionado el colorido de las fachadas, el tráfico constante de bicicletas y el centelleo del agua en los canales.

Nos detenemos en un pequeño hotel regentado por asiáticos ubicado en el interior de una bocacalle. Ésta muere en el canal a escasa distancia de la estación de metro de Christianshavn. Al entrar, nos atiende una joven oriental de ojos de color café. Debe de tener más o menos nuestra edad, es vietnamita, se presenta como Mai y habla un perfecto inglés. Los propietarios son sus padres, ella está remodelando los bajos del edificio para regentar un restaurante como negocio independiente. Nuestra habitación está en el tercer piso, se disculpa por tener el ascensor averiado y, aunque no es necesario, insiste en acompañarnos y emprendemos la ascensión cogidos a una barandilla sin fin que nace de un extremo en forma de serpiente.

Mai dirige la cordada, seguida de Duna y yo cierro el grupo. Los escalones están enmoquetados y las paredes cubiertas con papel estucado. Al llegar a la cima, Mai nos muestra la habitación, es pequeña pero confortable: dispone de una nevera baja, un secreter, una silla y un enorme armario con

puertas de espejo. Nos pregunta cuánto tiempo pensamos quedarnos. Los dos nos miramos sin saber qué responder y me encojo de hombros como respuesta. La chica de los ojos tostados se despide asintiendo con una pequeña reverencia y sale dejando la puerta entornada. Duna abre la ventana de par en par y ambos nos asomamos: da una callejuela interior y a la entrada de servicio del futuro restaurante. Un tipo está descargando botes de pintura de un monovolumen mientras otro lo observa fumando. Regreso hacia la puerta y oteo el pasillo contando el número de habitaciones de la planta. Por el hueco de la escalera sube un profundo olor a incienso. Cierro.

Al despertar nos desnudamos frente al espejo. Son demasiados días comiendo poco y cualquier cosa: Duna es un muñeco anatómico, se le dibujan el costillar y las vértebras; yo tengo los pómulos hundidos. El ascensor sigue estropeado y, al descender, juramos no regresar al campo base si no es para dormir. Los padres de Mai están charlando tras el mostrador y nos saludan con entusiasmo al vernos. A ella la diviso en el exterior, fuma ensimismada en el callejón al que da la ventana de nuestra habitación, donde ayer dos tipos descargaban botes de pintura. Me reconoce y dibuja una sonrisa señalando su cigarrillo.

El día es reluciente y la ciudad es hermosa. Atravesamos el gran canal abandonando Christianshavn en dirección al centro. Sin ningún motivo concreto parloteo sin cesar durante toda la mañana con una vitalidad que hacía tiempo que no sentía. Duna apenas habla pero asiente a cuanto digo. Continúa algo taciturna y me devuelve una mirada melancólica que intenta tornar afable. Al pasar frente a una relojería, un panel luminoso indica la fecha y la temperatura. A los dos nos sorprende descubrir que es el penúltimo día de agosto. Hace ya dos meses que salimos del Delta y comenzamos a estar fatigados. Nuestros cuerpos también lo acusan y ambos caminamos más despacio. El clima es suave aunque el panel anuncia lluvia para los próximos días.

Nos paramos un instante en un banco de hormigón para contemplar a los transeúntes y proseguimos nuestro deambular por una calle tomada por ciclistas y músicos callejeros. Hay una multitud reunida alrededor de una muchacha que toca con virtuosismo una guitarra. No canta, sus ojos son dos pequeñas rendijas de luz mirando a algún lugar muy lejos de allí. A nosotros también nos cautiva y nos detenemos a escucharla: es sólo una chiquilla, pero

su música es ancestral, proviene de algún pasado remoto que todos compartimos. A mi lado, un anciano tiene los ojos encharcados. Sin pensarlo me vuelvo hacia Duna y le confieso que siento que podríamos instalarnos aquí. Ella no responde y mantiene la mirada fija en la muchacha. Ésta continúa tocando en trance y estoy seguro de que podría seguir haciéndolo hasta desfallecer. El anciano ya no la observa, tiene la vista clavada en el suelo: su cuerpo permanece ahí, pero él ha accedido a algún otro lugar. Cada vez que la muchacha rasga las cuerdas se abre una nueva puerta y alguien a nuestro alrededor desaparece. Duna se agarra a mi muñeca para evitar ser también abducida y tira de mí alejándonos de allí. Media hora después, nos tomamos un descanso en una pequeña cafetería de estilo italiano. Todo el local está impregnado del aroma amargo de las semillas. Nos sentamos en dos butacones y pedimos la mejor taza de café de las últimas semanas.

Podríamos intentarlo, responde como si no hubiera transcurrido tiempo desde mi propuesta junto a la muchacha hasta ahora.

Claro, le digo.

Nos retrepamos con la taza ahuecada entre las manos y esperamos a que se enfríe. Empiezo a pensar que Duna tiene razón y que debería volver a la fotografía, pero dejando atrás la animal y paisajística de mi etapa en el periódico para retomar la urbana y artística de mis inicios, cuando disfrutaba disparando y Duna era el centro de todo. Copenhague es un lugar nuevo, sin ataduras, un espacio donde crear y empezar de cero. La ciudad está repleta de establecimientos que buscan personal, nos fascinan sus horarios intensivos y estoy seguro de que podríamos encontrar un trabajo que nos permitiera compaginarlo con nuestra obra hasta que nos fuera posible prescindir de él.

Una pareja de adolescentes entra cogida de la mano en la cafetería y entre los dos reúnen las monedas suficientes para compartir un helado. Dudan de si tomarlo en el interior y optan por seguir su camino sin llegar a separarse. En la tetera borbotea el agua de una infusión y una chica de rasgos eslavos señala un tarro repleto de hojas de menta. La taza de Duna arde y emana una pequeña voluta transparente. La acerca a sus labios, sopla débilmente en el interior y, antes de consumirla, la sostiene unos segundos imaginando en el vapor quizá el ascua humeante de un hogar.

Buscamos una lavandería en las calles adyacentes al hotel. Nuestro alojamiento no incluye el servicio y Mai nos indicó al salir dónde encontrar una. Callejamos un buen rato pero no terminamos de dar con ella. En realidad estamos hartos de vestir siempre lo mismo, alguna camiseta es poco más que un jirón, y decidimos abortar la búsqueda y cambiar toda la ropa en una tienda de segunda mano. Nos probamos lo más extravagante que encontramos en las perchas, pero acabamos llevándonos piezas similares a las que dejamos. En el establecimiento nos señalan en un plano turístico la ubicación de una lavandería automática a un par de calles y ahí sí lavamos la ropa interior y la nueva antes de usarla.

Después de almorzar nos acercamos a los muelles. A pesar de estar relativamente céntricos, no hay demasiado trasiego de turistas y nos detenemos frente al amarre de algunos botes de pesca que bandean en el agua. Duna se sienta en un hito de piedra para bosquejarlos y trabaja uno con el casco rojo que baila alejado del resto. Me sitúo junto a ella, llevo la cámara conmigo, pero prefiero observar cómo dibuja. Aún me sorprende su talento y la aparente sencillez con que captura el entorno: no necesita más que unos trazos para que la quilla flote sobre un fondo oscuro y riele en la superficie el pequeño mascarón de proa, incluso pueden advertirse las vetas de la madera. El mástil, en cambio, es más corto e inclinado en el dibujo. Duna se vuelve hacia mí y me sonrío: Estéticamente es mejor así, dice adivinando mi pensamiento. Es perfecto, le contesto sorprendido, y antes de que pueda volver a su obra, pongo el cuaderno a un lado y la beso bajo las primeras gotas de lluvia.



Los días decrecen. Llueve. Duna duerme con el carboncillo entre las manos. El compás de su respiración se dilata. A su lado, aprisionado por el codo, tiene el cuaderno abierto con el bote inacabado de ayer. De su interior sobresalen algunos pétalos de fresias del ramo de flores silvestres que le regalaron las chiquillas de Zelanda. Cojo uno de ellos; está seco y se desmenuza entre mis yemas.

Salgo a pasear acompañado por una lluvia fina y salada. Echo un vistazo a la moto, escojo una calle al azar y sigo su curso mordisqueando un puñado de frutos secos. Los transeúntes comienzan a abrigarse debajo de sus paraguas, algunos visten chaquetas pardas y colores oscuros anunciando el otoño. En el suelo diviso las primeras hojas caídas, tal vez ya estaban ahí, pero es hoy cuando reparo por primera vez en ellas. Ojalá pudiera detenerlo. Sería hermoso virar hacia el oeste y rodar por regiones australes, persiguiendo eternamente el sol y el verano.

Vuelvo hacia el hotel. Mai atiende el teléfono móvil fumando en el callejón trasero. Se mueve menuda y nerviosa de un lugar a otro, pero sonrío nada más verme. Al colgar, no me pregunta por Duna y hablamos sobre el tiempo y su futuro restaurante. Prevé inaugurarlo antes de un mes, está pendiente de la decoración y algunos permisos. Habla con seguridad y tiene las ideas claras del tipo de negocio que quiere, ha estudiado Dirección de Empresas y hasta hace unos meses trabajaba en la gerencia de un hotel de lujo. Sus padres son vietnamitas, pero ella ya nació en Copenhague y su mentalidad es danesa. Fría y calculadora, dice antes de estallar a reír. Sus ojos de color café se rasgan aún más, su nariz es pequeña y sus facciones, dulces, redondas, sin un solo ángulo. Al hablar de sus padres lo hace con orgullo, dice que ella lo ha tenido muy fácil y que sin su ayuda jamás habría

podido ir a la universidad; incluso ahora, si no le cedieran el espacio, no podría afrontar los gastos. Me explica que el local funcionó como una cafetería hasta hace unos meses, pero cuando supo que los anteriores arrendatarios bajaban la persiana, decidió arriesgarse y sus padres lo han mantenido cerrado negándose a escuchar ofertas. Lo está remodelando por completo, antes estaba dirigido al turismo y ella quiere servir cocina europea de calidad. Aún no ha empezado la contratación de personal, pero sí ha llegado a un acuerdo con el chef para empezar a confeccionar la carta. Le comento medio en broma que he trabajado de fotógrafo y de camarero, así que podría servirle tanto para fotografiar los platos como para servirlos. Mai duda unos segundos sopesando si hablo o no en serio y me pregunta, utilizando el singular al hacerlo, si pienso instalarme en la ciudad. Vacilo un instante y le respondo en plural que lo estamos pensando.

La lluvia arrecia de nuevo y me invita a pasar al restaurante para resguardarnos y seguir charlando. En el interior hay un par de hombres encalando las paredes, cantan entre dientes en algún idioma que no identifico y al ver entrar a la propietaria la saludan inclinando la cabeza. El escaso mobiliario está cubierto por sábanas blancas. En un lateral, un gato de color chocolate duerme sobre una de ellas. Declino la oferta sin franquear el dintel y señalo mi ropa húmeda como disculpa. Mai me despide sacudiendo la mano y se pierde en el interior del local.

La tormenta persiste: ayer granizó al atardecer y hoy los vientos del norte borran definitivamente el verano. Duna está fatigada, descansa ladeada sobre un costado, pero la convengo para salir en cuanto la lluvia amaina. Lleva adormilada todo el día, no ha probado bocado y apenas se ha movido de la cama desde ayer. Necesita estirar las piernas y le vendrá bien la humedad del exterior para desentumecerlas.

Caminamos hacia el sur, en paralelo al canal central que divide la ciudad. Me coge de la muñeca más que de la mano y andamos en silencio contemplando el ir y venir de barcos y ferris. Le propongo acercarnos en uno de ellos a las islas cercanas cuando el tiempo mejore. Me sonrío y me acaricia el rostro con la palma empapada sin decir nada. Trato de entablar conversación hablando sobre nosotros, sobre el futuro, sobre si quedarnos en la ciudad o regresar... No me escucha, observa embelesada las aguas rizadas del canal. Sé que me quiere pero me destroza su incapacidad para comunicármelo.

Nos detenemos en un banco de piedra frente al canal, está algo húmedo pero aun así nos sentamos. Sin motivo aparente un barco toca repetidamente la sirena. El ruido es desagradable y apartamos la vista. Una niña con el pelo rubio encrespado en pequeñas llamas pedalea vigorosa hacia nosotros. Duna la observa hasta que desaparece de su campo de visión y se vuelve hacia mí hablando con voz entrecortada:

¿Sabes?, a veces me cuesta abrir los ojos, mantenerme despierta, como si cientos de caballos me golpearan sobre los párpados.

La niña regresa pedaleando en dirección opuesta con el pelo encendido. Parece salida de la nada y dirigirse de nuevo al mismo lugar. Duna calla y vuelve a perseguirla con la mirada. Yo clavo la mía en ella.

Cae la tarde y, antes de que oscurezca, aprovechamos una tregua que nos da el aguacero para salir y acercarnos a un parque cercano junto al canal. El cielo despide pequeños destellos malvas y no parece que vaya a llover de nuevo. Nos acomodamos en el límite del perímetro verde, a escasos metros del agua, y me estiro sobre el césped. Me encanta el olor de la hierba mojada y sentir cómo la humedad penetra en la ropa hasta la piel. Duna dibuja concentrada delante de mí dándome la espalda. No distingo en qué está trabajando, pero por las hojas vueltas del cuaderno diría que ha regresado sobre algún dibujo antiguo. Sólo entreveo el ligero temblor de la mano sobre el papel. Cierro los ojos y noto algunos insectos avanzar por encima de mis tobillos antes de quedarme dormido.

¡No puedo más!

La voz de Duna me zarandea y miro en todas direcciones sin saber qué ocurre. No deben de haber pasado más de veinte minutos desde que llegamos. Se levanta de forma brusca y se dirige con paso decidido hacia el canal. Me incorporo y la detengo justo antes de que lance su cuaderno al agua. Al evitarlo, me mira con ojos asombrados sin comprender lo que estaba a punto de hacer.

Quédatelo.

La abrazo, tiembla como una hoja y repite no, no, constantemente. Se tapa el rostro con las manos y la sostengo mientras solloza. Duna, le digo, como si pronunciando su nombre pudiera reconfortarla. Me enseña su mano trémula. Dice que ya no puede dibujar como antes, que está perdiendo el juicio y que merezco a alguien mejor, alguien que no esté loco como ella. Habla entrecortada y la interrumpo pronunciando su nombre infinitas veces como una invocación. Duna, Duna, Duna. Se deja caer entre mis brazos

hasta sentarse en el césped y pronuncia también el mío. Le digo que no tiene nada que reprocharse, que es a ella a quien quiero a mi lado y que sólo necesita tiempo para recuperarse. Duna, Duna, Duna. Asiente con la cabeza sin decir nada y acaricia la hierba con las manos como si experimentara su tacto por primera vez. Le alcanzo su cuaderno, pero lo rechaza ladeando el rostro.

Es tuyo, dice, mientras observa las aguas cenicientas del canal.

Oscurece en el Báltico, el día se marchita y las sombras cubren por completo las costas suecas avanzando hacia la capital danesa. Durante la mañana, la lluvia ha persistido con el mismo denuedo, pero con el transcurrir de las horas su intensidad ha disminuido. Según Mai, que espera a que el temporal cese para transportar el nuevo mobiliario, mañana regresa el buen tiempo. Nosotros hemos consumido la jornada en el interior de la habitación, excepto un breve intervalo, a mediodía, cuando he salido a buscar algo de comida envasada. Al volver, Mai fumaba en la puerta junto al gato de color chocolate y me ha dado tanto el parte meteorológico como un viejo transistor para hacernos más llevaderas las horas.

Desnudos en la cama escuchamos una emisora local danesa que emite jazz, la última hora exclusivamente música de las *big bands* de la edad de oro. No hablamos, pero seguimos el ritmo balanceando la planta de los pies. La radio está junto a la ventana sobre la única silla de la habitación, no tiene demasiada potencia y los tonos más bajos se confunden con el crepitar de la lluvia. Duna se levanta para reubicarla y trata de subir el volumen. Está mucho más delgada y ha perdido el bronceado uniforme que lucía en el Delta. Al flexionarse, se dibuja la línea discontinua de su columna y me muestra el sexo. Un zumbido intermitente ahoga la emisión cuando me acerco a ella.

De pie, anclados en la moqueta y apoyados sobre la ventana, hacemos el amor. La humedad empaña los cristales y apenas nos reflejamos. Le muerdo el cuello y sostengo sus pechos con fuerza mientras exhibe su cuerpo cada vez más frágil a una calle desierta. En el exterior, la tormenta dispara pequeños fogonazos blancos y cada resplandor congela el tiempo como la llamarada de una vieja cámara de fuelle. Duna vuelve el rostro sin llegar a alcanzar mis

labios y deslizo las mejillas bajo sus hombros empapándome del frescor de su piel. Sus manos, al resbalar sobre el vidrio, disipan el vaho dibujando constelaciones. Entre los astros creo identificar a Mai observándonos desde el callejón.

La lluvia ha cesado y el día pese a la humedad es agradable. Trato de animar a Duna y salimos a pasear en dirección a las casas coloreadas del antiguo barrio de pescadores de Nyhavn. Viste su cazadora tejana, que baila holgada sobre los hombros, y sus viejas zapatillas deportivas. Deambulamos junto a las terrazas, pero pronto huimos de sus atiborradas calles, descartamos visitar cualquier lugar que implique estar entre cuatro paredes, y nos dirigimos hacia los jardines del Rey, mucho menos transitados. El parque está salpicado en su interior de alfombras florales y árboles frutales. Pasamos por un pequeño dédalo construido a base de rosas y nos acomodamos bajo una morera al final de un paseo sombreado. Tumbados en la hierba le confieso a Duna que la noche anterior soñé con ella. Estábamos en el Delta, conducíamos por una carretera interminable y los arrozales estaban verdes y se bandeaban de un lugar a otro como si estuvieran bajo un remolino. La carretera moría literalmente en el agua y nos deteníamos en el borde junto a una línea de espuma. No había nadie alrededor y nos sumergíamos desnudos en el mar.

Pero si tú nunca te bañas, me interrumpe Duna sonriendo. Después recuerda que pronto comenzará la siega, dice que ha olvidado por completo su aroma y que le encantaría volver a sentirlo.

Claro, le digo. Luego acomoda la cabeza sobre mi pecho y me pide que continúe. En realidad, el sueño moría aquí, pero le miento e invento nuevas aventuras mezclando recuerdos: nadábamos hacia una islote con un pequeño faro encalado; un perro vagabundo se unía renqueante a nosotros; rodábamos por un sendero que vadeaba el río entre cañedos...

Duna me mira desconcertada como si le hablara de un pasado remoto, se desprende de las zapatillas y se ovilla junto a mí. Corre algo de brisa que eriza el vello menudo de sus brazos. Le acaricio el lomo como a un animal herido,



cierra los ojos y continuó fabulando historias sobre nosotros que tal vez sucedieron.

Tomamos en Nyhavn un viejo ferry reconvertido en barco turístico para recorrer el sur de la isla de Amager y los tres islotes artificiales que defienden la ciudad. El barco, pintado con los colores de la bandera danesa, tiene una cubierta inferior con servicio de bar y otra superior situada en la popa, a unos diez metros sobre la línea de flotación, donde nos acomodamos un grupo reducido de turistas equipados con cámaras.

Partimos con rumbo sur, alejándonos del gran Copenhague, en dirección a la reserva natural de la isla. Al aproximarnos a las marismas trato de divisar desde la distancia las aves propias del lugar, principalmente gansos y avetoros, pero desde la cubierta y con el objetivo fijo es imposible diferenciarlas y me concentro en retratar el entorno cenagoso y las pequeñas lagunas naturales. Duna permanece a mi lado en silencio, contemplando el mar y la difuminada línea del horizonte. Al arribar al extremo occidental de la isla, el barco reduce la velocidad hasta detenerse y una vez superado el punto más meridional se aleja a buen ritmo de la costa para encarar el estrecho de Øresund. Pasamos bajo el puente del mismo nombre que comunica Copenhague y Malmö y nos aproximamos por su flanco derecho a la isla de Saltholm, una reserva ornitológica en mitad del estrecho. A nuestro alrededor hay un puñado de veleros y botes turísticos que siguen una ruta similar a la nuestra, y retrato a Duna observando abstraída un puñado de gaviotas que circundan la cubierta. Tras sobrepasar la isla, el barco aumenta la velocidad y remontamos en dirección norte hacia Middelgrund, un islote que contiene una fortaleza abandonada. Trato de fotografiarlo y me hago a un lado separando las piernas para ganar estabilidad. Al encuadrar, Duna me besa en la mejilla, bajo la cámara para corresponderla, da dos pasos al frente alejándose de mí y salta por la borda.

A partir de ahí, nada tiene sentido y todo cuanto sucede se superpone: forcejeo cuando me detienen al intentar lanzarme tras ella; un sinfín de idiomas aúllan y piden que el barco vire; arrían un bote y uno de los marineros salta en ropa interior al agua; el ruido atronador de una sirena ahoga todas las voces, y contemplo el cuerpo de Duna sumergirse sin oponer resistencia.

Recibo una llamada a mediodía: una voz en inglés pronuncia mi nombre y me comunica que anoche los buzos recuperaron su cuerpo. Han pasado veinticuatro horas y todo esto no es más que una pesadilla. Sé que Duna regresará en cualquier momento, sonriendo aturdida como si nada hubiera ocurrido. En la habitación están todas sus cosas, tal como las dejó ayer, antes de tomar el ferry: el casco en el suelo, la ropa desordenada junto a su mochila, el cepillo de dientes inclinado en el interior del vaso, el cuaderno y las ceras esparcidas sobre la mesa...

Mai me acompaña al hospital donde van a practicarle la autopsia para que identifique el cuerpo. Ayer presté declaración en comisaría y acudí a ella para que me ayudara con el idioma; apenas recuerdo nada, todo continúa solapándose en mi cabeza desde que Duna saltó al agua y soy incapaz de ordenar lo sucedido. Es Mai quien se está encargando de los trámites legales y desde entonces no se ha separado de mí. Yo voy desorientado de un lugar a otro, asintiendo o contestando a cuanto me preguntan. Tomamos un taxi en la puerta del hotel. No he probado bocado desde ayer y por el camino imagino, sin poder evitarlo, el cuerpo de Duna abotargado o cubierto de algas. Vomito nada más bajarme del vehículo.

Un enfermero y un policía de paisano nos esperan en la entrada principal y nos conducen hasta el depósito situado en un edificio anexo. Mai espera fuera y caminamos por un largo pasillo de servicio hasta detenernos frente a una puerta doble a escasos metros de una máquina de café y refrescos. El espacio interior es similar al de un pequeño quirófano, hay un bulto cubierto por una sábana blanca y a su alrededor algunos artilugios médicos que desconozco. Probablemente el lugar es frío, pero ya antes de entrar tiemblo de arriba abajo. El enfermero descubre una parte del bulto mostrando su

rostro. Al avanzar, mis rodillas flaquean, trastabillo y el agente me sostiene para evitar mi caída. Tras recomponerme se sitúa a mi espalda y mantiene una mano sobre mi hombro para asegurar mi equilibrio. Nadie habla, el único sonido es un zumbido eléctrico lejano. El enfermero retrocede unos pasos y junta las manos bajando la mirada. Me acerco al cuerpo, hay una luz blanca cenital cayendo sobre el rostro y me sitúo en paralelo a él para reconocerlo. El pelo está recogido por detrás de su cabeza dejando las orejas al descubierto. Duna jamás se peinaría así. Tiene los ojos cerrados, los pómulos azules y el rostro hinchado y mordisqueado. Acercó la mano para acariciarla, pero el enfermero me impide tocarla con un gesto. Aun así deslizo un dedo por la mejilla, levanto ligeramente la sábana para ver por última vez su cuerpo y me tambaleo antes de caer desplomado.

Una suave brisa agita las barcasas, el cielo es de color plomo y las aguas oscuras. El mar forma cabrillas en una pequeña rampa de acceso enmohecida. Me siento en un banco metálico y observo cómo se forman volutas de espuma blanca en la pendiente. Frente a mí, un pequeño esquife atado con una soga a un pilón del muelle se mece de forma plácida enviando señales a un lado y a otro. Sobre el pilón descansa un estornino que examina el baile de los botes.

Esta mañana he llevado toda la ropa de Duna a la misma tienda de segunda mano donde la cambiamos por la nuestra unos días atrás. En realidad no eran sus prendas, algunas aún no las había vestido y me cuesta imaginarla con ellas. Mai se ha ofrecido a acompañarme pero necesitaba estar solo. Anoche subió a mi habitación un pequeño bol de sopa con fideos de arroz y carne de ternera, dijo que era un plato típico vietnamita, cuyo nombre no recuerdo, y el primero que preparaba en la cocina de su restaurante. Me preguntó si pensaba quedarme en Copenhague o si volvería a Barcelona, y me ha ofrecido que le ayude con el restaurante si decido quedarme. No supe qué responder, no tengo conciencia de estar en ninguna parte. En la tienda de ropa he vendido también el casco de Duna y se han quedado con el material de dibujo para donarlo. Ver sus cosas a mi alrededor me estaba consumiendo y esta mañana sin pensarlo he decidido deshacerme de todo y conservar sólo su cuaderno. No sabía qué hacer con el resto, nunca he entendido por qué la gente acumula recuerdos del pasado, nada pervive en ellos. Duna existe en mi memoria, nadando feliz en el Delta o contemplando absorta un cuadro de Degas en el museo de Orsay, y una camiseta suya no me acercará más a ella, al contrario, me enloquece porque ya no está para vestirla.

Al levantarme, el estornino revolotea hasta la chalana. Miro en derredor y camino por el muelle sin saber hacia dónde ir. Llevo conmigo el cuaderno y la cámara. No he tenido valor para revisar las fotos, es demasiado doloroso verla de nuevo. Dudo qué hacer con su cuaderno, ella quiso hacerlo desaparecer y lo hubiera lanzado al canal si no llego a impedirselo. Después de eso no volvió a tocarlo, pero es todo cuanto me queda de ella. Lo hojeo: hay paisajes, aves, bosquejos míos sentado en la arena y su autorretrato con el rostro tan difuminado como una marca de agua sobre el papel. Aun así es hermosa, sus grandes ojos negros y el esbozo de su media sonrisa. Recorro con los dedos el pelo alborotado y el nacimiento de los hombros en las lindes del cuaderno hasta impregnarlos de carbonilla. Duna siempre trataba de tiznarme los pómulos con ellos, aún soy capaz de sentir en la mejilla su último beso antes de saltar. Un suspiro, apenas nada.

El estornino emprende el vuelo y lo pierdo de vista entre los mástiles. Al saltar, el esquife se balancea desamparado y sus ondas se diluyen en el agua sin respuesta. Cierro los párpados acariciados por la brisa y vuelvo a oír una vez más el arrullo de su voz al alba

*sssh, despierta*

mientras se hunde todo cuanto conservo de ella.